RODRIGUEZ DEMORIZI

LA TERTULIA DE LOS SOLTERONES

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LA TERTULIA
DE LOS SOLTERONES

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

LA TERTULIA DE LOS SOLTERONES

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

TALLER

BIBLIOTECA TALLER Nº 313
LA TERTULIA DE LOS SOLTERONES
Emilio Rodríguez Demorizi

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Segunda edición
© emilio rodríguez demorizi
aguilar s a de ediciones 1974 juan bravo 38 madrid
depósito legal m 3341/1974
primera edición 1974

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Taller, Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana

INTROITO

Estudiemos para el que estudia y escribamos para el que escribe.

QUEVEDO.

Hastiado ya de publicar viejos papeles y largas cosas de historia, escribo este libro para divertirme—y también, diría, para aprovechamiento de recuerdos y lecturas, de horas y días que me parecieron ociosos y perdidos—, todo a la buena de Dios, como quien se sienta a contar un cuento, a salga lo que saliere.

Madrid, 1966-1967.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

LA TERTULIA DE LOS SOLTERONES

I

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Aquella tarde, hasta ya entrada la noche, la tertulia de los solterones, como la llamaban en el muy madrileño Mesón del Segoviano, fue más larga y divertida que nunca. Basta decir que todos hablaron de sí mismos. Y ya está dicho de lo que tertuliaron: de la soltería.

Mediaba el otoño, año de mil ochocientos cincuenta y tantos...

El viejo mesón estaba, está aún, en la antigua calle de la Cava Baja, por donde tuerce, como si fuera a quebrarse, hasta juntarse con la Cava Alta, a dos pasos de la iglesia de San Andrés y del Humilladero, no lejos de la plaza Mayor y de las Cuevas de Luis Candelas.

Por entonces el mesón corría sus mejores tiempos. Abundaban los parroquianos, agrupados según sus aficiones, y claro está que los de mayor algazara eran los fanáticos del toreo, divididos en dos apasionados bandos: los partidarios de Cúchares y los simpatizantes del Salamanquino.

Dos cosas atraían principalmente en el mesón: su rojo vino de Castilla la Vieja, del que se llevaba a las Indias en grandes botijos de arcilla vidriada, y la buena fama del mesonero, Santiago el Segoviano, que era de los pocos que no solían bautizar el vino.

Por lo demás, el Mesón del Segoviano era como todo buen

mesón castellano: buena bodega y mesonero gordo, amable y decidor, y tan buen catador como la Celestina, que en oliendo cualquier vino decía de dónde era.

Aquella tarde, pues, como de costumbre, los solterones ocuparon su mesa, en la más apartada sala del mesón, ya pulida y lustrosa a fuerza de apoyar en ella los codos y de deslizar sobre la madera, de un extremo al otro, la jarra del vino y los gruesos vasos. Del techo pendía una antigua lámpara de hierro. En las paredes enjalbegadas, de un lado una colorida estampa de Don Quijote y Sancho en las llanuras de la Mancha, y del otro una vieja pintura del acueducto de Segovia. Y aquí y allá, como símbolos de abundancia y de limpieza, relucientes cacharros de cobre.

Eran cinco los solterones, siempre juntos, como los mancos, que se buscan para rascarse, según dice el refrán. Dios los cría y el diablo los junta, lo parecido se une siempre a lo parecido, decían los que les veían llegar, tarde por tarde, sin faltar una sola. Todos trillaban ya los sombríos caminos de pasados los sesenta años hasta poco más de los setenta; todos tenían las sienes entre grises y blancas, el rostro con los ríos o los arroyos de las arrugas, las manos sarmentosas, las barbas con largas hebras de plata, las calvas a medio andar o ya bien lejos de la frente, el vestir en forma parecida, como personas de los mismos años y de categoría semejante; todos, pues, en edad de morirse, como decía un chusco. Todos tan apegados a aquella mesa y a aquellos vasos y a aquel hablar sin tasa, que sus sanos deleites eran ya el único aliciente de sus vidas; que no hay cosa más dulce ni graciosa al muy cansado que el mesón, como decía el bachiller de Rojas.

Eran los solterones don Antonio, don Ramón, don José, don Alejo y don Sebastián.

Don Antonio, bien conocido librero de la calle de San Bernardo, era hombre de rostro apacible, fácil a la sonrisa y de mirada inteligente—bajo las gafas al estilo de Mesonero—, magro de cuerpo, para moverse mejor entre sus altos rimeros de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

libros; una auténtica estampa de librero, semejante a la del clásico maestro de escuela. No era el librero ignorante, apollillado, que no va más allá del autor y del título de la obra, que apenas sabe lo que vende, guiado tan solo por la intuición del mercader, sino el librero que sabía a conciencia qué libros vendía, porque no salían de sus manos sin que los leyese o que al menos les escudriñase cuidadosamente el índice. Así tenía más de erudito que de librero, o, mejor dicho, era el librero perfecto, porque era erudito. Pero su erudición no era la del pedante, la del erudito a la violeta, sino la que correspondía a su apasionada profesión de librero, por cuyos ojos inquisitivos pasaban sin término los libros, nuevos y viejos, desde la novela recién impresa hasta los vetustos pergaminos, la *Summa Teologica,* la *Ciudad de Dios,* el *Calepino*. El saber le fluía fácil. de modo natural, como cuando en su librería ponderaba alguna obra sin ánimo de venderla. Era don Antonio un escritor que no escribía, con perdón de la paradoja. Un escritor sin libro, es decir, que sabe lo que es un libro, que tiene capacidad para escribirlo, que lo escribe a diario en el aire, como un discurso que nadie recogerá. A pesar de sus ideas propias, don Antonio se había contaminado tanto de las ajenas, por obra de su oficio, que cada día fue creciendo más en él la debilidad o el goce de apoyar sus ideas en el pensamiento de los sabios. Pero discutía las cosas que conocía a fondo, no como los polemistas de profesión, que discuten lo que saben y lo que no saben.

Como librero cabal que era, don Antonio daba sus consejos: el mejor método de leer es leer pensando, y la mejor manera de hablar, hablar como si se estuviese leyendo un buen libro; la mejor manera de conservar los libros es leyéndolos. Libro cerrado, no saca letrado, era refrán que repetía a diario, como si fuera su lema de librero. Los buenos libros—afirmaba—deben ser como la Biblia, toda llena de cosas divinas y humanas. Al buen lector—decía—le gusta ver en un libro el recuerdo, la esencia de otros libros; que todo lo que sabemos lo sabemos entre todos. Y a los que le preguntaban por qué no

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

escribía, respondía sonriente: es que hay quien piensa, quien lee, quien sabe, pero que no escribe, gente discreta, como muchos sabios... Además, como decía Larra, escribir en Madrid es llorar...

Así era, y mucho más, como veréis, don Antonio, el librero perfecto.

Don Ramón era el de mayor alcurnia en la tertulia. Tenía algo de dandy, a lo Larra. De Granada había venido a Madrid, en la mocedad, a cursar estudios de Derecho, pero de sus ojos no se apartaba la visión de su Alhambra y su Albaicín. De buena estatura, de frente despejada, con el labio inferior prominente, signo de sensualidad, atildado en todo, en la presencia, en la palabra, en el vestir, en el obrar. Un *signore,* un *galantuomo,* como diría una italiana. En fin, un arquetipo del solterón elegante, espiritual y a la vez donjuanesco. Reía con los ojos más que con la boca, incapaz de una palabra ociosa, de un sarcasmo, de un pensamiento indelicado, discreto, espléndido, con todas las condiciones de un hombre de amor. Quizá don Juan era así, debió de ser así. Bien mozo abandonó el Derecho y, favorecido por sus buenas maneras y por su inteligencia, entró en el servicio consular—del que ya estaba retirado—y fue cónsul en Florencia y en Lisboa y, por último, en la lejana República de Santo Domingo, de la que contaba maravillas, habiendo realizado así el sueño de todo español, el viaje a la América, que es también para tantos españoles tierra de antepasados.

Amante de la buena lectura, de la Biblia, de los Santos Padres, singularmente de San Pablo, y, así mismo, devoto de la poesía y de las artes, era el solterón nato, que llena el gran vacío de la soltería con todos los goces del espíritu.

Como el célibe Horacio, don Ramón era dado a las veleidades amorosas. No eran pocos los amores y los amoríos que se le conocían, divinos y profanos. Maestro en las gratas lides de la galantería, todo lo que había aprendido en Ovidio lo había puesto gozosamente en práctica, y todavía en la madurez per-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vivía en él el orgullo donjuanesco. Era, pues, don Ramón, con no poco del Caballero Perfecto, de Salas Barbadillo, uno de esos hombres descritos por Dante a quienes el culto de la belleza los convierte en varones perfectos.

Don José, escribano desde largos años atrás, era el prototipo del hombre de buen humor: la cara de pascuas, saludable, los ojos pequeños, vivos y llenos de malicia, despreocupado en el vestir, precozmente cano, como el latino Horacio, de genio burlón y risa ancha y estrepitosa, amigo de refranes, de agudezas, de coplas y de sátiras, de cuentos, a veces escabrosos, y de historietas menudas, como todos los viejos.

Como tenía el hábito de hablar alegremente, nunca se sabía si hablaba en serio o en broma; entre burlas decía sus verdades y se reía de todo, hasta de su sombra, como Demócrito, y por amigo de equívocos, de paradojas y de perogrulladas, a veces decía cosas que ni él mismo creía o entendía. No era don José hombre de muchas letras. Sabía poco, pero lo comprendía todo. Sus lecturas habían sido bien escasas, pero al tenor de su temperamento, lo que vale decir que había leído de cabo a rabo toda la novela picaresca. Su libro de cabecera era *La Celestina,* pues le apasionaba la picardía y la gracia de la astuta alcahueta que aconsejaba gozar la mocedad, desenojarse con buenas mujeres y buenos vinos, disfrutar de los instintos sensuales de la Naturaleza y reverenciar el dinero, que todo lo puede.

Por lo demás, como buen escribano—no tan desmandado como el pintado con tan negros colores en *Guzmán de Alfarache*—, sabía muchas cosas de amor y de truhanería, como lo hace suponer el refranero: escribano, puta y barbero, pacen en un prado y van por un sendero; mano sobre mano, como mujer de escribano... Más lascivo que el rey Carlos de Navarra, había sido consumado calavera hasta bien entrada la madurez, en la que todavía conservaba su vanidad erótica, como otros tienen la vanidad de las armas o de las letras. Era de los que le van detrás hasta a una escoba con faldas, pero no pasaba

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

más allá de la aventura fugaz, no más que de las Venus fáciles. Nunca hizo, pues, una conquista amorosa, lo que él confesaba graciosamente con una frase de moza del pueblo: nunca he dado amores... Y la verdad es que nunca tuvo amores, ni aun en los más óptimos días de su mocedad. Era un libertino gozoso de su libertinaje. Vivía la vida del que se dedica tan solo a vivirla y nada más, a gozarla, a exprimirle sus jugos placenteros, sin las angustias y ansiedades del porvenir, que amargan y acortan los años.

Don Sebastián, sacristán en la vecina iglesia de San Andrés, era el sacristán cabal, melancólico oficio tan mal parado en *La Pícara Justina* y en *El Donado Hablador*. Tan cabal que por estar más dentro de su iglesia había abrazado el celibato y en sus lecturas apenas pasaba de la Biblia y de los Santos Padres. Lo que no quita que fuera más amigo del buen vino que de kyries, ayunos y penitencias. A lo que las malas lenguas agregaban que no le habían sabido mal las mujeres en su tiempo. Los sacristanes, entre los altares, dice el refrán. Pero don Sebastián prefería otro: fraile cucarro, deja la misa y vase al jarro... De rostro seco y cuerpo enjuto, era de bien baja estatura, como Séneca, como San Juan de la Cruz, como el marqués de Santillana, a lo que se añadía, para hacer más pobre su figura, la voz apagada, la nariz flaca y los ojos tristes. Basta decir que don Sebastián olía a iglesia, a incienso, y que a veces hablaba como un aprendiz de teólogo, como un discípulo de San Agustín y de San Pablo, tan gratos a los pecadores arrepentidos.

Don Alejo era hombre por demás raro, por el temperamento y las costumbres y aun por la presencia: la cara algo redonda, y sobre la roja nariz las gafas de espesos cristales, como serían las del licenciado Vidriera; calvo, como el profeta Eliseo, y, lo que es peor, tan preocupado por su calvicie como el resentido Tiberio; la estatura algo escasa y el cuerpo asaz grueso para su tacañería y su mal genio, agrio, amargado, como el de esos accidiosos que Dante colocó en el centro del Infierno.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

El mordaz don Alejo no había pasado de maestro de párvulos, de gramática, en su villa de Alcalá y luego en la Villa y Corte, pero bien fuerte en sus menudencias; impertinencias sería mejor decir. Gramaticoso, pues, podría llamársele, de hablar rebuscado y pedregoso como todo fracasado de las letras; más apegado a su diccionario de Nebrija que a Cervantes, a Góngora y a Lope.

Los pasos que don Alejo había dado para salir de la soltería habían sido bien escasos y peor afortunados. Sufría, como se decía, el mal de la calabaza, del desengaño amoroso, del despecho, que es fecunda sementera de solterones y de solteronas. Por ello se había apoderado de él una antipatía instintiva contra toda mujer, aumentada cada vez más por sus lecturas preferidas, las escarnecedoras de las mujeres, empezando por *El Corbacho* hasta llegar a las blasfemias de Schopenhauer. Todas estas, pues, eran calidades poco atrayentes para una mujer, aunque ya anduviese por los años desesperados, por lo que las mozas que le conocían la hiel, su predisposición contra la mujer, en cuanto alcanzaban a verle repetían entre dientes el viejo dicho de *¡San Alejo, aléjalo!* Nadie, pues, le conoció un amor. Nadie le conoció mujer.

Así eran, con sus más y sus menos, los cinco solteroncs asiduos contertulios del Mesón del Segoviano, que todas las tardes, lloviese o ventease, estaban allí, junto al buen vino, diciendo sus burlas y sus veras, sus razones y sus dislates, que nunca son pocos los que se dicen entre los toneles de vino de un mesón.

—¿Qué viejo de nuevo?—dijo don José, dándole principio a la tertulia; y acercándose la jarra del vino, rojo, fresco, oloroso, agregó un viejo refrán—: después de beber, cada uno dice su parecer...

—Lo de siempre—respondió don Sebastián—: buenas palabras y buen vino, que no se puede pedir más.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—¿Y hoy, de qué hablar?—preguntó don Alejo.

—¡De algo nuevo!—exclamó don Antonio—. Dejemos hoy los toros, la política, las demasías románticas, los manidos temas de siempre, y hablemos de otra cosa... Puesto que por todas partes nos llaman la feligresía o el gremio de los solterones, nada mejor que hablar de ellos, es decir, de nosotros, los solterones, de cómo cada uno de nosotros vino a dar en solterón, en celibatón.

—De acuerdo—dijo don Ramón—. Como viejos, que lo somos o vamos siéndolo, ya podemos, al igual que Néstor, sacar a la plaza las cosas de nuestras mocedades, en las que quizá hallaremos la razón de nuestra soltería.

—Soltería no—dijo don Alejo, que no veía ni oía nada sino a través de la gramática—. Así como se dice soltero y soltería, si se dice solterón debería decirse solteronía, con perdón de la Academia.

—Otra vez de acuerdo—dijo don Ramón. Y la palabra solteronía, que algún día aparecerá en el diccionario, quedó acuñada en la tertulia.

—Menudo tema, ¡inacabable!—exclamó don Sebastián—. ¡Ahí sí que hay tela por donde cortar! Pero veo que será como mentar demasiado la soga en casa del ahorcado, en nuestra propia casa.

—Así es—dijo don José—. Pero el tema de la soltería no es cosa de ninguna ciencia abstrusa, sino cosa mundana al alcance de letrados como de iletrados, que en materia de amor y de experiencia ocurre a veces que un mesonero sabe más que un maestro de escuela.

—De muchas cosas—dijo don Ramón—hablamos los ya maduros, pero en todo entran las melancólicas cosas de la edad, del pasado, de los recuerdos, de todo lo que va quedando atrás, amores y pecados, mientras las nieves se nos asientan en la cabeza y nos penetran la carne. De nada más entrañable que de la soltería podemos hablar nosotros.

—¡Pues hablemos de los solterones!—exclamó don Anto-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nio, y sin más ni más dio comienzo a sus habituales discursos, siempre salpicados de erudición—. El célibe, el soltero, tiene sus símbolos. Al dado a la vida placentera se le representa como un joven que enarbola en la punta de una lanza el gorro de la libertad, procurando desembarazarse de las cadenas del amor, corriendo por ameno campo y pisando las flores derramadas a su paso; y al célibe amante de la castidad se le personifica en un joven que huye del amor, pisotea su antorcha y lleva en la mano una flor de lis, como símbolo de castidad. Hablar de solteronía, pues, es hablar de amor, el tema universal, el tema eterno.

—Por lo común—dijo don Ramón—, de muchos personajes célebres se olvida decir algo de la mayor entidad para sus biografías: si fueron al matrimonio o si no fueron; por lo que pienso en lo curioso que sería el memorial de los célibes de la Historia, desde los tiempos bíblicos hasta... nosotros. Decir la larga retahíla de solterones célebres que en el mundo han sido, legión que ocuparía un ancho libro, sería cuento de nunca acabar, pero se me ocurre mencionar a algunos de los que ahora me vienen a las mientes, de unos pocos no más. Entre los antiguos los que me parecen más dignos de recuerdo fueron el hereje Orígenes, quien no solo pretendía que el matrimonio había sido inventado por el diablo, sino que llegó hasta el sacrificio de su autocastración para desasirse del mundo, de lo mundanal, y darse por entero a su vida de pensamiento; y el sabio Demócrito, de quien se dice que nunca quiso casarse y que cegó porque no podía ver mujer sin algún ímpetu de la incontinencia. Entre los santos pondría en primer término a San Agustín, por su disoluta mocedad; entre los grandes pintores, nada menos que a Leonardo, cuya madre, representada en la sonrisa de la Gioconda, como dijo un filósofo, fue el ideal femenino inaccesible que le impidió amar; y entre los músicos, no menor maestro que Beethoven, hundido en sus profundas soledades, soltero y sordo, soledades inmensas como su música: entre los italianos, además de Leonardo, nombre casi

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

divino, basta mencionar a uno demasiado humano, Casanova; entre los franceses, que son muchos, se cuentan nombres tan ilustres como los de Pascal, Voltaire, Robespierre—que, dicho sea de paso, tanta atracción tenía para las solteronas—, Musset, cuyos *Cuentos de España* hicieron nuestras delicias; Mérimée, que tantas veces vimos por las calles de Madrid; Sainte Beuve y tantos otros. Entre los solterones de nuestra raza se cuenta el cordobés Fernando Colón, hijo del descubridor, que es el que recuerdo con mayor simpatía, porque fue el primero de los bibliófilos españoles, cuya incomparable biblioteca aún se conserva, creada con el oro que le llegaba de la isla Española. He aquí un solterón, como tantos otros, por obra del amor a los libros. Solterón fue nuestro Moratín, hombre de poco o de ningún amor, y, sin embargo, docto, en su teatro, en lances eróticos. Un célibe, por fuerza de su sacerdocio, fue nada menos que el creador de *Don Juan* y el que mejor ahondó en las cosas de amor.

Cosa bien peregrina es que las grandes creaciones de las letras, los grandes mitos, no digo solo españoles sino universales, fueran solterones. España puede ufanarse de contar con los dos más famosos solterones que conoció la Humanidad, porque para nosotros son seres vivos, tan vivientes como el Cid: ¡Don Quijote y don Juan!

—Con orgullo podemos decir nosotros, los solterones—interrumpió don Antonio—, que la magna figura de España no es el Cid, un casado, sino un solterón, don Alonso Quijano...

—¡Bien!—exclamó don Ramón—. Acabáis de decir la más grande verdad española: que don Alonso Quijano es la máxima figura de España. Para mí el solterón de la Mancha es un ser tan real como el Cid Campeador. Al Cid apenas se le conoce, junto a Jimena, o en Babieca, tizona en mano, ensanchando a Castilla, mientras que al Caballero Andante le vemos a diario, como en lienzos del Greco que se multiplicaran sin cesar, entre sus libros, en sus mil aventuras, a pie, en Rocinante, junto a Sancho y a su rucio, en la Mancha, entre las aspas de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

un molino de viento, en todas partes, siempre soñador y siempre enjuto, en los maduros años de su solteronía, porque solo conocemos el Don Quijote solterón...

Los solterones no podían haber dicho nada igual y todos se sentían en aquel instante como algo grande de España: ser solterones, como Don Quijote, y tener en el espíritu algo de él, ese algo que no puede faltar en ningún español digno de serlo.

—Sorprende también—continuó don Ramón—que casi todos los pícaros españoles, los de la novela picaresca, fueran redomados solterones, y el que no, mal casado, como el Lazarillo de Tormes. A galeras antes que casarme, decía un viejo hidalgo, y a la cárcel, norabuena, antes que casarme, decía el pícaro Gregorio Guadaña. Solterones fueron Estebanillo González, don Diego Torres Villarroel, el Buscón don Pablos, el escudero Marcos de Obregón...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En las novelas y en las comedias andamos nosotros, los solterones, que damos lástima. El tema de la moza que se casa con rico solterón abunda aquí y allá; el del viejo verde, el del viejo burlado, el del indiano, ya apestan en los libros. En los de Cervantes abundan por igual los solterones y las solteronas: solterón era el licenciado Vidriera; y el propio Cervantes dice, al final de *La Entretenida* y de *Pedro de Urdemalas,* que no acaban en casamiento.

En *La firmeza en la hermosura* dice Tirso que es "una comedia soltera", que no acaba en himeneos, sino, como lo declara Josefa, uno de sus personajes:

> No casarme determino
> porque hereden mis estados
> mis hermanos y sobrinos...

Don Diego, de *El sí de las niñas,* de Moratín, es el prototipo del solterón sensato. En sus tardías pretensiones matrimoniales, por demás desiguales, don Diego concluye resignadamente por casar a la moza codiciada con un sobrino suyo y por con-

vertirlos a ambos en compañeros de su soledad. También hay el arquetipo del solterón recalcitrante, creado por Tirso en *La Dama del Olivar,* el rústico Maroto, quien, gracias a una aparición de la Virgen, se salva del matrimonio que quieren imponerle. Niso le dice a Maroto que hombre que está sin mujer no es hombre entero, y Maroto le responde:

> No me casaré, aunque pueda,
> que mujer que en eso da,
> que al hombre le quitará
> la otra mitad que le queda...

Y así continúa resistiéndose a la boda, hasta el final:

> Si no soy para casado,
> de tan peligroso estado
> libradme, Madre de Dios...
>
> ¿Qué más muerte que casarme?
>
> Pero, pues hemos llegado
> a hablar verdades, más quiero
> morir ahorcado soltero
> que estar vivo y ser casado...

—Olvidáis—dijo don Sebastián—al peor de los solterones, a mi entender, el señor Diablo, al mismísimo demonio, a Mefistófeles, que no he visto que Dante le pusiera mujer al lado, pues ¿quién había de casarlo? Y no por falta de mujer, porque aquí, tejas abajo, tenía una digna de él, a la muy honrada y docta y prudente Celestina, como la llama don José.

Para mí el reverso de la moneda, el más admirable de los solterones, fue San Alejo, el varón que abandonó su hogar y sus riquezas nada menos que el día de sus bodas.

—De reyes, príncipes y soldados, solterones—dijo don Antonio—, ni hablar, que resultaría una cátedra de historia no muy edificante, pero sí bien divertida.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Solterón—interrumpió don José—debió de ser Diógenes, si no yerro, porque no se concibe que en su tonel hubiera espacio para mujer, y si con su famosa linterna buscaba un hombre honrado, con el Faro de Alejandría habría tenido que andar a cuestas en busca de una mujer de seso...

—Ya está bien—agregó don Antonio—; no pasemos de aquí; que espantaría la legión de solterones que llenan los libros.

—En las *Confesiones* de San Agustín—dijo don Ramón—hay, si no la primera, la más significativa discusión acerca de la solteronía. Alipio, amigo del santo, quería impedirle que se casase para que se dedicase quieta y sosegadamente al estudio de la filosofía. Agustín, en cambio, le contradecía, ofreciéndole los ejemplos de aquellos que siendo casados habían continuado sus estudios y servido a Dios y conservado y amado fielmente a sus amigos. Y el caso es que venció Alipio, y Agustín, dejando atrás su vida libidinosa, se convirtió en santo, uno de los más excelsos de la cristiandad, quizá el que había pecado más, el de vida más derramada y licenciosa. En su apartamiento de esa vida recordaba Agustín que hay hombres que a sí mismos se han hecho eunucos para conseguir el reino de los cielos, y que, como decía el apóstol, la carne tiene deseos contrarios al espíritu y el espíritu los tiene contrarios a la carne.

En verdad que la discusión es bien vieja. En los *Coloquios matrimoniales,* de Pedro de Luxán, una dice que es cosa "muy jocunda, delectable, santa y buena ser casados", y la otra le responde que ve tantas mal casadas o, por mejor decir, burladas, que ha tomado por mejor partido estarse soltera.

—Así es—dijo don José—, que el que cree en hombre no cree en Dios, como decía una vieja de larga y divertida experiencia.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—En fin—dijo don Antonio, como quien no dice nada—, célibe fue Jesús, célibe es Dios, el Hacedor Supremo.

—¡Qué herejía!—exclamó con voz grave y áspera don Sebastián—. ¿Cómo, tratándose de la Divinidad, habláis de soltería? A Dios no puede considerársele sino universal y único. Padre es y Eterno de todos los mortales. Padre por obra y gracia de sí mismo.

—No es para tanto—interrumpió don Antonio—, que ya sabéis que soy cristiano viejo, enemigo de herejías. Tan solo he querido decir algo de lo que sería un libro, por demás revelador y sustancioso, que alguien escribirá, acerca de la soltería en las grandes obras, en las que a veces el autor es el soltero, y a veces el protagonista.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Tendréis que contenerme, como a caballo desbridado —agregó don Antonio—, porque es mucho lo que hay que decir de la solteronía, cosas graves y cosas divertidas. Hablar de tema tan vasto es asomarse al misterio, a lo infinito, a cosas nuestras que nosotros mismos apenas conocemos o que ignoramos con profunda ignorancia. El destino es el culpable de nuestra soltería, pero el destino somos nosotros mismos. No sabemos a ciencia cierta por qué causas somos solterones, si por esto, si por aquello. Es como las enfermedades, que pocos saben cómo las contrajeron. Muchos que nunca pensaron en terminar como solterones, llegaron a ese estado de manera inconsciente, por obra de las circunstancias; y así el del soltero es un caso continuo, que no tiene término, que se repite todos los días y cada vez con sus propias maneras, con su propio estilo. Se es solterón por tal o cual causa, pero en algunos concurre más de una. Una causa se mezcla con otra o con muchas otras, porque hay casos en que todo conspira en el individuo contra el matrimonio. Se puede, pues, clasificar a los solterones como Linneo clasificaba las plantas, por especies. Como pobre herbolario, al menos puedo deciros, sin que ninguno de vos-

otros se sienta aludido, de algunas de las infinitas causas de la solteronía...

Entre las principales yo pondría el amor al estudio, a las letras, a las ciencias, que absorben todo el tiempo del estudioso, para quien las horas son siempre breves y fugaces y que por lo mismo considera a la mujer un estorbo. El hombre de ciencia convierte el campo de investigación en su único mundo, y cuando viene a despertar de sus abstracciones ya es la tarde, es un solterón. Todo don Juan tiene que consagrar gran parte de su tiempo a la donjuanería; sin ello no hay don Juan. Conquistar una mujer es a veces tarea bien larga, que requiere muchos desvelos y muchas prendas, que no se ganó Zamora en una hora. Como el amor es cosa que pide dedicación y tiempo, el estudioso no suele pasar de los placeres ínfimos, de las mujeres volanderas. La excesiva pasión por el estudio anula así la vocación para la vida amorosa, como decía Tirso:

Entre el amor y el desdén,
mal la ciencia se conserva,
porque Venus y Minerva
jamás se llevaron bien.

Quizá si el mayor número de solterones se debe al viejo y grave mal de la timidez, que es, como se ha dicho, un estado de inferioridad, bien complicado por los tantos y variados complejos que de ella se derivan, de un sentimiento insuperable de pudor, de moralidad, de incapacidad, de miedo. Puede uno ser excesivamente sexual y, sin embargo, ser tímido en materia de amor. Puede estar dotado de la mayor atracción viril y, no obstante, ser apocado ante la mujer, que necesita siempre de los efluvios del hombre, como la arena, que no se dora ni resplandece si no la cubre a diario el oleaje. Hay el tímido por morboso exceso de prudencia o de vergüenza, o por creerse incapaz para el amor. Hay también el tímido que lo es tan solo durante la adolescencia, y que luego se convierte en un cínico, en un don Juan.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Otra especie de solterón, digna de señalarse, es la del enamorado de sí mismo, que vive mirándose en el espejo de sí mismo, como una bella mujer, como el Narciso de la fábula. Y es caso bien curioso que son pocos los solterones en que no haya su algo de Narciso.

Como la del narcisismo, otras solteronías hay consagradas por algún mito o por algún suceso de la remota antigüedad. Al llamado complejo de Edipo se le atribuye una de las más comunes causas de la solteronía: la pasión de la madre, a veces demasiado pura, a veces bien morbosa. El famoso complejo parte del excesivo amor del hijo a la madre y de desamor al padre. De ahí que el hijo mimado o el supermimado, por no darle a la madre el dolor de su separación, sacrifica su vida a la soltería, se queda sin hijos y al fin se hunde en la soledad. Es el solterón que, ya bien maduro, todavía es hijo de su mamá, como se dice. Es el hijo dócil y amoroso que se inclina ante la madre autoritaria. No me caso, dice, porque no encuentro ninguna mujer como mi madre. No se casa por desmedida adhesión a la madre y, sin embargo, es, en muchos casos, poco menos que un don Juan cuyas conquistas celebra la madre como cosa propia, pero no más que como lances intrascendentes. La madre, pues, que extrema su amor maternal, condena al hijo a la solteronía, crea en él el complejo de Edipo, le convierte en el solterón que no halla mujer para casarse por falta de las inigualables calidades de su madre. Es el solterón apegado a la falda materna, que busca mujer al gusto de su madre, y es por demás difícil o casi imposible que la encuentre.

Al aquejado del complejo de Edipo se asemeja el solterón que ha venido a serlo por causa de sus hermanas, por mimado por ellas o porque teniendo una hermana mayor solterona no quiso desampararla y envejeció a su lado. Donde es uno solo el varón y varias las hermanas, lo corriente es que lo hagan solterón, según decía un médico que sabía mucho de estas cosas. Todo el que se ha criado entre faldas, si no posee una recia estructura viril, cae, bajo la influencia femenina, en la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

solteronía. El hombre se hace apto para las mujeres no entre ellas, sino entre los hombres; el asno se convierte en garañón no criándose entre las yeguas, sino creciendo entre los caballos.

Otra especie de solterones, de nombre antiguo, es la de los hermafroditas, los que huyen de la mujer, como huyó Hermafrodito de la ninfa Salmacis. Lo que no significa, de manera absoluta, que los afeminados y los hermafroditas sean todos célibes, pues los hay, solterones o no, y de ilustre abolengo, como Sócrates, Platón, Epaminondas, Shakespeare, Leonardo, Miguel Angel, César. Cosas de antaño condenadas en la Biblia, en el Levítico, con horrenda sanción: "Si uno se acuesta con otro como se hace con una mujer, ambos hacen cosa abominable y serán castigados con la muerte; caiga sobre ellos su sangre."

También en los viejos tiempos se hablaba de los solterones amantes de los placeres solitarios, del onanismo, del placer de Onán, y del sadismo, aunque no todos los sádicos son solterones, que ni aun lo fue el famoso marqués de Sade.

En fin, infinitas son las causas de la solteronía e infinitos sus misterios. Pero algún día habrá alguna ciencia que la estudie, que ahonde en las cosas del amor, que penetre en las vidas; alguna ciencia que analice las almas y descifre sus enigmas. Pero ya esa no será cosa de nosotros, que todavía sentimos soplar sobre nuestras cabezas las ráfagas del romanticismo.

—Solterones hay, y muchos—dijo don Ramón—por motivos bien altos. Por amor a una fecunda soledad, por algún idealismo extraterreno, por una desmedida espiritualidad, por la búsqueda larga e inútil de la mujer ideal, la de sus sueños, la de sus gustos, la mujer imposible de demasiadas virtudes, la mujer bíblica. Son los que, como ante un piélago, perdidos en las divagaciones de lo ideal, que nunca llega, se quedaron esperando la barca que les trajera, entre las borrascas de la vida,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la inasequible mujer perfecta, la suspirada por el enamorado Caballero de la Triste Figura.

Y los hay también por mil y mil diversas causas, más malas que buenas: por exceso de escepticismo, por apocados, por descuidados, por ineptos, por neurasténicos, por cretinos, por carentes de conciencia amatoria, de capacidad de amar, por la escasa salud, por ser de naturaleza escasamente enérgica, por contagio o por herencia, que la soltería se contagia y hereda, como se ve por algunas familias en que abundan los célibes de manera abrumadora; los hay por demasiado entregados a sus profesiones, a sus negocios; por encontrarse indignos de la mujer amada, por su rango, su cultura o su riqueza, a pesar de que tanto abundan los matrimonios desiguales; porque, frustrado cazador de fortuna, no halló propicia la moza adinerada y no quiso ir al matrimonio con mujer pobre; por fidelidad a la palabra dada en una despedida; por hastío de la mujer, como se hastió Tannhäuser de los placeres; por avaro—el avaro que recuerda el tapiz de la casa real que representa al amor repelido por la avaricia—, el avaro que solo tiene amor para su oro.

—Decía Cervantes—dijo don Antonio—que "si todas las bellezas enamorasen y rindiesen sería un andar de voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál había de parar...". Y ahí está implícitamente definido un tipo de solterón, el que se enamora de todas sin saber en cuál ha de parar, pero que irremediablemente para en lo que menos espera, en la solteronía, que es cosa bien confusa, por más que se diga que solo hay dos clases de solterones: por exceso de gusto por las Evas o por desabrimiento, por aversión a las mujeres. Pero la verdad es que hay tantas clases de solterones como solteros hay, que cada uno es uno: el solterón empedernido, empecinado, el rico, el avinagrado, el calavera, el vicioso, el libertino, el pisaverde, el viejo verde, el pisaflor, el muy corrido, el de por vida, el agrio, el jovial, el tacaño, el generoso, el libidinoso, el gustador de la fruta prohibida, el Tartufo—para quien no es pecar pecar

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

calladamente—, el que se cree un Adonis, el alabancioso, el andariego—pájaro que no halla rama en qué posarse—el amigo de casquivanas y de rameras, el hinchado por la vanidad, que no halla mujer digna de él para sacrificar en el matrimonio su adoración de sí mismo, el que todo lo deja para mañana, el cobarde, el pusilánime, el irresponsable, que le teme al matrimonio como el diablo a la cruz; por esta o por aquella razón, entre otras, porque el matrimonio es, si bien se mira, un acto heroico; por fatalista, que nació con la aprensión de que no hallará la felicidad en el matrimonio y permaneció abrazado a su negativo fatalismo; el egoísta—y el egoísmo es uno de los principales cimientos de la solteronía—, que aduce como razón el gusto de vivir solo, que no se consagra a una sola mujer pero que se complace en que más de una se consagre a él, que cultiva su propio egoísmo en su estrecho predio, donde nunca habrá un bosque, sino un árbol solitario y una sombra escasa. Y también los *viejeros,* amantes de las musas otoñales, de las Venus tardías, que tienen más maduro sabor, como fruta que está al caer de la rama, que son más sabias, más expertas y sensibles en las cosas de amor. Por algo decía Ovidio que ciertos hondos placeres no se disfrutan sino después de los siete lustros. Que los impacientes beban vino nuevo; a mí me sabe bien un ánfora—decía—llena de ha largo tiempo... ¿Pero no dijo Ovidio que también hay la mujer madura aficionada a los jovenzuelos?

Hay, pues, solterones buenos y malos, podría decirse. Pero a mi ver el peor de ellos es el escéptico, el pesimista, que no se casa porque no cree en nada ni en nadie, porque considera que la vida no vale la pena vivirla ni menos multiplicarla.

—Junto a esos solterones—dijo don José—yo pondría al indigente, al pobre diablo, al que no tiene en qué caerse muerto, al más pobre que la pobreza misma, lo que no le impide tener mujer a quien sabe proporcionársela, porque las hay de todo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

precio... Cosa cierta es que nadie, que yo sepa, ha visto las bodas de un mendigo.

Lo que nadie me negará es que no haya familia española en que falten el tío solterón o la tía solterona, ni, a veces, las mil leyendas del tío célibe y rico que murió en las Indias o que volvió a sus lares, cargado de oro, como buen indiano, para delicia de sobrinos que le agasajan sin tasa y desde el primer día empiezan a pensar si el mortuorio será tarde o presto.

—Podría decirse—dijo don Antonio—que hay una clase singular de solterones: los que siendo maduros por demás, nos traicionan descaradamente pasándose con armas y bagajes al campo de los casados, pero que, a pesar de ello y por sólidas razones, deberíamos continuar considerándolos como solterones, como se dijo del poeta Scarron, que no dejó de ser soltero por haberse casado con madame de Maintenón. Los casos son muchos, pero basten algunas insignes muestras, nada menos que Cervantes, Quevedo, Goethe. A Cervantes le faltó poco para ser del todo de nuestro gremio, por su matrimonio desigual, por mal casado, sin amor y sin hijos de sus bodas, y por su vida misma, más de soltero que de casado. Quevedo, de quien se decía que consagrado por entero a Minerva pareció haber ignorado a Venus, fue otro mal casado, también tardíamente, en la mitad del siglo, cuando hasta entonces había sido solterón alegre y desenfadado, cuyo matrimonio terminó en la desavenencia y la separación. Entre los mal casados cabría también Garcilaso, cuya Elena ni aun asoma en sus versos. La traición de Goethe a su ya larga solteronía fue mayor que la de Cervantes y que la de Quevedo. Ya en las maduras vísperas de los sesenta años cometió la apostasía de casarse, pues, como él dijo, a nadie supo bien todavía el arrastrarse solterón hasta el sepulcro y ello a pesar de que había dicho que las pobres mujeres pierden el tiempo en vano, porque nada más difícil de conquistar que un solterón. Pero el campeón de los solterones apóstatas fue el archiviejo Roberto Tylor, quien esperó

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

más de un siglo, ciento ocho años, para casarse, y lo que admira más es que no murió a consecuencia de esas bodas, como era de esperarse, sino ya arribando a los ciento treinta y cuatro.

Cosa bien cierta es que el solterón que se casa con una moza expía su falta. No querría yo que se dijese de mí lo que dice Moratín en *El sí de las niñas:*

¡Parece cosa de chanza!
¡Un setentón enfermizo
casarse! ¿Y con quién se casa?
Con una niña que apenas
en los diecinueve raya...

—Casarse en avanzada edad—dijo don José—es como plantar la simiente que se sabe que no germinará. Viejo te casaste, a la puerta te paraste, dice un refrán, y en *La Celestina* vimos el caso de "el de Macotera, que sacó la novia y la dejó entera", pero, con todo, los tercos vejestorios repiten que más vale año tardío que vacío.

—Los que se casan tardíamente—dijo don Sebastián—son tan malos maridos como deficientes sacerdotes los que ya tarde abrazan el sacerdocio, como Lope, Calderón, Moreto y tantos otros que vistieron sotana después de llevar capa y espada.

—Pero la verdad es—dijo don José—que el más desdichado de los solterones es el eunuco, y mientras mayor es el harem, peor. Y los más dichosos quizá los que se quedan solteros por más inclinados al vino que a las mujeres, por esta rara razón que me dio uno de ellos: que el vino se queda y las mujeres se van... Vanse los amores, quedan los dolores, dice el refrán. Por algo el pícaro Estebanillo González, siendo pícaro, prefería morir gustando vinos de tabernas que morir probando acíbares de celos.

—Entre los eunucos desventurados, aunque lo son todos —dijo don Antonio—, yo pondría al infeliz Abelardo, cuya pasión por Eloísa la pagó con la inhumana pérdida de su virilidad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—No creais—dijo don Sebastián—que el eunuco sea el más desdichado de los solterones, pues ya decía Cristo: "Hay eunucos que se han hecho a sí mismos eunucos por el Reino de los Cielos. Quien tenga oídos que oiga." A lo que San Mateo agregaba: "Quien sea capaz de eso, séalo." A la castidad, que era la virtud más encomiada por San Pablo, se refería el Apóstol cuando pedía que todos supiesen y entendiesen que todo fornicario o impuro no tiene puesto en la herencia de Cristo y de Dios.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—¡Amén!—dijo don José, que no ocultaba sus deslices eróticos—. Ser solterón no quiere decir que no se tiene mujer, sino, sencillamente, que no se tiene esposa. El solterón es el hombre libre por excelencia, nadie le quita el sueño, nadie le reprocha nada; y puede decir, como el campesino alabando su libertad: yo como en mi casa y bebo en el río. La libertad no tiene precio, que el buey suelto bien se lame, como dice el refrán, aunque algunos digan que no hay nada peor que la libertad cuando ya no nos sirve para nada...

Entre los solterones hay muchos que vinieron a serlo por haberse aficionado desde los tiempos de la escuela a las mujeres ínfimas, rameras y mozas del servicio, que estaban más al alcance de sus bolsas. Son los que en la América son llamados con una fea palabra; los muy dados a las fregonas, y no ilustres.

—En efecto—dijo don Antonio, repasando mentalmente sus viejos pergaminos—, en su libro *Los Beneficios*, nuestro Séneca, que nunca dejo de recordar que era cordobés, habla del hombre de abatida y humilde sensualidad, llamándole amigo de fregonas. Regla que no es muy absoluta, a juzgar por Casanova, que de la más alta realeza bajaba sin empacho hasta las maritornes.

—También hay solterones—dijo don Alejo—nada menos que por escarmentados en cabeza propia o ajena; por despe-

chados, por causa de un amor imposible, y hasta por convicción, porque tuvo conciencia de la perfidia de la mujer. De estos soy yo, no lo niego, que antes que dejar de ser soltero prefiero que vengan sobre mí las siete plagas de Egipto.

Esto lo oían todos con las bocas abiertas, viendo cómo don Alejo estaba olvidando que había llegado a la solteronía a causa de unas desconsideradas calabazas, tan hinchadas que corría contra él la burla de que no iba al campo ni al mercado para no ver los símbolos de su desgracia, y de que un día de amargas meditaciones echó al fuego, sin haberla leído, *La perfecta casada.*

—Para mí, humilde sacristán—dijo don Sebastián—, los solterones que mejor conozco son quizá los únicos que pueden justificar su condición: los solterones por mandato de la Iglesia, por vocación, por abnegación, por amor a la vida ascética, por haberse consagrado en cuerpo y alma a su ideal ascético, por arrepentimiento y penitencia de la vida licenciosa, por su honda piedad cristiana, por su profunda religiosidad, que el que es solterón por obra de la fe, que llegaría hasta los extremos del buen fraile que exclamaba: "Yo para Dios y Dios para mí, y no más mundo", es bien distante del solterón de vida disoluta, que lleva, como dice Salas, una vida disipada, sensual y sin virtud, que le acarrea desgracia, pobreza, poca salud y vejez anticipada, y también, añado, el castigo de Dios.

Pero hemos de confesar que todos los caminos llevan a Roma, que por todos los caminos se va a la Iglesia, incluso por los laberintos del amor mundano. Que no son pocos los que en la realidad o en las letras, por causa de un desengaño amoroso, como el don Juan de Meneses, personaje de Tirso, se hicieron frailes. Aunque nos plazca el vino y la tertulia, los solterones de la Iglesia somos otros solterones, los de Dios.

—No hay cosas más aburridas que las cosas morales—dijo don José, sin mirar a don Sebastián—. Bien están los sermones para la iglesia, pero no para esta jarra de buen vino...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Dejó don Sebastián pasar la alusión y, sonriendo, se llevó su vino a los labios, apurando un largo sorbo.

¿Pero qué es un soltero, qué un solterón?—se preguntó don Alejo, y él mismo se respondió, recordando sus viejos tiempos de maestro de gramática—: soltero viene de suelto, de libre, de soledad, hombre que no ha tomado estado, como dicen los académicos, y solterón el soltero ya entrado en años. A rienda soltera, se dice, lo mismo que a rienda suelta. Pero fuera de los diccionarios andan muchas otras definiciones: que es el hombre que tiene a todas las mujeres y que termina sin ninguna; que el solterón es un soltero que tiene que cuidarse siempre de sus apariencias de disoluto; que es el hombre que se condena a la eliminación de su estirpe, que, según algunos, no es cosa cristiana ni de razón; que el solterón consumado es el hombre acabado, el que ya declara que colgó su espada; que la solteronía es la aventura de la soledad, y que también es, a veces, no más que un lujo social. Y es bien que aclare que uso a conciencia la palabra solteronía, que todavía no anda en los Calepinos, a la que hay que agregar otra voz que nos viene de la Argentina, solterear, que es permanecer soltero, alardear de soltero. Además, diría que la palabra saudade la inventó algún soltero.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—A todo eso—dijo don Antonio—hay que añadir todas las diatribas, todas las calumnias lanzadas contra los solterones, ¡cosas que espantan! ¡Cuántos libros en que nos ponen como no digan dueñas! ¡Cuántas pullas y bromas, ligeras o pesadas, cuántas sátiras! Los moralistas nos pintan con oscuros colores. Dicen que los que no nos casamos somos de la peor catadura, que nunca nos parece llegada la hora del connubio porque nunca queremos sujetarnos a la ley cristiana y al orden; que nos hemos acostumbrado a dejar sin efecto nuestra palabra de compromiso y que tememos poner a Dios como testigo de nuestras vidas; que no solemos tener demasiado religioso el

corazón; que andamos por el mundo como perros sin amo y vamos y venimos sin dar cuenta a nadie de nuestros pasos. Al menos esos moralistas perdonan a los que llegaron a la solteronía sacrificados por ideales nobles, víctimas de su tiempo, cabezas de familias consagrados por vocación al estudio. Pero donde nos maltratan de verdad es entre la gente común: al solterón lo señalan con el dedo, como a desorejado; dicen que el solterón es como un pájaro que va volando con solo un ala; que la vida del solterón la dicen dos palabras solo: soledad y desamor; que el solterón, malo, y si es en pueblo pequeño, peor; que es como el árbol que no da fruto, condenado al hacha; que los solterones son las gentes más descaminadas, que profesan el egoísmo del buey suelto; que el soltero es como el que, a la orilla del río, ve pasar el agua sin beberla ni bañarse en ella; que vive entre Narciso y Hermafrodito, y que de este a aquel hay escaso trecho; que es un hombre incompleto, que algo le falta; que es un loco que no vio a tiempo a un médico; que es un Fulano que se quedó para tío; que solterón y libertino es la misma cosa; que es un hombre anodino; que el criado del solterón se convierte en su testigo y después en su cómplice, y la doncella, avanzando en categoría, se hace su amante y luego, tantas veces, su esposa. Y así, por el mismo estilo, siguen endilgándonos los peores pecados, de los que Dios nos libre.

—Y otra cosa peor—dijo don Sebastián—. Que, según parece, los solterones dan la impresión de que les falta algo...

—Así es—interrumpió don José—. Cuando alguien me mira con alguna insistencia me figuro que me está diciendo cojo, manco, calvo o tuerto; como que me está buscando algo que me falta. Pero con todo le sonrío, porque mi soltería la llevo gozosamente.

—En efecto—agregó don José—, las burlas que llueven sobre nosotros no tienen nombre. ¡Si creyéramos las cosas que se han dicho; las cosas que nos dicen! Pero, si dicen, que digan; que yo repetiré el célebre pareado:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ande yo caliente,
y ríase la gente...

—Como si fuera poco—dijo don Antonio—, no han dejado de inventarse leyes e impuestos contra nosotros. Cosa bien antigua, porque en las *Partidas* no nos olvidan ni nos olvidaron en tiempos del Conde Duque.

—A los solterones que lo son por su gusto y albedrío contra la ley de Dios—dijo don Sebastián—, debería obligárseles a hacer voto de castidad, como los antiguos templarios... Esto pretendía un cura de aldea, desde el púlpito, con espanto de los célibes... Y por poco termina aquella misa como el rosario de la aurora.

—A pesar de tanta diatriba—dijo don Ramón—, en la vida galante los solterones gozan de singular prestigio. El ser codiciados, como fruta madura, ya al caer, les abre muchas puertas, aunque al fin les lleva a extraviarse en ese raro deleite y apartarse cada vez más de la senda del matrimonio. Nunca falta la mujer que le eche los ojos al solterón, por maduro que sea. Solterones hay de verdaderos atractivos para la mujer, unos que los aprovechan con creces y otros admirablemente dotados para las lides del amor y, sin embargo, inertes y fríos como estatua, que Dios le da barbas a quien no tiene quijadas. El solterón ha de ser inasequible al desaliento, o la soledad le mata. Al solterón solo le salva el ser fecundo en algo de su vida, que ya lo decía Goethe: solo lo que es fecundo es verdadero. El solterón, a veces hombre de espiritualidad superior, se construye su propia filosofía, a su medida, para darle sentido a su vida. ¡Y qué rico sentido espiritual, a veces, tiene su vida! En cierto modo, más que la del que vive bajo la coyunda del matrimonio. Ser libre, no ser apremiado, es cosa muy deleitosa, como lo decía Berceo al hablar de aquel fraile que antes que fuese monje era no bien señalado; que

facie a las de veces follia e peccado
como omme soltero que non es apremiado...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Así como hay denuestos y alabanzas para los solterones —agregó don Ramón—, los hay también para la soledad, tan cantada por los poetas, tan dulce y honda para los místicos, tan fecunda para las letras y las ciencias. Porque el árbol solitario domina mejor todos los horizontes. Porque la soledad es el único refugio en que podemos hablar con nosotros mismos, como lo dicen las Sagradas Escrituras: "Yo atraigo al alma a la soledad, y allí le hablo al corazón." Y como dijo Juan de Iriarte en versos memorables:

Solo aquel que siente a solas
es el que siente de veras...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Hombre de profundo saber fue quien dijo que la soledad solo desespera a los imbéciles, pero que hace más grandes a los hombres de talento; que hay hombres que si algo son débenselo al tiempo en que estuvieron solos; que el hombre de espíritu en el aislamiento se empina y saca de sí la hebra de luz que Dios puso en su inteligencia.

Hay quien nace con vocación de soledad y hay quien no la resiste. Hay quien busca el bullicio del ágora y hay quien se retira a los montes a vivir solitario, como Heráclito y como Timón, el misántropo. Hay quien compadece al solitario porque no conoce los hondos goces de la soledad cuando en ella hay algo que la fecunda. Hay quien ahonda y ensancha su amor en la soledad y quien, como Stendhal, ama con el fin de no sentirse solo. Pero... no es soledad la del que sabe estar con Dios, o consigo mismo, ni la del que sabe buscar la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido, como dijo el poeta.

—Bellas palabras—dijo don Antonio—, junto a las que yo pondría las del filósofo que escribió esta verdad: que en la soledad está nuestra grandeza y en la sociedad nuestra eficacia; y junto a lo que dijo Espinel en *El Escudero Marcos de Obregón:* "Andese quien quisiere solo, que la soledad solo es

buena para santos o para poetas, que los unos tratan con Dios, que los acompaña, y los otros con su imaginación, que los desvanece." Y repetiría, en fin, esta hermosa afirmación de Goethe que lo dice todo: "La soledad es muy bella cuando se esta en paz con uno mismo y se tiene una tarea definida."

—Pero también—dijo don José—ha de repetirse esta gran verdad: que la soledad envejece...

—Pocos sabrán—dijo don Alejo—por qué son solterones. Ya por esto, ya por aquello o por estotro, cada uno dice lo que más le acomoda, pero ninguno toda la verdad, porque hay duras verdades que no se dicen, que nadie quiere confesar. Cada uno habla de un tipo de solterón, pero omite el suyo, que es cosa natural. Pero ignoran que al todos hablar de los demás, ya todos están hablando de sí mismos, o sea, que quien habla de otro está, sin quererlo, hablando de sí.

—Alejandro y Horacio—dijo don Antonio—son los culpables de muchas solterías; este porque afirmó que no hay nada tan bueno ni tan hermoso como el celibato, y aquel porque dijo esta sentencia: serás demasiado feliz si no tienes mujer.

—En efecto—dijo don José—, no creo, como dice don Alejo, que salga un valiente que diga la verdad de su solteronía, que de la ajena sí se habla con creces. ¿Y habrá quien lo sepa a ciencia cierta? Sé que viví entregado a la vida placentera, que nunca quise dedicarme a la municipal faena de darle contribuyentes a la Común, y que en esta materia no puedo ir más allá de algunas suposiciones: tal vez no me casé porque descubrí muy temprano que las mujeres miran con no poca desilusión a los casados, o por la simple razón de que quise lo imposible, que todas las mujeres que me agradaban fueran para mí. Quizá tuvo razón quien dijo de mí, en son de burla, que como hombre de buen humor hallé el matrimonio demasiado serio para casarme. Y como de suposiciones se trata, diré otra más.

El instinto amoroso—o, mejor dicho, erótico—se revela desde temprano, en la adolescencia, pero antes, en la infancia, ya asoma tímidamente. No llegaba yo a los doce años cuando

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sentí en mí las primeras sensaciones del instinto viril. Elsa se llamaba la niña que empezó a despertarme, en los inocentes juegos de la edad, en que se toman las manos hembras y varones, se canta y se baila en coro y se persiguen juntos las mariposas. ¡Cómo me cautivaba la fresca belleza de Elsa, todavía tan cerca de la infancia, pero ya con los claros rasgos de la hermosura de su madre, mujer de poderosa fascinación para todos los varones del vecindario que empezábamos a tener ojos de precoces deseos! Y es claro que Elsa nunca lo supo. Porque en tan tiernos años no tiene expresión el sentimiento. La vida nos llevó por rumbos distintos, por caminos opuestos, y nada más. Solo que, ya en la madurez, en la irremediable madurez de ambos, tropezamos un día en la calle y me dio un vuelco el corazón. Pienso que debí haber palidecido terriblemente, pero el gozo de verla me dejó la sangre en su punto. Pienso que quizá si la frustración de aquel despertamiento del instinto, exacerbado en la adolescencia, me llevó luego al desenfreno, al disfrute de la mujer como en un juego infantil. En fin, cada soltero es un enigma, cada uno tiene su misterio, su tragedia, su comedia, ¡y hasta su sainete!

—Muy cuerdo andáis, don José—dijo don Ramón—al decir que solo caben suposiciones en cuanto atañe a las causas de la solteronía, por lo que yo diría que la mía se debe, quizá, a no pequeña causa—lo confieso—a que, para amar a la mujer, en toda su latitud, no podía casarme con ninguna, que el buen bebedor nunca lo fue de un solo vino, aunque fuese el de Berceo. O quizá por descuido, por dejar para un mañana lo que pudo hacerse antes. Nosotros, los solterones, hemos dormido el largo sueño de Epiménides. El filósofo de Creta de niño salió al campo tras de una res huidiza, y al hallar una cueva se echó a descansar, rindiéndole el sueño, y durmió tan largamente que al despertar ya estaba encanecido. ¡Había dormido más de cincuenta años! Tal nos sucedió a nosotros, como a tantos mortales, y ahora despertamos del sueño de Epiménides, sobre el cabezal de piedra de la solteronía. Yo,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por qué negarlo, tuve mis amores y amoríos, pero cuando pensé en las posibilidades de casarme, ya era tarde. Tal vez sea el caso de todos nosotros; pensamos en el matrimonio, comprendemos al fin que es una necesidad, pero ya es la noche... A decir verdad, no me pesa la solteronía, pero tampoco la alabo, porque ciertamente que no es cosa de Dios; ni tampoco es hora de llorar el epitalamio perdido, que sí es cosa que manda Dios. El tiempo se nos fue de las manos; le dimos demasiado tiempo al tiempo. Permanecimos demasiado en la orilla sin lanzarnos al vado o a la puente. El moho nos invade, como a la espada abandonada. Ya es otoño, tiempo de las hojas amarillas. La vida, ahora, es otra.

—Lo mejor—comentó don Antonio—es no saber por qué se es soltero, no atormentarnos por lo irremediable...

—Por lo que decís vosotros—dijo irónicamente don José—veo que es más fácil hablar de la solteronía ajena que de la propia, que todos escondemos o disfrazamos. A fuer de sincero confieso que la soltería no me pesa; yo me siento como aquel anciano labrador de Castilla a quien se le preguntó su oficio y respondió con firmeza: ¡soltero! Soltero he vivido muy a mi gusto, sin obligaciones y sin preocupaciones, y así espero seguir viviendo, porque las preocupaciones y los celos son para los casados y para los que se los crean; yo no me preocupo, yo me ocupo. Yo estoy a gusto con mi solteronía...

—Razón tenéis—dijo don Ramón—, porque la verdad es que somos solterones vergonzantes. Nadie dice por qué es soltero, como nadie por qué ama. Todos invocamos la libertad, el amor a la libertad, como causa común de nuestro celibato, pero, en el fondo, detrás de esa libertad, siempre hay algo oculto, una frustración, un desengaño, una ineptitud, una irresponsabilidad, una inconsciencia..., o cualquier simpleza.

—Podría decirse—dijo don Sebastián—que el celibato me vino por contagio. Desde niño en la iglesia todas sus cosas menudas las hice, desde voltear las campanas y servir de monaguillo, hasta caer en el placentero oficio de sacristán. Entre

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tantos curas, célibes, empecé a mirarlo todo tras los cristales de la sacristía, entre ayunos y abstinencias y actos de contrición. Y por ello y por mi amor a la Iglesia permanecí soltero, aunque abundan los sacristanes casados, como el sacristán de *La Guarda cuidadosa,* de Cervantes. Pero a mí tampoco me duele la soltería, que está dentro de mi santo oficio. Que haya solterones... Conviene que haya herejes, dijo nada menos que San Agustín. Pero el pecado es cosa de todos. Ya lo dice el Eclesiastés: no hay justo en la tierra que haga solo el bien y no peque. En su vanidad de vanidades y todo es vanidad, el Eclesiastés cuenta la vanidad del hombre solo, que no tiene sucesor, que no tiene hijo, ni hermano, y que no cesa nunca de trabajar ni se hartan sus ojos de riquezas. El solterón debe pagarle a la vida lo que dejó de hacer: su incumplimiento de la Ley de Dios, que todo lo placentero tiene sus riesgos. Cada uno sabe por qué causas ha de ir al Infierno, al Purgatorio o al Paraíso. La conciencia se lo dice o se lo dirá el día menos pensado...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—La diferencia entre un casado y un soltero—dijo don José—es cosa fácil de ver: ahí están Sancho y Don Quijote, uno en su asno y el otro en su rocín, uno gordo y el otro enjuto... Huelga decir cuál es el casado y cuál el soltero... Y aun fuera de propósito digo que para mí Sancho es tan grande como Don Quijote y a veces pienso que más. Quitadle la locura al Caballero Andante y veréis que lo que resta es menos que Sancho, tan solo el bueno de don Alonso Quijano el Bueno...

—¡Dejémonos de herejías!—dijo don Antonio—, tomando a bromas tal dislate, que los que se dicen en las tertulias no son pocos ni pequeños.

—¡Así es!—exclamó don José—. Para endulzar la vida hay que decir muchas cosas en que uno mismo no cree. Si no digo algo oscuro me creerán un lerdo, un simple... Para no decir

nada lo mejor es decir muchas cosas, como para ocultar lo que se piensa basta hablar hasta por los codos, lo que parece hábito del solterón.

—En el matrimonio—dijo don Ramón—, unos ven el pro y otros el contra, en vez de considerar las dos caras a la vez. Como Jano, tiene dos caras, una buena y otra mala. El matrimonio es un mal, pero un mal necesario, decían los griegos. Quien se detenga ante la palabra mal, que no desdeñe la palabra necesario. Claro que el casamiento tiene cosas buenas y cosas malas, pero hay que aceptar que más son las buenas que las malas, y que casarse es la ley de Dios. El que se casa ha hecho no pequeña cosa, pagar su deuda capital, la de su nacimiento. El Donado Hablador fue casado con una rica viuda, porque casarse, decía, —nada menos que con San Pablo—es mejor que quemarse. Otras cosas más agudas afirmaba el pícaro: el estado de viudo es más perfecto que el de casado; casarme, agregaba, es como ir a las Indias, que unos vuelven ricos y otros sin blanca...; haste casado, entrado has en la mar...

Sí, hay que reconocer que en la casa del soltero falta algo insustituible, algo esencial: falta la intuición, que es la mujer.

Bien miradas las cosas, en el matrimonio la verdadera tiranía no está en la mujer, sino en los hijos; que lo digo por lo que a una parturienta y a su marido les decía un padre de larga familia y no poca experiencia: habéis oído hablar de tiranía, pero ahora es cuando vais a saber lo que es tiranía...

Pero oigamos al Arcipreste, que bien sabía de estas cosas:

> Como dize Aristotiles cosa es verdadera:
> el mundo por dos cosas trabaja, la primera,
> por aver mantenencia; la otra cosa era
> por aver juntamiento con fembra placentera.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Y aunque soltero, hago míos los versos del de Hita:

> Una fabla lo dize, que vos digo agora:
> que un ave sola nin bien canta ni llora,
> el mastil sin la vela non puede estar tod'ora...

—Bien dice don Ramón—dijo don José—, que es menester mirar el matrimonio por sus dos caras, la buena y la mala, pues hay el que añora la soltería y el que no la añora. Por eso no me detengo en una ni en la otra. Tanto digo de lo uno como de lo otro, de las cosas que oigo: que matrimonio y miserable comienzan con la misma letra; que casamiento y cansamiento son la misma cosa; que el matrimonio es la capitulación capital del hombre; que los casados viven regaladamente, como los toreros, pero siempre expuestos a que los coja el toro; que el matrimonio solo fue bueno para Abraham, Salomón y Mahoma, que no se pasaron la vida sacando agua del mismo pozo; que, según un cadete de artillería, quien se casa se parece mucho al guerrero que entra triunfante por la brecha de una plaza minada; que tener mujer es como quien tiene caballo, a veces para largos caminos, a veces como lujo y, a veces, olvidado en el establo; que el que va a casarse es como el que va a montar a caballo, que todos le ayudan: uno le tiene las bridas, otro el estribo, y ya a horcajadas que se las arregle él solo, como Dios le ayude, con los corcovos y resabios de la bestia; que quien se casa sin poderlo es que olvida el refrán que dice: tú que no puedes, llévame a cuestas; que mejor es llorar con un ojo que con dos, como decía el Donado Hablador; que, aludiendo al matrimonio, dijo un humorista inglés que cada vez que un hombre hace una cosa decididamente estúpida, siempre es por los más nobles motivos. Pero también diré, como el campesino, que no hay hombre sin hombre, que no hay hombre sin mujer; que hay que reconocer, y esto dicho sin ironía, la mayor longevidad de los casados que de los solterones; que malo no debe de ser el matrimonio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cuando, como contaba San Jerónimo, en su tiempo hubo en Roma una mujer que tuvo veintidós maridos y al enviudar del último concertó casamiento con un hombre que había tenido veinte mujeres; y que ninguna verdad más verdad que la de que siendo casado el hombre se halla más seguro de las añagazas de las mujeres que siendo soltero, y con la sabrosa ventaja de que ciertas mujeres, dadas a las aventuras, prefieren a los casados, por más discretos o porque, por lo regular, tienen más llena la bolsa. Quien solo una ropa tiene, presto la envejece, decía la muy docta Celestina.

A todo esto hay que agregar las cosas que en bien o en mal del matrimonio dice el refranero, que todo lo sabe y todo lo cuenta: hasta la hormiga quiere compañía; toma casa con hogar y mujer que sepa hilar; ponte buen nombre, Isabel, y casarte has bien; madre, ¿qué cosa es casar? Hija, hilar, parir, llorar; la mal casada tratos tiene con su criada; la que con muchos se casa, a todos enfada; la mujer y el huerto no quieren más de un dueño; la primera mujer escoba, la segunda señora; matrimonio, ni señorío, no quieren furia ni brío; dolor de esposo, dolor de codo, duele mucho y dura poco; el amor, ninguno da honor, y a todos dolor; el amor y la guadaña, quieren fuerza y quieren maña. Casarse es hallar la horma de su zapato, gran verdad aunque la dijese un zapatero. Yo en fin, no pretendo enmendar el Mundo. Los casados son la burla de los solteros; los solteros el escarnio de los casados. Y así será por los siglos de los siglos. ¡Todo está bien como está!

—Por eso, porque todo está bien como está—dijo don Alejo, que, como Petronio, aborrecía el casamiento—, no me caso con nadie. Casarme, ¿para ser más burlado y vilipendiado de las mujeres que Guzmán de Alfarache? ¿Para que me salga la mujer como la Garduña de Sevilla? ¿Casarme, cuando la mujer solo ama al presunto padre de sus hijos? Vivir casado es vivir con el credo en la boca:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

No te sabré afirmar cuál fue primero,
o amar o estar celoso...

dicen los versos de Tirso.

—Tampoco me casaría yo—exclamó don José—, ¡ni soñarlo! Mal querría yo ser como un viejo marido que conocí, que trabajaba como un asno y que, cuando le saludaban en su fragua estando él en su faena, siempre respondía con su poco de burla y de resignación: ¡Aquí, trabajando para la viuda!, y era de notarse que la presunta viuda, que heredaría su cortijo y algunos maravedises, era aún algo moza, bizarra, de alegres líneas.

—Diréis lo que queráis—dijo don Alejo—, pero lo que yo he visto es que hay más gente casada que contenta; que el casado trata de pasar por soltero; que el Mundo de los casados se divide en dos clases: la de los arrepentidos y la de los que no se han arrepentido todavía. De ello habló el Maestro Castillejo:

No son todos los maridos
de una suerte bien tratados,
ni querría más ducados
que los que hay arrepentidos...

A lo que agrega la copla andaluza:

Todo el hombre que se casa
con una mujer bonita,
hasta que no llega a vieja
el susto no se le quita.

—Con todo—dijo don Antonio—, lo que soy yo no le aconsejo a nadie que no se case...

—Ni yo, ni yo tampoco, antes al contrario—interrumpieron a un tiempo don Ramón y don Sebastián.

—En alguna parte leí—agregó don Sebastián—que toda

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

vida que no tiene una fuerza centrípeta se dispersa y extravía; por lo que puede decirse que un solterón es, en muchos aspectos, un extraviado, un disperso. Con todas las pestes que se dicen del matrimonio, es menester reconocer que todos les conceden más larga vida a los casados que a los solteros.

—Esa—interrumpió don José, que siempre estaba tropezando con don Sebastián—es una falsa apreciación. Lo que sucede es que a los casados les parece la vida más larga y a los solteros más corta.

Ninguno rió del chiste, ni la objeción de don Sebastián dio tiempo para ello. Dirigiéndose a don José, dijo: —Dejaos de bromas y de contrasentidos, que la verdad es la verdad y los números son los números. El casado tiene la bendición de Dios y los cuidados y el amor de la mujer, mientras que el soltero, sin razón para serlo, tiene, sin ser San Antonio, las continuas tentaciones del Demonio.

—El hablar mal de las mujeres—dijo don Antonio—es cosa muy antigua, desde Adán, que culpó a Eva y no al Diablo del yerro de la manzana, como lo recordaba el Maestro Castillejo, siglos atrás, en su *Diálogo de mujeres:*

> Y así de yerro tamaño
> dando Adán su testimonio,
> a la mujer, no al demonio,
> echó la culpa del daño...

Del sustancioso diálogo son interlocutores Alethio, que habla mal de las mujeres, y Fileno, que las defiende, por este estilo:

FILENO

> ¿Qué os parece que valdría
> el hombre sin la mujer?

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Lo que deja de valer
por su mala compañía...

Diónoslas por penitencia, y pudiera
no criarlas, si quisiera;
y ojalá no las criara
y a nosotros nos formara
de otra materia cualquiera...

Se deberían, por ley nueva,
dar las mujeres a prueba,
si no fuese deshonesto...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

En uno de sus repetidos alardes de desconcertante erudición, agregó don Antonio:

—Entre los mal hablados de la mujer, anteriores al *Diálogo* de Castillejo, está el *Libro de los engannos e los ensayamientos de las mujeres,* del lejano 1253; el *Libro de los exemplos,* de Clemente Sánchez Varcial, del siglo XIV, versión de *Disciplina clericalis,* del judío converso Pedro Alfonso; *El Corbacho,* del Arcipreste de Talavera; la *Sátira contra las damas,* de Hurtado de Mendoza; las picantes *Coplas de las cualidades de las damas,* del poeta catalán Mosen Pedro Torrellas, que le hicieron pasar, como dice un maestro de nuestras letras, por un nuevo Boccaccio, infamador sistemático de las mujeres; coplas impugnadas por diversos trovadores, entre ellos Juan del Enzina, y recordadas a cada paso por los maldicientes del sexo femenino, hasta crearse la leyenda de que irritadas las mujeres por los vituperios de Torrellas, por sus propias femeniles manos le dieron crudelísima muerte. Toda la vasta literatura en desmedro o en loor del sexo débil, se inspira, dice tal maestro, en dos distintos libros de Boccaccio, *Il Corbaccio o Laberinto d'Amore,* sátira grosera y feroz contra las mujeres, y el tratado *De claribus mulieribus,* en alabanza de la mujer.

Hasta en el Eclesiastés se dicen cosas tremendas de la

mujer: "Es la mujer más amarga que la muerte y lazo para el corazón, y sus manos, ataduras. El que agrada a Dios escapará de ella, mas el pecador en ella quedará preso."

Los antiguos, a pesar de su sabiduría, dijeron muchas cosas vulgares contra el matrimonio, como, por ejemplo, Anaxandrides. No dijo si el matrimonio afectaba al alma o al honor o a la vida espiritual, como lo habría dicho Calderón, sino esta vulgaridad: casarte es abrir tu hogar a todos los males; si eres pobre y tomas mujer rica, serás esclavo hasta la muerte; si la mujer no tiene nada, serás más desgraciado, porque en lugar de un estómago tendrás que alimentar dos.

Fueron muchas y muy divertidas las cosas que los filósofos antiguos dijeron contra las mujeres, empezando por Sócrates en sus discordias con Xantipa. Basta recordar a Diógenes, quien, al ser preguntado que cuál era el mejor tiempo para casarse, respondió que cuando mozo era temprano, y cuando viejo, tarde. A los que pretendían persuadir al filósofo Herminio a que se casase, les respondió: no elijo estado, porque si me toca mujer fea, tengo el trabajo de aborrecerla; si rica, de sufrirla; si hermosa, de guardarla; si discreta, de tenerla; y si tonta, de atormentarme. Al preguntársele a Demócrito, hombre de gallarda estatura, por qué se había casado con mujer pequeña, respondió: porque se ha de escoger del mal el menos...

Siempre ha habido una rebelión, una subversión contra el matrimonio. Siempre se habló mal de las cosas obligatorias, y como el matrimonio era obligatorio entre los antiguos, los sabios y los legos de entonces se complacían en decir horrores del matrimonio. Y cuando no, las mofas más resonantes. Ahora no. No se pasa de simples burlas, como las que se prodigan gozosamente, pero injustamente, a todas las suegras. ¡Es todo!

Ya es frase por demás vacía y poco poética la de que el matrimonio es una tontería, pero tontería mayor el no casarse. Cuando mi padre insistía en que me casase, en mis tiempos de Tenorio, que es tiempo de todos, me ponía la mano sobre

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el hombro y me hablaba de lo que él llamaba el inigualable gozo de pasarle la mano por la cabeza al nieto, de mirarse en ese espejo de carne y hueso. Y ahora recuerdo, no sin pena, que yo le escuchaba sonreído, pensando en alguna aventura. Mocedades de ayer, arrepentimientos de hoy. Cosas de antaño, cosas de hogaño.

—Con todo lo abominable que se dijo del matrimonio en la antigüedad—dijo don Sebastián—, en los tiempos que vivimos, de herejía y de impiedad, no se honra el sacramento del matrimonio como en los antiguos tiempos. Basta decir que en un libro de mi parroquia leí que las calendas de marzo eran el día en que las mujeres casadas, en Roma, celebraban las fiestas llamadas *Matrimonalia,* en honor de Juno Lucina, que preside los casamientos. ¿Y ahora? ¡Burlas y cencerradas! El matrimonio procede del amor, como el vinagre del vino. ¿Y quién lo dijo? Uno que siempre cojeaba de una pierna y, a veces, de la cabeza.

Las letras de don Alejo serían pocas, perdido en las pedregosas encrucijadas de la gramática, que él ponía sobre todas las cosas, pero en tratándose de la mujer su erudición era asombrosa, podía jugarse con la de don Antonio y aun adelantársele, pero tan solo en las adversas, en las denigratorias de la mujer. Dos virtudes notables tenía don Alejo: la memoria de elefante y el entrañable sentido de la amistad. Su memoria era tan prodigiosa como la portentosa memoria de Ciro, rey de Persia; como la de Mitrídates, rey del Ponto; como la del filósofo Séneca, maestro de Nerón; como la de Julio César; como la de aquel precursor del manchego que se sabía a la letra todo el *Palmerín de Oliva;* como la memoria que Cervantes puso en la frágil cabeza del licenciado Vidriera. Como la obsesión de don Alejo era el odio a la mujer, se aprendió de memoria todos los vilipendios que halló en los libros o que oyó en los mentideros, lanzados contra la mujer, todo lo malo que de la mujer y del matrimonio se dijo desde Eva. Todo se lo sabía, como el Credo. Con placer morboso re-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

citaba capítulos enteros de *Il Corbaccio,* del procaz Juan Boccaccio, y así mismo de *El Corbacho,* del Arcipreste de Talavera, de las más groseras sátiras que se han escrito contra la mujer. Y todavía era poco: el *Entremés del Casamentero,* el *Entremés de los Refranes* y otros del mismo linaje los tenía en la cabeza, de cabo a rabo. Empezó, pues, don Alejo a repetir cosas del Arcipreste, con sus inagotables ganas de hablar mal de la mujer, como otro Eurípides, docto en estas artes.

Como quien se prepara a perorar largamente, don Alejo apuró un buen sorbo de vino y golpeándose el pecho con la diestra, dijo, con su áspero hablar, a pesar de toda su gramática:

—Razón tenía el Arcipreste, en su *Corbacho,* cuando le atribuía a la mujer la perdición del mundo. En "tanto descaecimiento—decía—es ya el mundo venido, que el mozo sin edad y el viejo fuera de ella ya aman las mujeres locamente"; que por las mujeres se seguían las discordias, homicidios, muertes, escándalos, guerras..., y advertía al hombre no darse al Diablo por mujercilla miserable; que el eclesiástico y aun el lego se pierden por amar; que los letrados pierden el saber por amar; que las mujeres aman más a aquellos que las hieren y trabajan; que ni la mujer ni el hombre se preguntan de dones y que por ello se verán lindas mujeres con hombres feos y pobres, cojos, mancos, tuertos, jorobados, ni los olvidan por negros, sucios, que verlos da asco, y que lo hacen porque frío y amor no guardan donde entrar; que el motivo del amor en la mujer la más de las veces es interesado, que son muy avariciosas y cuando alcanzan son muy conservadoras y aman las riquezas en grado superlativo y para lograr dinero con modos muy exquisitos trabajan su espíritu y cuerpo con mucha atención y solicitud; que nadie piense hallar en el mundo mujer fiel y constante, porque si otro viniere con mayores dones y joyas le dará el esquinazo; que las joyas, plata y oro y otras cosas preciosas hacen caer a las más altas; que no las hartarán señoríos ni riquezas; que es descubridora de secre-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tos, como el de Sansón revelado por Dalila; que no hay regla que asegure que la mujer ama al hombre con voluntad pura y corazón verdadero, pero ellas querer ser amadas, eso sí; que la mujer parlera siempre habla de los hombres ajenos; que miente jurando y perjurando, que es desobediente, envidiosa, inconstante, murmuradora; que ama a diestro y a siniestro por la gran codicia que tiene. Todavía otras cosas peores dice el Arcipreste. Quien quiera conocer a la mujer que lea su *Corbacho,* y verá cosas espantables.

—Para mí, con perdón de don Alejo—interrumpió don Sebastián—, el libro del Arcipreste es de los que van derechos al Infierno. Algo le faltó decirnos del *Corbacho:* que tampoco nosotros los hombres salimos bien librados de su tremenda saña. El Arcipreste empieza por decir, como Salomón, que es cosa muy honda el corazón del hombre, y ni aun el amor queda a salvo, porque, según el de Talavera, el que ama locamente desplace a Dios; que el que ama aborrece padre y madre; que muchos enloquecen por amores; que por amar son criminosos y acaecen muertes y daños; que el que ama pierde todas las virtudes; que por amar vienen todos los males.

—De Eva—dijo don Alejo—, que no deja de ser calumniada, no diré nada. El ser más pérfido, el peor ser humano, no ha sido un hombre, sino una mujer, la Celestina, porque siendo la sabiduría germen de bondad, ella fue tan sabia como perversa, deidad del mal, personificación de la perfidia, encarnación de la serpiente edénica, pero más sabia y astuta que la serpiente; peor que la reina Brunequilda; peor que Atila, porque el bárbaro era destructor de vidas y ella destructora de honras y de almas; la gran compañera de don Juan, sal de sus aventuras, "arquetipo y genio de la maldad, capaz de dar lecciones al diablo mismo", como dijo un Maestro. Pero Celestina estaba condenada a muerte por su propia perfidia. No dejaréis con vida a la hechicera, decían las leyes de Moisés; y un violento acero la atraveso del pecho hasta la es-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

palda. Fue tal que hoy andará, por otros mundos, convertida en bruja, con la escoba en la mano, a la puerta de su burdel, en el Infierno. Y no solitaria, porque en los *Diálogos de las cortesanas,* de Luciano, hay una tal Crobile que parecería tatarabuela de Celestina.

—Pero no todas las mujeres son como la Celestina—interrumpió don Sebastián.

—Ni todas como Penélope—contestó don Alejo, devolviendo piedra por piedra.

—Sí—dijo don Antonio—, la mujer es mejor y es peor que el hombre. La mujer buena es más que buena, dijo Fray Luis en *La Perfecta Casada.* Reconozco que la mujer supera al hombre en bondad y en maldad, según el caso. El peor ser, Celestina; el mejor, una madre cualquiera.

—A lo sumo, para que no digáis que soy recalcitrante—continuó don Alejo—aceptaré que el matrimonio es cosa de naturaleza incierta, como lo afirmaron tanto un hombre como una mujer. Hay matrimonios buenos, pero no hay ninguno delicioso, decía La Rochefoucald. Madame de La Fayette no iba tan lejos cuando decía: no sé si existe algún matrimonio delicioso, pero creo que puede existir. Y esto lo afirmo a pesar de que vuestro Tirso, que tanto traéis a cuento aquí, dijo, en *La Santa Juana,* esta verdad:

> ... Que si es cruz el matrimonio
> el casarse será muerte...

—No hay quien no tenga su cruz, don Alejo, que unos la llevan a cuestas, a los ojos de todos, y otros escondida en el corazón. En el Evangelio dice el Nazareno que cada uno tome su cruz...—dijo don Sebastián, como si hablara desde su sacristía.

Y todavía siguió don Alejo, con su habitual ensañamiento contra las mujeres:

—Son tantas las cosas que se han dicho de la peste del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

matrimonio, que algunas más he de recordaros. En *Perico el de las gallinas*, dice Francisco Santos que más vale veros con esposas de hierro, presas las manos, como galeotes, que con esposas de carne. Y no pocos poetas estuvieron de acuerdo en que el matrimonio es un engaño, como lo decía Guillén de Castro:

El casamiento a mi ver
cuando bien lo estoy mirando,
no es más que estarse engañando
un hombre y una mujer.

Entre las cosas de *El Zurriago*, de los tiempos de nuestra mocedad, que aún recuerdo, hay estos versos, bien elocuentes:

Manojo casó en Segovia
y era manco, tuerto y cojo,
y engañaron a Manojo;
¿qué tal sería la novia?

En el matrimonio, en fin, hay siempre un Manojo, macho o hembra, Manojo en esto o Manojo en aquello...

—¡Alabado sea Dios, don Alejo!—exclamó don Sebastián—. Yo os digo como decía un poeta: donde ponéis la palabra no crece la hierba.

—Las cosas que se dicen de la mujer—dijo don José, que no se quedaría atrás—no tienen término, muchas amargas y muchas simplemente burlescas. De las que tienen alguna gracia se podría hacer el entremés más divertido. Por ejemplo: ¿las mujeres? Las buenas ya tienen dueño; en el andar y el beber se conoce a la mujer; la viuda rica, con un ojo llora y con otro repica; con la mujer se empieza barriendo para adentro y se acaba barriendo para afuera; que las pecadoras acaban en Celestinas y las solteronas en chismosas. Y abundarían, en ese entremés, los versos satíricos, como esta coplilla antigua:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Solo por una mujer
idolatró Salomón;
cuando ciega la pasión
de nada sirve el saber.

Y como esta copla flamenca:

Comparo a las mujeres
con las sardinas,
cuanto más resaladas
son más indinas.

El que quiera saber lo que son las mujeres, según el testimonio de ellas mismas, ahí tiene *La Celestina, La Pícara Justina, La Hija de Celestina, La Niña de los Embustes, Guzmán de Alfarache* y otras tantas obras maestras de nuestras letras.

—De las mujeres—dijo don Sebastián—no tengo por qué hablar mal. Me basta recordar lo que dice el Eclesiastés: el vino y las mujeres extravían a los sensatos; lo que también está dicho en un refrán: la mujer y el vino sacan al hombre de tino.

—Razón tuvo quien decía que el refranero es culpable de muchos celibatos—dijo don José—. Quizá si ahí está la razón de la soltería de alguno de nosotros o de todos, justificada por no pocos refranes, no los de Sancho, sino por el estilo de los del divertido *Entremés de los refranes*, empezando por el más manoseado de todos, el buey suelto bien se lame, al que seguirían muchos otros: Martes, ni te cases ni te embarques, ni de tu familia te apartes; quien puede ser libre, no se cautive; antes que te cases, mira lo que haces; más vale soltero andar, que malcasar; para mal casar, más vale nunca maridar; cásate y verás; torero casado, torero acabado; hombre casado, burro estropeado; quien se casa por amores ha de vivir con dolores; quien lejos va a casar, o va engañado o va a engañar; que de las grandes locuras que el hombre hace, no comete ninguna como casarse; ir a la guerra, ni casar, no se ha de acon-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

sejar; en camino corto hasta un asno es bueno; en camino largo hasta una pluma pesa; más vale solo que mal acompañado; desposar con buena cara, y casar en hora mala; el pez que busca anzuelo, busca su duelo; de bobos y bobas se hinchan las bodas; a quien Dios no le da hijos el Diablo le da sobrinos, y los hay que son obra de Satanás; quien se arrima a mala mujer algo malo espere; solterón y cuarentón, qué suerte tienes ladrón; los que no tienen mujer muchos ojos han menester; marido, no veas, mujer, ciega seas; por codicia de florín, no te cases con ruin; quien casa por amores, malos días y buenas noches; quien no tuviese qué hacer, arme navío o tome mujer. Otras muchas cosas andan en los refranes, dichos y dicharachos; pesa más que un matrimonio obligado; el casamiento es como el fuego, que al principio calienta y quema luego; y, en fin, que en el matrimonio la mujer es la que gobierna, al decir del maestro Correas: si te mandare tu mujer arrojarte de un tejado, ruégale que sea bajo.

—Algo parecido—agregó don Antonio—decía Tartufo:

¡Oh, hermano!; una mujer
fácilmente a su esposo fantasmas hace ver...

—Bien pensadas las cosas—dijo don Ramón—, ¿qué cosa de mayor entidad que el matrimonio puede hacer el hombre? Esa es su mayor responsabilidad frente a sí mismo. Tan grave que no se hace con precipitación e impaciencia, sino con la madurez del moralista griego que decía que no era demasiado toda la vida para reflexionar antes de ir al matrimonio. Lo decían los antiguos y lo repetía Leibnitz como cosa suya, no sin su pizca de ironía: que el matrimonio es cosa excelente, pero que el hombre de juicio debe meditar toda su vida antes de practicarlo.

—La verdad es—interrumpió don José—que quien lo piensa mucho se arrepiente, como lo da a entender el refrán: quien

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de casarse trata, se echa al agua, que aquel que poco a poco entra en el río, siente más dilatado mayor frío.

—De Cervantes—continuó don Ramón—no puede decirse que fuera bien casado, sino lo contrario. Yo creo que respiraba por la herida, como se dice, de la herida de su matrimonio, cuando dijo que es menester mucho tiento y particular favor del cielo para acertarle. O sea discreción y suerte, que no tuvo. Nada menos que en boca de una mujer, Miriam, de su comedia *El Juez de los Divorcios,* pone el audaz parecer de que "en los reinos y en las repúblicas bien ordenadas había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer o confirmarse como cosas de arrendamiento, y no hayan de durar toda la vida. con perpetuo dolor de entrambas partes..."

Razón tenía Cervantes cuando pedía discreción en el matrimonio, porque el que no sabe casarse está perdido. ¡Qué empresa de comedimiento y de cordura la de casarse! En la elección de amada revela su fondo esencial el varón, decía un filósofo. Otro agregaba que toda vida que no tiene una fuerza centrípeta se dispersa y extravía, que es cosa que ha dicho alguno de nosotros. Poniendo mi humilde voz junto a la de los filósofos yo diría que la felicidad solo llega, en el matrimonio, con una profunda afinidad entre el hombre y la mujer.

—Hay tantas clases de matrimonios—dijo don Antonio—como las hay de personas, que todos son distintos, aunque todos se parecen, pero yo los dividiría en tres grupos; matrimonios por amor o por lujuria o por conveniencia, que abarca la razón de Estado y tantos otros. Hay matrimonios por desesperación, por cansancio de la vida de soltería, por despecho, por amistad, por camaradería, por vanidad, por comodidad, por gratitud, por fuerza, por miedo..., o por el deseo de tener hijos... Hay el joven que se casa por amor, sin saber lo que hace, y los que se casan, maduros o jóvenes, por interés, sea con mujer fea, liviana o de larga edad, con tal de que sea rica. Y todas esas razones bajo los velos o los impulsos del amor.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Porque yo sea célibe—dijo don Sebastián—no quiere decir que sea enemigo del matrimonio, que es ley de Dios crecer y multiplicarse. Célibe, con mayores veras que yo, era Tirso, y así encomiaba el matrimonio en *La Dama del Olivar:*

> Un hombre solo triste la vida pasa,
> los más breves pesares son prolijos;
> casado, en paz, la más estrecha casa
> es alcázar y corte los cortijos.

Y en *Siempre ayuda la verdad,* decía:

> ¡Dichoso el que se casa enamorado,
> si aquel amor hasta morir sustenta.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

No es bueno que el hombre esté solo, dijo Dios ante la soledad de Adán, y le creó a Eva. Y este fue el más solemne, el eterno mandato del Altísimo. Por ello, por la vida misma, el matrimonio es una necesidad, como lo es la religión, y nada mejor que la religión lo santifique para que le dé mayor espiritualidad y lo despoje un poco de sus crudezas.

Nada menos que a un casado le oí decir, y hay que creerlo, que la mejor época de su vida no había sido la de su desenvuelta soltería, a pesar de sus placenteros deslices, sino la del matrimonio. Grande es la felicidad del rico bien casado, pero a mí me parece inigualable la ventura del campesino que tras la dura faena del día llega a la casa, donde, rodeado de los hijos, y del can que con la cola al aire dice la alegría de todos, la tierna esposa le descalza, le lava los pies y le sirve el vino y el yantar. El matrimonio, dígase lo que se diga, es más propicio a la felicidad del hombre que el celibato. Esta es una verdad de tomo y lomo.

Que se casen, pues, los que pueden y deben casarse, pero no los que nos debemos a la Iglesia.

—¡Que se casen los tontos!—exclamó don José.

—Sí—dijo don Sebastián—, y los no tontos, que los hay

más contentos de estar casados que el mismo Sancho Panza, modelo de bien casados. Que se case el que quiera, pero que lea a tiempo *El Conde Lucanor*, el cuento del mancebo que casó con mujer brava.

—Razón tenéis, don Sebastián—dijo don Antonio—. El hombre completo es el casado, que lo digo con toda la autoridad de mi larga soltería. Menester es el hombre entero, decía Alonso López, en los tiempos de Cervantes. Casarse es estar completo; hallar la costilla edénica perdida. Pero es menester algo más, que el matrimonio sea indisoluble, como lo mandó Jesús cuando restableció la indisolubilidad matrimonial, bien lejos de la licencia mahometana de tener cuatro esposas. Por algo Tertuliano no permitía las segundas nupcias.

El comedido don Ramón, que tampoco era hostil al matrimonio, dijo su buen parecer:

—Bien está el casamiento, pero jóvenes, para así educar mejor los hijos y verse de nuevo, como en un espejo, en los hijos, los nietos y biznietos, y no ver la casa como la del avaro:

la casa grande y el hogar vacío.

Las gentes, y no digo la mujer sino también el hombre, no conciben al héroe sino soltero. Un héroe soltero tiene la fascinación que no tiene un héroe casado. Pero llegan los días en que el héroe ve amenguarse su prestigio si no empieza a vérsele la corona de los hijos y de los nietos, que, además, los nietos y los hijos son los admiradores que más envanecen a todo mortal, a todo paladín.

—Espantan—dijo don Antonio—los matrimonios desiguales, los mal casados que andan en los libros, porque de los de la realidad es mejor callar. Mal casados hay en *El casamiento engañoso* y en *El celoso extremeño*, de Cervantes; en *Cómo*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

han de ser los amigos, de Tirso; mal casados fueron los pocos casados de la picaresca: Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache, la Pícara Justina. Y es claro que en esos matrimonios desiguales abundan los picantes lances de los viejos maridos burlados por los galanes jóvenes.

La mayor culpa del descrédito del matrimonio está en los matrimonios desiguales, ya por la edad, ya por la fortuna o por el rango. Pero entre todas esas desigualdades ninguna como la de la edad. El viejo que se casa, como decía mi antiguo profesor de Derecho Civil, lo que quiere es que lo cuiden. Si en el amor preside la locura, como parece, no hay loco mayor que el viejo que se casa, como lo decía muy atrás López de Ayala, en una elegía:

> Ciega pasión y loco devaneo
> arrastra y precipita al hombre cuando
> cree igual su poder a su deseo...

Lo mismo pensaba Tirso, como se ve tan menudamente en *Marta la piadosa:*

> ¡Que una muchacha se case con un viejo!
> Maldiga Dios vejez tan seca y verde.

Son cosas que el pueblo repite en mil formas:

> Cuando el marido es viejo,
> es como el huésped...
> Declararlo es justo:
> solo cuando se va hace gusto.

Quien quiera conocer los divertidos y a la vez amargos lances de una boda desigual, que lea *La niña de los embustes,* del maestro Castillo Solórzano, donde se habla del desproporcionado casamiento de una doncella de dieciséis primaveras con un hidalgo de más de setenta inviernos, que no es poco.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tirso, y siempre Tirso, el célibe, el sacerdote, es quien ahonda mejor en estas cosas del amor, es decir, de la vida. Es él quien da el raro remedio contra los malos casamientos. La experiencia de Raquel en Jacob, durante catorce años, antes de casarse, demasiado larga para tiempos no bíblicos, Tirso, en *Quien calla otorga,* la reduce a un año razonable:

Yo sé que en aqueste estado,
pocos mal casados vieran,
si los maridos tuvieran
un año de noviciado...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—El dinero—dijo don José—siempre hizo las del demonio. Matrimonio, obra del demonio, decía el mal casado Guzmán de Alfarache, y agregaba: quien da más, tiene damas. En un periódico de mi mocedad, por el 1820, leí estos versos que se me quedaron en la cabeza:

¿Quién hace que una muchacha
rubia, linda y vivaracha,
dé la mano a un vejestorio
cecina del Purgatorio
con tos, babas y braguero?
¿Quién ha de ser? Don Dinero.

No me casaré por todas las cosas del mundo—decía el escudero Marcos de Obregón—porque quien se casa viejo, presto da el pellejo... Y agregaba el célebre escudero: "en Italia traen un refranete a este modo: que el que casa viejo tiene el mal del cabrito, que o se muere presto o viene a ser cabrón..." Si quieres bien casar, casa con tu igual, dice otro refrán.

Volviendo don Antonio a la palabra, como empeñado en decir la última, agregó:

—De los matrimonios desiguales se ha dicho que son siempre una compra o una venta: el viejo rico y lujurioso que compra a la joven pobre. Por algo las leyes romanas

se oponían al enlace del viejo con la moza. Al hombre de sesenta años solo estaba permitido casarse con mujer de cincuenta. La sabia ley evitaba así los atentados al vigor de la raza.

—En pocas partes como aquí—dijo don Ramón—abundan tanto los casamientos desiguales, por obra de los indianos que vuelven a sus lares a quebrantar la larga soltería de las Indias. Es el solterón, de tan grata y vieja tradición entre nosotros, que llega cargado de oro y de años y que ya en su pueblo natal, de donde partió para la América, se casa con alguna moza que alivie su cansancio y herede sus dineros.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las reyertas matrimoniales son cosa muy vieja, eterna, que alguna debió sufrir el padre Adán, como las que padeció Sócrates de su amargada Xantipa. En la antigua Roma había un suntuoso sepulcro en que aparecía en letras de oro esta rara leyenda: *Pasajero, suspende el paso y advierte el portentoso milagro que encierra esta pira: un marido y una mujer sin que tengan discordias ni contiendas.*

Y sin ir tan lejos ya conocemos el desdichado matrimonio de Larra y el no menos desavenido matrimonio de Espronceda, entre reyerta y reyerta. A estas uniones desiguales se agregan las que además de desiguales son ilícitas, como las de Luis XV y madame Du Barry, y Luis de Baviera y Lola Montes.

—Contra los sacramentos está—dijo don Sebastián— el que busca mujer tan solo para su comodidad, como aquel que según vieja broma buscaba mujer que hiciera juego con el mobiliario de su casa; y de igual modo los que la quieren tan solo para los menesteres de la cocina y de la alcoba. La mujer, y con razón, no ha dejado de protestar contra esa caduca pretensión del hombre a reducirla, en el matrimonio, a la esclavitud. Así lo decía, en *Novio a pedir de boca,* la poetisa Micaela de Silva:

Yo no puedo sufrir la extravagancia
del hombre desdeñoso y altanero
que a la mujer prescribe la ignorancia,
como si fuera en la familia un cero.
Con tal de que a sus hijos dé lactancia,
que le cuide la ropa y el puchero...

—Entre un imbécil que sabe danzar y mentir y un inteligente que no sabe ni lo uno ni lo otro—dijo don Alejo—, la mujer prefiere al imbécil. Como es más fácil a los requiebros de la gente de armas, que a los de los letrados. Puede más un sargento de caballería que un poeta; y más un cómico de la legua que un maestro de escuela. Y puede más que todos el poderoso caballero Don Dinero. Del entusiasmo de la mayoría de las mujeres por la mediocridad brillante habla un escandaloso pasquín contra Manuel Godoy, en tiempos de su privanza con María Luisa, que vio mi padre con sus propios ojos, entre la burla de los curiosos:

Dejad de los estudios la molestia;
para agradar a una bonita dama
basta con ser una bonita bestia...

—Así es—dijo don Sebastián—. Por lo regular, los necios tienen mayor fortuna con las mujeres, lo que no obsta para que las mujeres se burlen de los tontos con la ayuda de los listos. El necio es el amante que gana la primera batalla y pierde las demás.

—A las mujeres les gusta que las diviertan, que las entusiasmen—dijo don José, que esto lo sabía por buena experiencia—. Por eso les gusta el hombre simpático, de buen decir, de buen humor. Por el contrario, detesta al hombre quejumbroso. Pero los hombres más detestados por las mujeres, según mi abuela, son los hombres raros y los tacaños. Y los hay que a la vez son tacaños y, lo que es peor, raros.

—No siempre la bondad del hombre seduce a la mujer,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

y menos si no le acompañan otras cualidades. Ser bueno, agrada, pero no convence a la mujer—apuntó don Sebastián.

—Cierto—dijo don Ramón—que hay mujeres amigas hasta de truhanes, pero la mayoría de ellas prefiere al varón noble y enérgico, de visible capacidad de amar. Para unas, el hombre dominante; para otras, el comprensivo compañero; para unas, el joven y fuerte; para otras, el apuesto, el elegante, el valeroso, el príncipe azul. A la mujer le seduce todo lo que abrillanta al hombre: la riqueza, el poder, la gloria, la inteligencia, la donjuanería. También apasionan las grandes víctimas: quien ha sido víctima de una grande injusticia ya tiene abiertos no pocos corazones. El tipo masculino ideal tiene, para la mujer, algo de estampa antigua, de príncipe o de héroe. Pero ante ellos surge otro arquetipo más poderoso: el seductor, el hombre audaz. La mujer, que es la fortuna, es de los audaces.

¡Cómo tratan de mal a la mujer de alegres cascos, a la mujer liviana, y, sin embargo, nada más delicioso que el amor de una liviana, ni más terrible! Terrible en cualquiera edad, pero más aún en la madurez. El poder de una coqueta es imponderable: sin batallas y sin matanzas, sin espada ni lanza, conquista un reino. ¡Nadie olvida a la mujer deleitosa! Nadie olvida a la mujer liviana que pasó por su vida. ¿Qué importa que a la mujer le falte siempre un punto para ser perfecta? Como Ulises, yo prefiero, a la perfecta Calipso, la delicia de las cosas imperfectas, como dijo el poeta. Por eso entre mis recuerdos placenteros se cuentan, ¿y por qué no?, las mujeres livianas que pasaron por mi camino, porque en ellas acerté a hallar las cosas hondas que suele haber tras de las cosas más frívolas.

—De la mujer, de esa fruta codiciada que desde los días del Paraíso se lleva a tantos al Purgatorio y al Infierno—dijo don Alejo—, conozco todas sus trazas: todas son iguales, todas le hacen creer al hombre que están siendo engañadas; su ficción es más grande que la del hombre; por algo cuando se

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dice mujer se dice mujer del demonio; por ser tan amiga de tropezar con los hombres, el rústico dice de ella muy lindas cosas: que es tan terca como una mula; que tiene más tachas que una mula de alquiler; que en cojera de perro, lágrimas de mujer y palabras de mercader, no hay que creer; que el que se le arrima a una mujer es como el que le pasa por detrás a un asno, que espere la coz o algo semejante. Felón, que no llevaba el pelo de la dehesa, decía que la mujer es un animal muy costoso de sustentar, pues siempre está diciendo daca, daca; que la mujer es un animal de ideas cortas y de cabellos largos, lo dice Schopenhauer, sin duda porque las mujeres cuidan más de los cabellos que de la cabeza; en la mujer, decía Guzmán de Alfarache, el no aborrecer es señal de amar, porque ella no tiene medio, y la que no desdeña, quiere ser amada; y no son pocas las que, como la célebre madame Maintenon, no amaron jamás, al decir de la historia. Dijo un poeta que la mujer es el eterno enemigo del hombre, y eso que todo, hasta el hombre mismo, es enemigo del hombre. Con todo, aunque por causa del varón, la mujer es el peor enemigo de la mujer. Tan feroz enemigo que si las mujeres guerrearan se arremeterían con más furia que los hombres. Y quien lo dude que lea los *Diálogos de las cortesanas*, de Luciano, y ahí verá lo que dice Tais de una amiga que le había robado el amante a otra amiga: la acción es mala, pero no tiene nada de extraordinaria. Todas solemos hacer lo mismo... Así en Luciano y en todos los de su tiempo, griegos y latinos, ya vemos asomar a la astuta Celestina. Mi tío Tomás, que del santo tenía su poco, a su manera, me enseñó algunas cosas y mañas de las mujeres. A todas, me decía, pídeles lo que quieras, que la que no lo da lo agradece; que quien no supo pedir, no supo vivir, dice el refrán; quien quiere ser demasiado bueno con las mujeres, acaba en tonto; el saber de la mujer es tan agudo, que se ha hecho pagar del hombre lo que ella más desea de él; pero también tiene una terrible debilidad: cree siempre que quien le hace la corte desprecia a las demás mujeres;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cuídate de la mujer, amante desmedida de la comodidad y el lujo y enemiga cerrada de la pobreza, como decía el Arcipreste:

Yo nunca vy fermosa que quiyese pobreza...

Si quieres conocer qué son mujeres, lee *El Corbacho,* de arriba a abajo, me decía el tío poniéndome sus dos pesadas manos sobre los hombros, y como quien da su mejor consejo, agregaba estos viejos decires: de la mar la sal, de la mujer mucho mal; de mala mujer te guardas, y de la buena no fíes nada.

Y yo, como veis, leí algo más que *El Corbacho,* lo que el Arcipreste de Talavera se dejó en el tintero.

—Del mucho hablar de las mujeres—dijo don Antonio—se ha dicho no poco. En *Los Proverbios* se dice de una disoluta que es "parlera y vagabunda y que no sufre estar quieta, ni sabe tener los pies en casa, ya en la puerta, ya en la ventana, ya en la plaza, ya en los cantones de la encrucijada, y tiende por dondequiera sus lazos." ¡Que las mujeres guarden un secreto es prodigio de tenerse en cuenta!, exclamaba Aristófanes. Y Shakespeare decía, cavilosamente: "La mujer que me habla mucho de su honradez, me da que pensar." Por todo ello, decía Demócrito que el aderezo de la mujer hermosa es el hablar escaso y limitado.

—La abeja—dijo don José apurando su vaso hasta el fondo—tiene la miel y a la vez la ponzoña; la rosa, el perfume y la espina; la mujer, miel, perfume, ponzoña, espina, le hace posible la vida al hombre y también imposible. Detrás de cada Dulcinea hay una Aldonza Lorenzo. Dígase lo que se diga, la realidad es que hemos sido por demás crueles con la mujer: nosotros inventamos contra ellas el cinturón de castidad, y ellas, por buenas o por taimadas, no inventaron contra el hombre otro cinturón semejante. Dulces y amargas, como el cho-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

colate; dulces y agrias, como la naranja; dulces y saladas, como el hojaldre; dulces y picantes, como el pimiento; con todo, siempre son dulces las mujeres.

—A mi parecer—dijo don Ramón—, es cosa de dudoso gusto amontonar tantas cosas contra la mujer, como quien llena un cesto de inmundicias, pues lo que soy yo jamás acusaría de falta a ninguna mujer, porque recuerdo esta honda verdad del más noble de los sabios de América, que conocí en las calles de Madrid: "De toda falta de mujer es responsable un hombre, por injusto, por inepto o por liviano." Lo que es, en el fondo, lo mismo que dijo en verso, en famosos versos, otra gloria hispanoamericana:

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

La misma idea aparece en versos del más egregio de los dramáticos hispanos:

Y las que malas fueron
del hombre a quien amaron lo aprendieron.

Ningún ser depende tanto de las circunstancias como la mujer. Quien las separa, que no juzgue, porque, además, la mujer tiene el ingenio y la malicia que corresponden a su debilidad y a la avidez y el instinto del hombre.

No se crea, pues, en las atrocidades que alguien diga de la mujer. Animal imperfecto la llamó Cervantes y, sin embargo, fue él quien hizo la más acabada idealización de la mujer que exista en los libros, la sin par Dulcinea del Toboso.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Como que le brillaba más la calva a don Alejo y se le hacía más ancha cuando lanzaba sus tremendos denuestos contra las pobres mujeres. Y así, por su cuenta y por cuenta ajena, volvia a sus diatribas contra el sexo débil.

—La mujer—decía, como si tal cosa—es la perdición del hombre; por algo afirmaba Napoleón que las mujeres no tienen categoría, y Schopenhauer ha dicho que las mujeres son y serán las nulidades más cabales e incurables; que el matrimonio es una celada que nos tiende la naturaleza; que casarse es perder la mitad de sus derechos y duplicar sus deberes. Las mujeres, como lo confiesa una de ellas en el *Decamerón*, son veleidosas, turbulentas, suspicaces, pusilánimes y miedosas. No hay mujer que guarde el secreto de las tachas de su marido: si es tacaño, si esto, si aquello. En cada una hay una reina Brunequilda, de quien se dice que en su pecho se anidaron la avaricia, la ambición, la perfidia, la ira, la venganza, la crueldad y para remate la roja lascivia.

Todo esto lo decía don Alejo con morbosa vehemencia y empezaba a recitar su infinita letanía contra la mujer, que parecía obra suya por lo monótona y descompasada:

—De la mujer coqueta, líbranos, Señor; de la mujer cuya afición predilecta es hablar mal de su marido, líbranos, Señor; de la mujer chismosa, líbranos, Señor; de la mujer deshonesta, líbranos, Señor...

—¡Vaya con la letanía!—interrumpió don Ramón, antes de que se hiciera demasiado largo el crujiente rosario de don Alejo. Y agregó, poniendo los ojos en don Alejo—: No dice mal la letanía, pero, a pesar de sus verdades, hay que aceptar que dentro de cada mujer hay otra mujer, a veces pérfida y a veces maravillosa. Hay, pues, que aceptar la mujer como nos llevamos a la boca la mejor fruta, que no toda es zumo y miel, sino también cáscara y hueso.

Quien aborrece a la mujer es porque antes la amó en demasía. Que a veces, o casi siempre, quien peor habla de la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mujer y del amor es quien llevó dentro la pasión más profunda.

Algo mohíno quedó don Alejo, cuya aversión a las mujeres le llevaba a la impiedad, y, como quien no quiere perder una partida, dijo:

—Así será, don Ramón, pero para mí y para muchos de antaño y de hogaño, la mujer es un ser abominable; y en cuanto al amor, es lo que dicen sus cuatro letras: ansiedad, muerte, odio, remordimiento. Amargo y amargado, vienen de amar; si no lo sabéis, sabedlo.

Cayó el exabrupto en el vacío mientras la jarra del vino, pasando de un extremo al otro de la mesa y llenando los vasos, despojaba la tertulia de toda aspereza, reanimándola con sus zumos dionisíacos.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Cierto—dijo don Antonio—que de cosas de mal gusto o de dudoso gusto y de cosas abominables están llenos los libros, empezando por los de más alta fama. Hasta fray Luis, en *La perfecta casada,* dijo cosas tremendas de la mujer: que es "de su natural flaca y deleznable más que ningún otro animal, y de su costumbre y ingenio una cosa quebradiza y melindrosa". Y esto que nos falta hablar del peor tipo de mujer, del peor, con todo lo subyugante que es; de la más terrible clase de mujer que se conoce, de la loba feroz que ha hecho mayores estragos en el rebaño de los hombres: ¡la mujer fatal! Yo la definiría diciendo, sencillamente, que es la mujer que gusta a todos, pero que no le sirve a ninguno. La seductora, apta para amante, pero no para esposa. La incapaz de despertar un amor platónico, pero sí una pasión desenfrenada. La que mejor sabe tejer y destejer la tela de araña de la seducción. Buena para una aventura, por fuerza breve. Puede hasta casarse, una y dos y tres veces, como Aspasia, la de Pericles, pero retorna a la soltería, y pasa de este a aquel, interminablemente, fiel a su irrefrenable vocación, a su invencible fatalismo. Porque un

día la pasión se quiebra en ella, o en él, y otra vez se vuelve al constante hacer y deshacer de la mujer fatal. Podría ser maestra de casadas: amorosa, amable, hábil, mundana, oportuna en todo, como quien conoce todas las artes del amor sin haber leído a Ovidio. La mujer fatal es la que más se parece a la mujer perfecta, pero la diferencia, oculta a veces, se halla al fin. Hermosa, fascinante, de potente y misteriosa atracción, inspira una pasión, no un amor. No es necesariamente una hetaira, aunque podría serlo, y hasta de alta alcurnia, como la hija de Júpiter. Es como el fuego, como la llama, que ofrece belleza, y calor, pero que también quema y destruye. La amante del suicida, la del que destruyó su hogar por ella; la del que, por ella, se hundió en la bancarrota; la del que, por ella, espada en mano, murió o mató, es ya para las gentes, o lo es más aún, una mujer fatal.

La mujer, pues, no ha quedado atrás. Para un don Juan, para un don Luis Mejía, para un Casanova, hay una Helena, una Friné, una Mesalina, una Ninon de Lenclos. Hay mujeres donjuanescas que hacen lo que es propio del hombre: rondar la casa del amante, arrojar una flor a su ventana, perseguirlo noche y día. En su novela *Lelia,* Jorge Sand creó un don Juan femenino, así como Ida Hahn representó, en tiempos de Goethe, en su novela *Faustina,* una réplica femenina del doctor Fausto. ¿No se dijo, y nada menos que Defoe, el de *Robinsón,* que el sitio de Troya no tuvo otra causa que el resentimiento de una prostituta, de una mujer fatal? La mujer fatal es como un don Juan femenino. La mujer donjuanesca es, o termina por ser, una mujer fatal. Nadie le da el nombre de doña Juana, quizá porque suena bien mal.

¡Cuántos nos hemos tropezado en la vida con una mujer fatal! ¿Quién no recuerda a alguna, hasta con simpatía? En los recuerdos de mis mocedades está Linda, arquetipo de la mujer fatal, la amante perfecta, tormento de solterones, demasiado seductora para no caer, por leal que quisiera ser, en las redes de su propia seducción. Porque a la mujer fatal la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

acompaña, como una sombra, su mala fortuna, que no es tal sino su propia atracción. Su sino la lleva siempre o casi siempre a degradar al hombre, a hundirlo, a hundirse ella misma para luego rehacerse en otro hombre, como una ola infinita. Las hay que han encendido una guerra, destrozado un Imperio; las hay desenfrenadas y feroces en su pasión; las hay tan falsas como la peor ramera; las hay tan abnegadas y tan dulces como la mejor esposa, pero siempre envueltas en el manto de su fatal destino. Falta solo el genio que las personifique, y así el nombre de la mujer fatal quedaría en las letras como el de don Juan, como el de Celestina. ¿Pero no fue la impúdica una mujer fatal?

Un hombre puede enamorarse sin grandes riesgos de una torpe, vana, veleidosa o casquivana; pero lo peor que puede ocurrirle es apasionarse de una mujer fatal, y de esto no escapan ni aun los grandes hombres, como Nelson, que se enamoró de lady Hamilton, que para mí no era sino una mujer fatal. Las mujeres fatales abundan en las letras, en el teatro, en la Historia, como *La niña de los embustes,* casada cuatro veces, modelo de pícaras; como Manon Lescaut, que condujo al deshonor y a la desgracia a su amante el caballero Des Grieux; como la bella Lola Montes, la irlandesa de nombre español, la amante de Luis de Baviera, por la que se batieron en duelo Dujarier y Beauvollon, que todavía escandaliza por donde pasa, palacios y teatros; como la Judía de Toledo, famosa por su belleza, cuyos pasionales amores con Alfonso VIII llevaron a los nobles a darle muerte; como la emperatriz Teodora, que sedujo a Justiniano; como Catalina de Rusia, como Aspasia, como Cleopatra, como Mesalina, como Sabina y tantas otras cortesanas antiguas de su laya; como Ninon de Lenclos, a la que no le horrorizaba la liviandad; como madame Du Barry; como Teresa Mancha, la mujer fatal en la vida de Espronceda; como Dolores Armijo, la amiga de Larra, que todos conocimos, y otras muchas cuyos nombres no caben, vueltos granos de mijo, en esta jarra. Larra personifica en Macías, de *El Doncel*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de Don Enrique el Doliente, la pasión por una mujer casada, una mujer fatal. Y Macías es el mismo Larra.

De madame Recamier no puede decirse que fuese por entero una mujer fatal, a pesar de su intensa vida amorosa, porque le faltaba un punto para ello: la voluptuosidad, la entrega, que no logró de ella ni aun el convincente Chateaubriand.

—En fin—concluyó don Antonio, como si terminara haciendo una confesión—, ante la mujer fatal sí que es válida la frase de Napoleón: que en el amor existe solo una táctica, ¡la huida!

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Si en la medalla de oro o de cobre que es la mujer el reverso es la mujer fatal—dijo don Ramón—, la mujer esencial es el anverso. La mujer esencial es la mujer fuerte, más preciada que las perlas, de que habla la Biblia. Es la perfecta casada de fray Luis: la que Dios creó para que fuese ayudadora del marido y no su calamidad y desventura. Y dijo más: "mujer de valor, ¿quién la hallará? Raro y extremado es su precio." ¡Qué difícil hallarla, pues! Pero lo imperativo en el hombre es buscarla, encontrarla. Así, con ella, las borrascas pasajeras no son sino el sello que la vida impone a todas las cosas: la áspera corteza de la realidad. Hombres hay, y muchos, que de no haberse casado con mujer esencial habrían sido unos perdidos.

—Y el hombre esencial, ¿cuál es?—preguntó don Sebastián—. Para Santa Teresa, el hombre ideal era Cristo, el célibe Jesús. El hombre esencial quizá sea el de mujer única, que es hombre superior.

—Pero—dijo don José—lo triste es que las gentes se ríen del marido perfecto, del que se pasa la vida sacando agua del mismo pozo...

—¿Mujer esencial? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?—exclamó don Alejo.

—Claro que las hay para quien tenga ojos en la cara y en

la razón—interrumpió don Ramón, y con desusada gravedad continuó su plática—: La mujer esencial es para maridada, y la liviana para la liviandad, que cada una tiene su destino. La mujer esencial, deliciosa por la presencia y el espíritu, es la que es resonancia del hombre; la que mejor sabe consagrarse al hombre, que equivale a decir que es la que mejor sabe amar; la que se identifica de tal modo con el hombre amado que hace suyos todos sus sueños, todas sus preferencias, su destino todo; la que sabe a tiempo ser la amiga de su marido; la mujer de maneras tranquilas, sonriente, amable, discreta, sensata, de virtudes activas; que cuida de la gracia más que de la belleza; que más que las armas de la natural coquetería, esgrime las persuasivas armas de la bondad amable; la que todo hombre sueña antes de que le despierte la realidad; la que solo encuentra el hombre afortunado; la que tiene para el hombre virtud iluminante; la buena mujer, de la que dice la sabiduría que es don de Dios; la dulcemente seductora, porque la mujer esencial es también la mujer siempre deseada; aquella en la que el hombre superior encuentra una afinidad profunda; la que es como tierra ancha e ignota, en la que siempre hay algo que descubrir: una montaña, un manantial, un bosque, un encanto ahora y siempre, un descubrir sin fin. También diría que la mujer esencial es la suspirada por Don Quijote, porque en toda mujer excelsa ha de haber algo de Dulcinea, como en todo caballero algo del caballero andante.

—Yerra—dijo don José—quien dice que la perfecta casada no existe desde el momento en que el esposo no es un casado perfecto... Pero sí es cierto que el hombre contribuye a que la mujer buena sea todavía más buena, mejor; que la honesta sea más honesta. Por eso mi abuelo, que tenía la larga experiencia de los años, decía gravemente: que tu mujer lo conozoca todo, pero no el nombre...

—Todavía diría algo más de la mujer esencial—dijo don

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ramón—. Diría que es la que no tiene sometido al hombre a su albedrío ni a él está sometida; la que siempre evita, por el sortilegio de la inteligencia y la bondad, que el marido cometa con más frecuencia los yerros propios del hombre, por falta del singular instinto de la mujer. De la mujer esencial, más que del hombre superior, nacen los hijos superiores, y sobre todo las hijas superiores, que desde temprano son mujeres esenciales. El valor del hombre, pues, se conoce por su elección de mujer. Solo la mujer magnifica al hombre. Es lo que nos dijo un filósofo nuestro, para mí el más sabio de todos, cuando nos habló del "afán de perfección que en todo varón selecto siembra a su paso sin peso una Eva ejemplar".

Es lo que nos dijo el rústico Maroto, de Tirso:

> Que, en fin, la buena mujer
> suele hacer bueno al marido.

La mujer, la selecta, honra al marido; sus virtudes le cobijan; su belleza le embellece y prestigia. ¡Ay del que no encontró en su camino una mujer esencial! ¡Ay si falta una mujer, una influencia amorosa, en un hombre de superior destino!

—La mujer, eje del Universo—dijo don Antonio—, es tema inagotable. Pero dos cosas se me ocurre decir: que abundan más las mujeres perfectas que los hombres perfectos; que lo que importa es que la mujer no sea nunca la misma para el hombre; que su belleza, por lo general estática, como la del mármol, en cada hora gane en seducción; que cada día tenga una nueva vibración, un nuevo encanto, un nuevo acendramiento del espíritu y la gracia; y así en cada día habrá transportes nuevos, una renovación perpetua de la sensibilidad, una más fuerte capacidad de amar, por esa milagrosa facultad de estímulo de la pasión amorosa.

Con el visible gozo de hallar una cita perfecta, que era su gran gozo de erudito, dijo don Antonio esta bella humorada:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—La mujer esencial es aquella de la que puede decirse lo que dijo Voltaire de la marquesa de Chatelet: es un gran hombre que no tiene más defecto que ser mujer...

—Así es—dijo don Sebastián—, porque la mujer de peso, como llaman las gentes a la mujer esencial, tiene mucho de hombre: la integridad, la energía, la cordura, y algunas otras virtudes que parecen ser privativas del hombre. De una educadora y poetisa, perfecta casada, dijo un filósofo: fue mucho hombre esta mujer...

A la mujer esencial, como la llama don Ramón, se refiere la Biblia cuando dice que por la buena mujer se salva muchas veces el hombre malo, como salvó doña Inés a don Juan; cuando dice que quien tiene mujer tiene un gran bien; que donde no hay mujer anda el hombre gimiendo y errante; que no se aparte el hombre de la mujer buena y discreta, porque vale su gracia más que el oro.

Por más y de más fieras condiciones que sea el marido, es necesario que la mujer le soporte, y no consienta por ninguna ocasión que se divida la paz. Esa es también la mujer esencial, como la pinta fray Luis en *La perfecta casada.*

—Las mujeres todas y en particular las solteronas—dijo don Antonio desviando la conversación hacia otros temas—son amigas de quitarse los años, que ya entre ellas y hasta entre los hombres ha venido a ser cosa de mala educación hablar de años. Hay quien comienza desde muy temprano su labor de poda, de resta, y hay quienes, ya en edad provecta, repiten el malicioso decir de Celestina, que hasta a ella le placía recortarse los años: "Y aun así, vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo... Yo encanecí temprano y parezco de doblada edad..., que de cuatro hijas que parió mi madre yo fui la menor. Mira cómo no soy vieja como me juzgan..."

A los treinta abriles la mujer se siente solterona, pero a los treinta y cinco percibe como el esperanzado advenimiento

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de una segunda juventud, bien efímera por cierto, pero juventud al fin. Es cosa bien sabida que la mujer envejece antes que el hombre y que, sin embargo, el hombre por lo regular muere antes que la mujer, así como el soltero muere antes que el casado. Si no, que lo digan las estadísticas, según las cuales la mitad de los solterones muere antes de los treinta años, mientras que los casados cierran los ojos entre los sesenta y los ochenta, y en cuanto a las casadas, lo mismo. A lo que parece nosotros somos la excepción, porque ya pasamos largamente de los treinta y todavía vegetamos en este placentero valle de lágrimas... Hablando de los placeres de la carne dice Ovidio que la naturaleza no concede goces verdaderos en la primera juventud, sino después de los siete lustros, es decir, hacia los comienzos de la solteronía. La mujer está en el mismo caso; de la mujer madura se dice que es más agradecida. Que también lo decía Ovidio: los que queráis disfrutar de las Venus tardías, sacaréis dignas recompensas. Llegada a la edad del agradecimiento, como dicen los mal hablados, a los años de las preocupaciones, la solterona empieza a cuidarse de San Antonio y a tropezar con el refranero: que la gallina vieja da buen caldo; que la que a los treinta no tiene novio, tiene el humor como demonio; que la mujer y la gaviota, mientras más vieja más loca...

—Contra los años—dijo don Alejo—sí que no hay remedio. Nada menos que en *La hija de la Celestina* se dice que en llegando una mujer a los treinta, cada año que pasa por ella le deja una arruga; que los años no se entretienen en otra cosa sino en hacer a las personas mozas, viejas, y a las viejas, mucho más; que este es su ejercicio y pasatiempo.

—Hay—dijo don Antonio, como si estuviera haciendo su propia confesión—quien oculta sus años, quien declara algunos menos, no por coquetería propia de mujer, sino porque le avergüenza que a su edad no haya hecho aún la obra con que ha soñado. Los que se quitan los años se quitan las armas de la sabiduría, se dice en la vida del pícaro don Gregorio Gua-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

daña. Lo que sí es curioso es que los hombres, llegados a los ochenta años, muestren tanta coquetería en aumentarse los años, como las mujeres de cuarenta en hacer creer que no pasan de los treinta.

—El amor—dijo don Ramón—nada tiene que ver con la edad, como se ha dicho. Lo siente el niño, sin conocerlo; lo siente el anciano, sin disfrutarlo.

—Eso es como lo que se dice del beso—comentó don José—, que es algo que el niño recibe de balde; que el joven roba; y que el viejo compra.

En materia de años, lo prudente, lo elegante entre las damas, es, dado el caso, disminuirles la edad, como lo aconsejaba un trovador y lo repetía la pícara Justina:

> Si quieres gozar lo que goza
> y lo que el sabio aconseja,
> llamarás moza a la vieja
> carilla y niña a la moza.

—Como hablar de años es hablar de solteronas y de solterones—dijo don Antonio—algo debemos decir de las solteronas, de las infinitas causas de su solteronía, quizá más numerosas que en el solterón. Para mí célibe y solterona no son la misma cosa. Diría que célibe es la que se queda por su propia voluntad, por una altruista razón, y solterona la que se queda para vestir santos contra su albedrío. Ya hubo quien clasificara las solteronas en tres clases: la voluntaria, de apacible fisonomía; la resignada, que es la melancólica; y la recalcitrante, de mal genio, de mirada dura, de labio seco, de andar irritado, disconforme e inconsolable. Una mujer es solterona casi nunca por una sola causa. Hay la causa visible, y otra u otras ocultas. Lo que es para una mujer causa de su soltería, es para otra incentivo de casamiento. Son las mil cosas incomprensibles que envuelven el misterio de la soltería. En fin, hay la solterona impaciente, desesperada; la discreta y tímida;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

la simpática, diligente, que hace todo lo posible por atrapar marido; la que se quedó esperando su príncipe azul; la apocada que tuvo miedo al amor, al matrimonio; la que, muerto el amado, se encerró entre los muros de la soledad y del recuerdo; la que, siendo mujer de ingenio, como decía Stendhal, no podía amar por mucho tiempo a un hombre vulgar; la que, digna de una novela, tanto miedo les tomó a sus propios encantos, tan diabólicos llegaron a parecerle, que se metió en un convento; la que dio en la solteronía por amiga de Safo o por demasiado varonil en la actitud y en el porte; la que nunca tuvo enamorado, que el amor no tocó a sus puertas o tocó débilmente; la que habiendo tenido muchos pretendientes se hizo la difícil demasiado tiempo y no se decidió por ninguno, este por una causa, aquel, por otra; la que fue muy amiga de amoríos, cuenta menuda que llevan detalladamente las chismosas; la que, por pobre, por no tener dote, no halló marido; la que tampoco lo halló por agria e indócil, por su mal carácter; la que, siendo rica, no halló un cazador de fortuna o quien pudiera mantenerla en su ostentosa vida; la que alejó a los enamorados por su excesiva afición al lujo, espanto de los bolsillos morosos; por sus recargados adornos y afeites o por su ridículo modo de vestir, especie de mona de salón, a quien no hay quien no le clave los alfilerazos de la burla, ni quien no le endilgue los versos consabidos:

Aunque la vistan de seda,
la mona mona se queda.

—La solterona—dijo don José—siempre halla un refrán a su gusto y medida. La altiva dice que no está la carne en el garabato por falta de gato; la resignada: tuve hermosura y no tuve ventura; esperando marido caballero, lléganme las tetas al braguero; Dios me dé marido rico, siquiera sea borrico; la despechada: más vale bien quedada que mal casada; la optimista: a su tiempo se maduran las uvas; la conformis-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ta: nunca es tarde si la dicha llega; lo que más lejos se tiene es lo que más cerca se ve; la beata: matrimonio y mortaja del cielo baja... Tampoco escasean los dichos acerca de las solteronas: de la burlada dicen que se quedó con el moño hecho; de la que anda tiesa, que no se deja caer; y así por el estilo, como en este pareado:

Mozas viejas, andrajos viejos;
mozos viejos, trapos viejos.

No se queda ahí el refranero, tan rico en burlas y veras para las viejas, como lo dice este puñado de refranes: dicen las viejas, no te vistas de pellejas; dichos de viejas, arrancan las piedras; con bestia vieja, ni te cases ni alhajes; el resollar de la moza y de la vieja, es la bolsa; estáse la vieja muriendo y está deprendiendo; vieja que baila, mucho polvo levanta; tras la edad viene el seso, dijo la niña de ochenta años; tanto quiso la vieja hilar, que no se pudo levantar; si no miran a la vieja miran a lo que lleva; pan reciente y uvas, a las mozas ponen mudas y a las viejas quitan las arrugas; más vale vieja con dinero, que moza con cabello; la vieja a estirar, el diablo a arrugar; más vieja que la Iglesia...

—Una cosa creo yo—dijo don Alejo—; que la que se casa ya avanzada en la solteronía y que solo disfruta de breve y árido matrimonio, se incorpora de nuevo a la grey de las solteronas... Las solteronas son como los vinos, que el tiempo al fin los agria.

—Los culpables de que haya tantas solteronas—dijo don José—somos nosotros mismos..., porque a cada uno de nosotros corresponde una solterona. Las solteronas son el producto de los solterones, aunque haya más de las unas que de los otros. La solterona, la devota de San Antonio y de Santa Catalina, la quedada para vestir santos, anzuelo que perdió su carnada, es, como decía Pero Grullo, la mujer que llegó a la mejor edad de casarse, sin casarse.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—El de la solterona es un capítulo aparte, aunque sea lo mismo que el solterón—dijo don Antonio—, pero con una diferencia: que mientras el hombre está destinado a la acción, a la arremetida, a la conquista, la mujer está reservada a la espera, a la rendición. De ahí que el solterón lo sea, las más de las veces, por su propia voluntad, y la mujer, casi siempre, por causa ajena a su deseo. Por eso las causas de la solteronía en el hombre y en la mujer son unas iguales y otras distintas.

—Mi maestro, que era hombre de malas pulgas—dijo don Sebastián—, decía que una solterona era no más que una virgen vieja de cabellos blancos y cara arrugada; y esto lo decía olvidando o, mejor, ignorando que exageraba. Porque es el caso que las solteronas de ayer no son como las de hoy. Las de ahora son las que se acercan, todavía sin arrugas, a los cuarenta, mientras que las de antes eran las que ya andaban por los veinticinco sin casarse. Asombra lo temprano que se iniciaba en la Edad Media la solteronía, como lo daba a entender Carvajal cuando decía:

> La perfección de nuestras mujeres
> es de los trece hasta los quince años;
> con estas se toman suaves placeres
> y todas las otras son llenas de engaños.

Por aquellos tiempos no era fácil para una mujer conservar su nombre de honesta en cuanto pasaba de la adolescencia, de donde venían los casamientos casi en la infancia. Es lo que decía Pleberio, el padre de la desdichada Melibea: "No hay cosa con que mejor se conserve la limpia fama de las vírgenes, que con temprano casamiento."

—Por esos tiempos—dijo don José—y en tiempos más cercanos, las solteronas abundaban tanto como los gorriones. Todo el que no podía dotar a la hija, para casarla, la metía en un convento, es decir, la condenaba a vestir santos, y de verdad. Las mozas con dote siempre fueron buscadas, y las otras se

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

casaban a la buena de Dios. Es que, como decía mi abuela, patrimonio es matrimonio, y soltera, santera.

—Así es—comentó don Sebastián—, las iglesias, llenas de beatas; los conventos, de solteronas, de santas y de sores. Quien quiera conocer las solteronas que hay en esta Villa y Corte y en toda España y en sus antiguas Indias, no más tiene que ver los conventos de monjas que hay por todas partes, del Carmen, de Santa Clara, de San Francisco, de Santa Teresa. Hasta tal punto aumentaron los conventos y se multiplicaron las devotas, que la bondad real en no pocas ocasiones debió acudir en su remedio. Y algo más diré: que la solteronía es contagiosa. Conocido es el caso de familia de mucho nombre en que había cuatro varones y cuatro hembras, todos solterones, muertos poco menos que en olor de santidad, metidos todos entre las paredes conventuales de la casa solariega. Y repetido es el caso de la que se quedó soltera por consagrarse a cuidar al hermano solterón; y viceversa, también.

—Las solteronas—comentó don Antonio—abundan en todas partes. Tanto abundan en Francia que Stendhal pedía que se establecieran allí, en diversos lugares, nada menos que treinta abadías para solteronas..

—Por esa terrible abundancia de solteronas—dijo don José—ya hay quien, solterón por cierto, aboga por el derecho de las solteronas a la maternidad. Lo que en forma más resuelta proclamaba una solterona de mi vecindario, Caridad se llamaba, y no le faltaba motivo cuando decía que toda mujer debía tener un hijo... aunque fuese con un cura...

—Las solteronas, tan calumniadas como las suegras, han tenido y tienen bien mala literatura—dijo don Antonio—. Unos las miran con débil simpatía, otros con pena, y otros, los más, con gozosas o crueles burlas. Entre nosotros apenas pasamos de aplicarles el mote de jamonas, pero los vascos van más lejos, con el remoquete de *neskazarras*, o sea mozas viejas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Todos, de Norte a Sur, echan sobre las sufridas solteronas los estigmas de chismosas, envidiosas, pérfidas, aguafiestas. Todos las menosprecian y se burlan de ellas en todas partes, y más que todas en el teatro, lleno de suegras y de solteronas y solterones puestos en solfa. Se les dicen las cosas peores: que son unas resentidas por haber sido dejadas para vestir santos; que son tontas, maniáticas, gazmoñas, pudibundas, antipáticas, feas, narigudas; y llueven las burlas sobre ellas, sobre sus ansias matrimoniales, como en las divertidas letanías de las casaderas: Santa Margarita, haz que venga pronto; Santa Perpetua, no puedo más... A las que añaden, por el mismo estilo, las oraciones a San José y a San Antonio: grande o pequeño, poco importa con tal de que tenga sombrero... En algunas partes, y es claro que esto no ocurre en tierras de garbanzos, sino en las otras laderas de los Pirineos, los mozos llegan al extremo de bárbara comicidad de poner a la puerta de la solterona recién casada un maniquí, imagen de hombre, bien ridículo, con algún atributo de grosería rabelesiana.

Ni aun las monjas, en su sacro celibato, se salvan de las sátiras, pero de ellas no hablo por respeto a don Sebastián...

—Así sea y Dios os lo premie—dijo don Sebastián—, que ya estaba temiendo que se vaciara allí el largo repertorio de las rojas burlas y las socarronerías contra el celibato de los curas y de las monjas.

—A las pobres solteronas—continuó don Antonio—también las señalan con el dedo, como a nosotros, y dicen: es una solterona; qué se puede esperar de una solterona; es una solterona de arriba abajo; es solterona por tierra y por mar; cosas de solterona; como una solterona; facha de solterona; y todavía más, como en cuento de nunca acabar: que su lengua se agita como la cola del alacrán; que la saeta no produce cortaduras más finas que esa cuchilla roja lanzada al aire constantemente; que no desperdicia ocasión de clavar el diente. ¡Terrible injusticia; tremendas demasías! Para mí la solterona digna es digna de todo respeto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Bien lo decís, injusticia y demasía—dijo don Sebastián—, porque hay solteronas que lo fueron porque antes que mal casadas supieron cerrar las puertas del amor y abrir las de la amistad y las del Cielo. Solteronas hay por motivos muy altos: por su virginal pureza, por altruismo, por la vocación mística que lleva a tomar por esposo a Dios, como tantas que alcanzaron la veneración de los altares.

—Puede que haya alguna exageración en las cosas que se dicen de las solteronas—dijo don Alejo, y ya se adivinaba que algunos sapos y culebras saldrían por su boca—, pero el caso es que las solteronas se las traen, por bellacas y por amigas de habladurías, que no hay boda en que no le entierren el venenoso diente a la novia, ni funeral en que no pinchen al muerto. Las cosas que hace la solterona por tener marido no tienen nombre. Soy capaz de todas las bajezas para atrapar marido, decía en su diario una solterona, y son infinitas las que lo dicen y lo hacen, y eso que hay que ver que la mujer no le llama bajeza a todas las cosas.

A las solteronas yo las pintaría en una serie de estampas, todas parecidas: la de cara de bruja; la de cara y porte de sargento de caballería; la de aspecto varonil; la avellanada, por lo común egoísta; la nariguda, por lo regular chismosa y pérfida; la enmohecida, marchita, agitada, apergaminada; la fea, tan fea como aquella María de Peñaranda, la barbuda que pintó con tan negros colores el Donado Hablador. Por algo Molière, en *Tartufo,* fue bien duro con las solteronas, de las que decía que

> en su inquietud sombría las pobres insensatas
> no hallan otro recurso que volverse beatas.

—¡Pobres de las que se quedaron para guardar el templo de Vesta y su fuego sagrado!—exclamó don Ramón—. ¡Pobres de las calumniadas, de las burladas, de las ridiculizadas solteronas! Verdad que las hay bien ridículas, pero no tanto.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Porque muchas hay que infunden respeto, que inspiran profunda simpatía, que tienen no digo atracción sino hasta ese poderoso encanto de la mujer madura de buen ver. En realidad, en materia de soltería no se puede generalizar, porque las hay feas, bellas, ricas, pobres, que se casan al fin y otras que no se casan. Unas no hallan marido por muy serias, porque no se ponen a tiro de los hombres y otras por demasiado livianas y amoreras. No hay regla perfecta en nada, y menos en cosas de amor. Lo único absoluto que se sabe es que todo es relativo. En materia de amor, todo puede ser lo contrario de lo que se dice, decía madame Recamier, que es para mí lo más exacto que se ha dicho en asuntos de amor. No es raro el caso de la que se quedó nada menos que por bella: todos la miraban como a una reina, y hallaban escasa su fortuna para sostener una reina. O se sentían incapaces de alcanzar su amor. Por fea, por bizca, digamos, no se queda ninguna mujer, cosa que tiene sus atractivos, que su poco de bizca tenía nada menos que Venus.

Otra verdad es que a una mujer de letras no le es muy facil hallar marido. Es raro que la mujer superior pueda encontrar compañero de su categoría que acepte una igualdad y menos una superioridad. Por eso lo triste de muchas solteronas es que los que se les acercan se sientan, frente a ellas, o muy jóvenes o muy viejos o muy indignos de ellas. Afortunadamente, las solteronas de los tiempos pasados, que vivían como en un exilio social, en el convento o en la casa, junto a la rueca, ya no existe. Ya lucen la coquetería de sus primeras canas y aun de las últimas, por la plaza Mayor y por la calle ancha de San Bernardo, y no tocadas como beatas, sino ataviadas a la última moda.

—Esas—dijo don Alejo, que no perdía ocasión de decir sus lindezas contra las mujeres—son de las que más abundan, las desesperadas, las que claman a Dios por marido, las que día a día se golpean el pecho ante el altar de San Antonio.

—No digáis tal—dijo don Ramón—, que también son mu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

chas las solteronas que no son desesperadas, que no buscan marido, que el marido no se busca, sino que se encuentra, como lo dice el refrán: no es la dicha de quien la busca, sino de quien la halla. Y día vendrá en que las solteronas lleven su cruz gozosamente; que se incorporen a la vida del hombre, vida de trabajo y libertad.

En contraste con la mesura de don Ramón, dijo ásperamente el mal hablado don Alejo:

—Solteronas hay en las que arde el consciente o inconsciente deseo de ser varones...

—Se dice—dijo don Sebastián—que la solteronía se reduce a solo esto: en el hombre, porque no quiso; en la mujer, porque no pudo. Pero yo diría solo una cosa: soltera, por nada, porque lo quiso Dios, que matrimonio y mortaja del cielo baja, como dice el refrán que tanto se repite. Las solteronas por su propia voluntad son la minoría. A las demás es que les ha faltado un poco de gracia, de buen humor, o de lo que lo resume todo: de suerte.

—El papel de la solterona—dijo don José—es ser tía, y el del solterón, ser tío. Pero el problema de la solteronía es más grave para los hombres que para las mujeres, porque las mujeres se quedan para el piadoso oficio de vestir santos, y los hombres, ¿para qué? Una beata me parece digna de respeto, pero un beato camandulero causa risa...

—La Iglesia, la religión—dijo don Sebastián, como quien hablara de cosa propia—es el gran refugio y consolador amparo de las solteronas. Allí, en la fe y en la sumisión a la voluntad divina, hallan su equilibrio, su gozo y su paz. ¡Qué admirable la que se consagra a Dios, a la caridad, a la oración, al trabajo! ¡Qué digna del Reino de los Cielos la que dedica sus años de ancianidad a las letanías, a los rezos, encendiendo velas a todos los santos y enseñando a rezar a los niños de su vecindario! Dichosa la que lleva gozosamente su solteronía, poniendo amor en todas las cosas, sin acritud ni amargura, sin necesidad de ser gazmoña ni beata. Que hay dos clases de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

beatas: la que lo es por vocación y la que viene a serlo como consuelo de su soltería.

—Las solteronas, aunque tanto nos codician—dijo don José—, nos tienen en la peor opinión, nos ponen verdes; dicen que no servimos para nada; que todos somos iguales; que es preferible, para la mujer, no casarse; que esto y que aquello. Pero lo curioso es que entre ellas las opiniones se dividen, como en el caso de unas mellizas solteronas de mi vecindario, que ocupaban sus muy maduros años en la venta de estampas y efectos religiosos, venerable oficio muy de acuerdo con su estado. Una, despechada, decía un día las peores pestes contra los hombres, que son tales, que son cuales, que son malos... Y la otra hermana, dándole vueltas al rosario y acercándosele, le dijo en voz baja: *no son malos ná...*

—Quizá si la verdad de la solterona—dijo don Ramón—es que su vida no quedará trunca, porque hay algo que el celibato no podrá menoscabarle, la propia personalidad o más sencillamente, como dijo el sabio, las posibilidades de gozar honradamente la vida, de lo que le resta en el corazón y en la inteligencia. Porque en suma el celibato es solo la falta de añadidura: la mujer cabal es la madre, pero la verdadera es la soltera que sabe serlo.

¡Y qué virtudes tiene la solterona que sabe serlo! Es como el ciego, a quien la falta de vista le magnifica los demás sentidos. La solterona que sabe serlo es la inteligente, generosa, humanitaria, que se ríe de su propia soltería y llena su vida con algo que muchas veces no da el matrimonio, que no se alcanza en la vida erótica; la que lleva su soltería con tal dignidad que infunde admiración y respeto, no las pullas habituales que se lanzan contra las chifladas y las amigas de galanuras. Ya pasada la edad de la desesperación erótica, la solterona va sustituyendo el amor por algún otro sentimiento: en cómo lo sustituye está el valor de esa mujer. Hay, pues, solteronas admirables, que no padecen del complejo de la soltería, que se crean una vida de trabajo, de espiritualidad, de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

abnegación, de arte, orgullosas de su deleitosa independencia. Cierto que con el trabajo femenino fuera del hogar aumenta el número de las solteras. Por ejemplo, maestra de escuela y solterona son casi términos equivalentes. Lo que quizá significa que con el tiempo, ya que la mujer tiende a independizarse, será mayor el número de las solteronas. ¡Allá veremos!

—Volviendo al tema de la belleza—dijo don José—, yo diría que hay solteronas de todos los tipos, desde la que conserva la belleza juvenil, hasta la bizca por demás, la fea, la desgarbada, la torcida, la imbécil, y tantos otros engendros. Hay las solteronas que todavía gustan; las no poco codiciadas, aún de buen ver, de carnes suficientes, mujeres de recia madurez que todavía alegran la vista y que están en la edad del agradecimiento. Son las solteronas apetecidas por los viudos, como apetecen las solteronas a los viudos.

—Cierto—dijo don Ramón—que hay la belleza juvenil, belleza eterna, belleza profunda, se diría, que trasciende con sus marcados rasgos más allá de la madurez, hasta la ancianidad. Ya no es simplemente belleza la de una mujer madura que fue bella en la mocedad, ya es otra cosa más entrañable: una dulce y reposada atracción en que los fuegos y los furores de la carne han quedado atrás, vencidos por el espíritu, por la añoranza, por el ansia de las cosas transidas de infinito. Porque solteronas hay mucho más bizarras, más atractivas en la madurez que en la mocedad: los años son así, tienen sus caprichos; siempre envejecen, pero a veces parece que remozan. La belleza de la solterona me parece más austera, de más seducción que la belleza de la moza, con su dejo indescifrable de marchitez y de melancolía.

Toda solterona, toda mujer, tiene algún atractivo para ganarse a un hombre: la belleza o la gracia o la simpatía. La gracia, a mi ver, no tiene definición propia, ni modelo, como la belleza. Se dice belleza helénica, romana, circasiana, pero no gracia. La belleza tiene que ser múltiple en sus elementos, en sus formas, en su perfección, como su arquetipo, Venus. La

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

gracia no. Un solo rasgo le basta para existir: unos expresivos ojos, una dulce sonrisa, un simple hoyuelo en las mejillas, un cuerpo grácil, un hondo mirar, un decir inteligente, un aire, un no sé qué, cualquier cosa. Pero la gracia no es tan simple como parece: hay una gracia corporal; hay otra más inasequible aún, la gracia espiritual. Y hay quien tiene esos supremos bienes del Cielo, esas dos gracias.

Llegando a los extremos yo diría que ser fea, es decir, no ser bella, no tiene importancia para la solterona. Lo irremediable es ser desagradable, que es no tener gracia. La suerte de la fea la bonita la desea, dice el refrán. Pero es que aquí suerte quiere decir gracia. Todavía diría más: que la gracia en la mujer consiste en una belleza especial, aislada, que se extiende a todo su ser, es decir, algo bello en acción.

La mujer tiene otra arma semejante a la gracia y que se confunde con ella: la simpatía. De una mujer se dice que es fea, pero simpática. Es, pues, casi la gracia, un grado menos que la gracia. Todavía en un grado menor estaría esta arma de la seducción femenina: la bondad; que hay mujeres que seducen por la virtud de su sola bondad, junto a la que yo pondría la amabilidad, que es parte de la gracia de una mujer. ¿Y la coquetería? La coquetería no es más que una ficción de la gracia, la gracia artificial y volandera. De esa clase de armas femeniles no hablo, por más encantos que tenga, que los tiene, porque es falsa, quebradiza, efímera y también peligrosa, porque el hombre siempre tiene un mal recuerdo de la coquetería de la mujer amada. Creo, en fin, que nadie dijo cosa más bella de una mujer que quien dijo: no es bella, es peor, tiene la gracia. Nada menos que Schiller nos dijo, en *De la gracia y la dignidad,* que los griegos distinguían de la belleza, la gracia.

Entusiasmado por el tema, tan grato a su donjuanería, agregó don Ramón:

—A la gracia unos la llaman *ángel,* otros *aquel, aire, ello,*

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

garbo, gentileza y también *sal,* a la que Homero y Platón llamaron divina. Pero nadie mejor que fray Luis de León la definió: "porque esta parte de la hermosura del ánima se llama gracia, y se muestra de fuera, y se da a entender en los movimientos de la misma ánima como son mirar, reír, cantar, andar...". La gracia, pues, es don natural, el más natural de los dones que embellecen a la mujer, es decir, que la hacen graciosa.

—Muy bien me parece todo eso—dijo don Antonio—. Creo también que la gracia es mayor atractivo que la belleza; que la gracia es lo indefinible en la atracción femenina. La mujer que obliga a la contemplación deleitosa, esa es la bella. Pero en la que tiene la gracia hay algo más que la serena delectación de la belleza o que la desbocada atracción sexual; hay la máxima fuerza de la seducción femenina, el más prepotente e invencible y duradero de sus encantos.

Las mujeres se dividen, pues, en dos categorías, no en bellas y en feas, sino en agradables y en desagradables, es decir, en las que tienen la gracia y las que no la tienen; en las que incitan al amor y en las que dejan indiferente el ánimo. Tan cierto es ello que por las páginas de *Don Quijote* no asoma una mujer fea, me parece. La mujer fea en sí no existe, según pienso. La fealdad absoluta no existe sino cuando la mujer no tiene un adarme de gracia. A la fealdad no la cubre, pues, ningún afeite, sino únicamente la gracia.

—Para mí—dijo don Sebastián, dejando de lado las cosas, algo enredadas, de don Antonio—, la gracia es aquella que definía San Pedro al decir que es la participación en la Naturaleza divina. Antes que mujer hermosa habría buscado la que tuviera la gracia, por lo que decía fray Luis que quien busca mujer muy hermosa camina con oro por tierra de salteadores.

—Por lo que oigo—dijo don José—, la confusa cuestión es bien sencilla: en la rosa el color y los pétalos son la belleza; el perfume, la gracia; y las espinas..., la realidad. Con todo,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

digo que la flor más exquisita no es la más bella, sino la de mejor perfume. La simple belleza no me seduce...

Rieron todos de las simplezas de don José, y dándole un nuevo tumbo al tema, dijo don Antonio, acomodándose mejor en su asiento, señal de que su discurso no sería corto:

—El origen del desprecio en que se tenía y se tiene a las solteronas es bien remoto y bien curioso. El grande interés de la vida humana en los lejanos tiempos del paganismo era la perpetuación del hombre para la perpetuación del culto de los dioses. Por consiguiente, para la antigüedad, el celibato era una impiedad muy grave y a la vez una desgracia. Una impiedad porque el célibe ponía en peligro la dicha de los manes de la familia, y una desgracia porque el solterón y la solterona no debían recibir después de muertos los acostumbrados dones. De ahí la imposibilidad de permanecer célibes. Según las leyes del Manú, del Génesis y del Corán, con notable unanimidad se declaraba que la mujer sin marido no era nada y nada podía. Lo que no quita que no hubiese solteronas en la antigüedad, pues las hubo y de bien alta jerarquía, como la hija de Pitágoras, una de las más antiguas solteronas de que haya memoria: Damo, asombro y admiración de toda Grecia, la más ardiente discípula de su padre, quien consagró a los dioses virginidad perpetua para dedicarse a la ciencia del sabio, cuyos secretos se llevó a la tumba. Otra solterona célebre fue la gran pintora de Grecia, Lala, que vivió cerca de un siglo antes de Jesucristo, cuyo apasionamiento por el arte la llevó al celibato. Solterona ilustre fue también la hija de Plinio, quien, para quedarse célibe, tuvo que invocar la fama de su padre. Y otra solterona más y bien insigne fue la princesa Isabel de Francia, hermana de San Luis, negada a casarse con un príncipe, nada menos que hijo de Federico II, y todo por el devoto amor de Jesucristo. Hasta el Papa Inocencio IV intervino en el curioso caso, y le escribió a la princesa una célebre carta, plena de razón y de dulzura, esforzándose en demostrarle lo desagradable que sería para la familia real tener una solterona entre sus

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

miembros... Lo que le respondió Isabel es digno de recuerdo: "Sé que el matrimonio—le dijo—es hermoso y el lecho de las esposas inmaculado, pero no puedo olvidar lo que dijo el apóstol San Pablo, que quien casa a su hija hace bien, pero el que no la casa hace mejor." Como si fuera poco, dijo más la princesa, repitiendo a San Agustín: "Más vale dar vírgenes a Jesucristo, que césares al mundo." Lo que leyó Su Santidad Inocencio bajando la cabeza. Y así hubo una solterona en la opulenta corte de la Francia, la hermana de Luis XVI.

¡Cuántas solteronas célebres! Unas recatadas, otras disolutas; unas vestales, otras amantes de reyes. Prototipo de las solteronas recatadas fue la bella Santa Catalina de Siena, convertida en patrona de las solteronas por haber hecho voto de castidad y porque lo mantuvo heroicamente, a pesar de sus tentaciones, de sus luchas contra la demoniaca lascivia de su propia naturaleza. Encarnación de las solteronas disolutas fue la licenciosa Isabel I de Inglaterra, célibe en contraste con su padre, el rey Barba Azul. He resuelto morir siendo reina y soltera, dijo, y lo cumplió.

Soltera fue Santa María Egipciaca, de juventud escandalosa y turbulenta, especie de San Agustín; y, así mismo, la reina Cristina de Suecia. La de mayor fama, la más numerosa legión de solteronas, fue la de Santa Ursula y sus legendarias Once Mil Vírgenes y Mártires... Lo que no hemos visto ni veremos en la historia del sexo fuerte. Solterona fue quizá la más espiritual mujer de su tiempo, la sin par Clemencia Isaura, creadora de los Juegos Florales: cierto que amó a un Raúl, muerto en la guerra, pero parece que no fue su esposa.

Pero quien quiera conocer muchas cosas divertidas y graves del celibato, que lea la novela *Las solteronas,* de un francés de cuyo nombre no me acuerdo ahora, y otra novela, *Los solterones,* de otro francés, monsieur Balzac. A Balzac le complacía el tema de las solteronas, de las que habla en *El Cura de Tours* y en *Louis Lembert.* Sus definiciones de la solterona son bien raras y contradictorias: que es la mujer que en entre-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

gas mezquinas, cotilleos provincianos y combinaciones egoístas traduce la frustración de su sexo; que es la mujer que convierte todos los días sus nobles sentimientos en admirable sacrificio; que son seres doblemente frustrados que, víctimas de su condición, viven un drama a lo largo de su existencia, como lo demuestra en *La Solterona,* que es el drama de la señora Carnion. Sin embargo, la rica solterona al fin se casa, ya entrada en carnes y en años. En la señora Carnion, Balzac hace fiel retrato de la solterona: de sus inhibiciones amorosas, de sus largas vacilaciones ante los pretendientes, de su pasión por los perros, los gatos y los canarios, de su refugio en la religión, el temor a no ser amada más que por su fortuna, su desconfianza de los hombres, su falta de fe, en ocasiones, en sus propios atractivos, y, por encima de todo, ver sobre la fugaz rueda del tiempo sus ansias matrimoniales.

—Entre esas solteronas célebres—dijo don José, con la sonrisa cayéndole sobre la barba, como quien pone una pica en Flandes—yo pondría otra: solterona fue el ama de Don Quijote... Y bien de cerca sabía Cervantes lo que eran las solteronas, pues una de sus hermanas fue profesa en un convento de Alcalá. ¿Y qué decir de la egregia especie de los viejos verdes, de las cosas ridículas que han hecho y hacen todos, desde el más anodino hasta el más insigne..., incluso nosotros?

—Tanto hablar, hasta por los codos—dijo don Antonio—, y no hemos hablado del más famoso, del más extraordinario de los solterones, no digo de España, sino del mundo todo: del incomparable don Juan Tenorio, del celebérrimo Burlador de Sevilla; que de la categoría de mito, del más universal de todos los mitos, ha pasado a la de ser viviente, como nosotros. No exagero, pues, si digo que el tema más universal de las letras universales es el de un soltero, ¡de uno de nuestra grey! Hablar de amor, bajo el cielo que sea, es hablar de don Juan, del soltero español don Juan. Del solterón Don Quijote ni para

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

qué hablar ahora, porque él y don Juan son las personas más opuestas y a la vez más altas de las letras españolas, o de la vida española, podría decirse. De un diálogo entre ambos solo podría esperarse un lance. Don Quijote, indignado ante los entuertos eróticos de don Juan, le trataría como a truhán, y arremetería contra él, lanza en mano, llamándole follón y malandrín. Verdad es que solo metales españoles entraron en la aleación de la moneda de don Juan y que por lo mismo es española por el anverso y el reverso; pero, con todo, es moneda universal, que es de todas partes, que corre en todas partes. Don Quijote sí que es español auténtico, moneda de oro que solo corrió en España.

—Muy bien—dijo don Ramón—. No podía faltar don Juan en esta charla, pues de él se habla y se hablará *per secula seculorum*. No es tan solo el indiscutible arquetipo universal por excelencia, sino, para nosotros, algo más, el máximo espectáculo de España. No es Don Quijote, que alguien, como lo dice, ha tiempo que lo enterró en el patio de su casa; ni lo es el Cid, para cuya sepultura se piden siete llaves, sino don Juan, el de ayer, el de hoy, el de siempre, el eterno, el de todas partes. ¿En qué libro en que esté presente el hombre no hay algo de don Juan? ¿Dónde está el hombre sin la sombra de don Juan? Los peores donjuanes están en la Biblia, de tal modo que no sé cómo no hay ya el libro, bien escandaloso por cierto, que sería *Don Juan en la Biblia*. ¡Qué sorpresas se sucederían en sus largas páginas!

—Es bien curiosa—dijo don Antonio—la atracción que ha tenido España para los Tenorios exóticos, quizá porque España fue la patria de don Juan. Por Madrid y Barcelona pasó el más famoso de los donjuanes de carne y hueso, Casanova; por Granada, Chateaubriand, el amado de todas las mujeres; por Cádiz, lord Byron, el romántico autor de otro don Juan.

Stendhal nos pinta como inmoderados en asuntos de amor. En *Del amor*, después de hablar de la frigidez inglesa, dice que pasando de Plymouth a Cádiz y de allí a Sevilla, vio que en

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

España el calor del clima y de las pasiones hacía olvidar algo más de lo conveniente la moderación necesaria; que advirtió en público caricias muy tiernas...

—¿Y qué diría el sin par Casanova en sus andanzas por este Madrid, quizá por esta misma calle de la Cava?—se preguntó don Ramón, y en una pausa, al ver que la noche avanzaba demasiado, se interrumpió a sí mismo y apurando el último vino que quedaba en su vaso, agregó—: Pero dejemos esto para mañana, que es cosa larga...

Incontinente, los locuaces solterones se alzaron de sus asientos, repitiéndose los unos a los otros el consabido hasta mañana...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

II

Otra vez en el mesón, no bien tomaron su asiento acostumbrado los puntuales solterones, y ya ante la jarra del vino recién rebosada, exclamó don Ramón:

—La palabra es mía, desde ayer—y acercándose su primer vaso de vino empezó su pintoresca plática:

No soñaba nacer cuando murió Casanova, pero tanto oí hablar en mi infancia del legendario héroe erótico del pasado siglo, del más versátil de los donjuanes, que hablo de él como si le hubiera conocido. Mi abuelo le recordaba con entusiasmo a cada paso, lo que me ponía sospechoso y me hacía arder la sangre imaginando las mocedades del abuelo, ya tan lejanas de su cabello blanco. Creo que desde los tiempos del conde de Villamediana no se vio figura igual por las calles de Madrid, decía el viejo, brillándole los ojos. Me parece estar viéndole por la calle de Alcalá, entre el asombro de hombres y mujeres, arrogante, despreocupado. Sobre la talla hercúlea el ceniciento vestido de terciopelo partido en pliegues sobre el elegante chaleco de brocado y sobre el pecho, las sedas y los encajes, pendiente de una banda roja carmesí con pedrerías resplandecientes, la insignia de la Orden del Anillo de Diamante; los broches del cuello de la camisa de Bruselas adornados con galones de oro, y abajo las calzas de seda de líneas oscuras y fastuosa finura; en una mano, como llevándolo al descuido, el sombrero engalanado de plumas blancas, y en la otra mano un anillo rutilante, sobre el pomo de la espada de acero, guarnecida de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

joyas; alto y fuerte, ancha y sólida la espalda, largas y musculosas las manos, sin una línea afeminada en el torso, cuerpo acerado, viril, erguido, la nuca un poco hundida, como la de un toro antes de la embestida, atezado el rostro, como el de una vieja moneda romana; la frente, que envidiarían tenerla los poetas, coronada con suaves cabellos castaños y rizosos; en audaz salto hacia adelante la curva de la nariz, luego el hueso fuerte del mentón y debajo una doble nuez saliente, la manzana de Adán, al decir de las mujeres la más segura prenda de una enérgica masculinidad; los labios muy rojos y sensuales, suaves y húmedos; sobre las pupilas negrísimas el bien proporcionado arco de las cejas espesas; la boca de meridional y la dentadura de animal de presa; el habla de perla, las maneras de seda, y tras él un suave perfume de aceite de rosas... ¡Parecía un príncipe!, exclamaba el abuelo entusiasmado.

Así anda en los libros el apuesto galán; así le vio mi abuelo en la Puerta del Sol, en los Caños del Peral, en el Buen Retiro y en su alojamiento de la fonda de la calle de la Cruz y luego en otra de la calle de Atocha, y también en la iglesia del Buen Suceso, donde, según el mismo Casanova, se daban cita las más lindas madrileñas. Por quién sabe qué intrigas la estada de Casanova en España fue bien movida: fue a parar a la cárcel del Retiro; salió de Madrid a todo galope y fue a dar con sus huesos en un calabozo de la ciudadela de Barcelona. De allí, vía Zaragoza, escapó hacia Francia, huyendo, decía él, de unos asesinos que le perseguían. De paso estuvo en Agreda, la tierra de nuestra sor María de Agreda, la de las revelaciones, cuyo santo libro le hicieron leer a Casanova en la cárcel veneciana de Los Plomos, para que se entretuviera, y que tantas desazones le causara. No supo el abuelo si el bizarro don Juan tuvo aquí alguna aventura galante, que no debió faltarle, aunque fuese con una moza de cántaro, pero sí se sabe que en Madrid aprendió a bailar el fandango.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¿Qué buscaba Casanova en España? No solo, quizá, nuevas aventuras, nuevas mujeres, sino, más que todo, el calor vivificante de su hermano don Juan, el aliento erótico que había de sentir penetrándole los poros y las arterias en la ardorosa tierra del Tenorio.

—Verdad—dijo don Antonio—que don Juan tiene cosas abominables, como la de complacerse en que sus hazañas amorosas se divulguen, lo que él llama burlas de fama. Es el don Juan de hoy que no goza cabalmente de una aventura hasta no sacarla a los tablados, cuando se dice y se comenta en mitad de la Puerta del Sol; es el indiscreto, el alabancioso que desluce a las que pasan por sus manos y aun a las que no pasan.

Otra debilidad de don Juan es la de llevar la espesa cuenta de sus aventuras. En el don Juan de Mozart y de Ponte, el criado Leporello lleva un cuaderno en que anota cuidadosamente las aventuras de su amo; y el caso se repite absurdamente en la realidad. A un comendador conocí que jamás dejaba de apuntar sus aventuras, y cada una con sus pelos y señales. Y ya se conoce el sorprendente caso de Sainte Beuve, que es de los faltos de recato, de los que no gustan del placer secreto, aun a costa de Víctor Hugo.

Para mí el don Juan más envidiable fue Don Pedro el Cruel, según lo pinta Ayala en esta breve frase, obra maestra de la elocuencia: durmió poco y amó a muchas mujeres.

—Si la donjuanería no es una locura, que mucho lo parece —dijo don José—, es una embriaguez, una anormalidad, un vértigo. Como buen antirromántico que era, mi padre decía que solo faltaba que tras el romanticismo viniera el donjuanismo... ¡Quién sabe si algún día se pondrá de moda! ¡Y cómo sería!

—¡Horror!—exclamó don Sebastián, santiguándose.

—Claro que, necesariamente—dijo don José—, un don

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Juan ha de ser versátil, como lo decía el don Juan de Molière: buena es la constancia para las gentes ridículas; pero lo que no puede ser es pobre ni avaro. Por ello decía Celestina, como clave de su alto oficio, que todo lo puede el dinero, "las peñas quebranta, los ríos pasa en seco. No hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no lo suba". Razón tenía Molière, porque en muchos casos y en muchos hombres, la honestidad parece cosa ridícula...

—Don Juan—dijo don Antonio—es un ser infinito. Es muy difícil encarnar un don Juan perfecto; sus condiciones son tales que es imposible hallarlas en un solo Tenorio. Hay el don Juan sinuoso en su táctica amatoria, pérfido o sutil; hay el que no tiene táctica alguna, el que es arrastrado por su instinto; y hay el don Juan pasivo o anti-don Juan, que no se aprovecha de sus visibles atractivos viriles, sino que es estático ante las muchas mujeres que ponen en él los ojos o que le persiguen sin rebozo. Conocí a uno, es decir, conocemos a uno, de gallarda presencia, que nunca habló de conquistas, sino de cómo le conquistaron. Sus aventuras no eran propiamente suyas, de los pantalones, sino de las faldas. Un tipo semejante al don Juan de Byron, de quien se decía que lo que hacía tan seductoras sus maneras era que jamás parecía deseoso de seducir. No actuaba afectadamente, por premeditado cálculo, sino simplemente por ignorancia de su propio poder de sedución.

Hablando así, sin ton ni son, diré que la fama es culpable de muchos pecados, porque de la fama al donjuanismo no hay más que un paso. El hombre afortunado con las mujeres es que algo tiene, alguna gracia, alguna atracción personal, o una bolsa bien llena y generosa, cuya fama corre y se ensancha. Cosa fácil es engañar y corromper a una mujer, que la mentira, el engaño, están en la naturaleza del hombre. Ya lo dijo Montaigne: donde el hombre existe, existirá siempre el engaño. Las tretas de que se vale el hombre—y la mujer le va

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

delante—son tantas como las nubes que pasan, como las olas que se alzan en el horizonte, que nadie sabe qué tempestades llevan en su seno. El verdadero don Juan tiene un poder hipnótico, invencible. La mujer se le entrega por más que se le advierta que es don Juan.

—Una cosa puede decirse, sin alarma de nadie—dijo don Ramón—: que en cada hombre, en cada uno de nosotros, hubo o hay un don Juan; todos amamos o fuimos amados; todos caímos en "tantas y tan extrañas mocedades"; don Juan está en todos nosotros, a veces como un pigmeo, a veces como un gigante; quién más, quién menos, tiene algo de don Juan, de acuerdo con su capacidad de amar, en mayor o menor grado, como todo en la vida; en cada hombre se esconde un don Juan; cada uno es, o ha sido, o será algún día, un don Juan; en cada uno hay un don Juan en potencia, o actuante o caduco. Todos somos donjuanes, que ello está en la naturaleza del hombre; y, sin embargo, no hay dos don Juan iguales. Todos tenemos algo de don Juan, pero también, como suele suceder, al final de los años tendremos no poco sino mucho de San Agustín. El oficio de don Juan es universal, porque la primera función del hombre es esa, la de don Juan, que el primer hombre, Adán, fue un don Juan desde que la serpiente se arrastró a sus pies bajo el manzano edénico.

—En efecto—dijo don Antonio—; del término don Juan se ha abusado en demasía, como acabáis de verlo. Han sido tantas las cosas contradictorias que se han dicho de él, que ya nadie le conoce. Se dice que en todo hombre hay un don Juan y a la vez que este o aquel don Juan no es un don Juan; que no es un don Juan todo mujeriego; que el don Juan clásico, el de la mocedad, es el de Tirso, y de la madurez, el de Zorrilla; que hay un don Juan bárbaro y un don Juan platónico; que hay un don Juan caduco, el viejo verde; que hay el don Juan de sí mismo, el Narciso; que hay el don Juan francés, el inglés, el alemán, el ruso, el italiano, cada uno con sus características propias. Pero el don Juan auténtico, como crea-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ción literaria, es el español, el seductor y burlador por excelencia, que vive la vida de la galantería, por cuyas manos ha pasado desacostumbrado número de mujeres, que tiene poderasos atractivos viriles y cuyo gusto por las Evas está por encima de todos sus gustos. Tan lejos se ha ido, que a don Juan se le ha buscado semejanza con los ídolos egipcios; y se ha llegado a lo inconcebible, a un don Juan casado. Las cosas que dicen de don Juan no tienen nombre: hasta se afirma que el primer don Juan no fue Adán, sino... Eva. Que don Juan es, en fin, el más calumniado de los mortales, que a fuerza de darle formas y vidas distintas es ya un hombre de carne y hueso.

—Cada uno de nosotros—dijo don José—podría escribir su autobiografía con un solo y breve título: *Yo, don Juan.* Las más de las veces un solterón es un don Juan; su vida es una vida donjuanesca, o, dicho con palabra más expresiva, donjuánica.

—No creo mucho—dijo don Sebastián—que en todos nosotros haya un don Juan, activo, frustrado o en potencia, porque, como del poeta, se puede decir que el don Juan nace. Es algo que se lleva en la sangre, y no todos tienen el mismo ardimiento. No puede ser hombre de amor un pesimista y descreído. Para mí don Juan fue un ser abominable. Por algo Tirso lo metió en el Infierno.

—Y por algo—dijo don Alejo—Zorrilla lo salvó del Infierno. Para mí don Juan vino al mundo a vengarse de Celestina, de la pícara Justina y de tantas otras Evas por cuyas malas artes lo que fue Edén ahora es valle de lágrimas.

—Bien decís de la pérfida Celestina—dijo don Sebastián—. A cada paso nos habla de ella don José, de su saber y de su astucia, pero no ha dicho que al astuto siempre le falta algo, un adarme más de astucia, como a la propia Celestina, que por faltarle ese algo murió de una estocada. Para el que madruga hay siempre uno que no duerme.

—Si don Juan, como se dice—dijo don Antonio—, ha sido

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

el más envidiado de todos los hombres, también ha sido, para muchos, el más infortunado. "No envidiéis a don Juan—decía un francés que bien le conoció—; yo le he conocido bien; era el más desdichado, el más inquieto y el más débil de los mortales." Mi experiencia me dice, y no vacilo en declararlo, que un don Juan es un hombre frustrado, porque el que no halla una mujer única, el que no ha sabido, no ha podido o no ha tenido la fortuna de hallarla, está perdido. Pero, al fin de cuentas, don Juan halla en la muerte el descanso de la pesada carga de su donjuanería.

—Ser hombre de amor—agregó el docto librero—, no es ser necesariamente un don Juan. Un hombre de amor puede ser el apasionado de una sola mujer. El que no se detiene en una mujer es un inepto que no sabe hallar en la mujer, todos los días, una mujer distinta; el nuevo encanto que se encadena a otro encanto. Ahí está la diferencia entre el hombre viril y el hombre instable, entre el hombre de amor y el don Juan vulgar.

—Cuenta Zorrilla, el nunca bien alabado autor de *Don Juan Tenorio*—dijo don Ramón—, que en reciente viaje a la América iba en el mismo barco un presidente de Santo Domingo, muy cuidadoso en el hablar y en el vestir, en cuya mesa, al llegar a una de las Antillas, probó sus buenos vinos: pero lo que no supo el poeta, parece, es que su anfitrión era un don Juan, uno de esos donjuanes tropicales que por donde pasan van dejando el rastro de los hijos. Buenaventura Báez se llama el gran solterón, que bien conocí y traté, de muy buena ventura entre las damas, aun en esta Villa y Corte, donde ha hecho galas de su donjuanería, como un príncipe moro.

—Don Juan—dijo don Antonio—no tiene categoría moral; puede ser un bellaco o una buena persona, así que hay donjuanes de toda clase, para todos los gustos. Los hay desorbitados y también mesurados, que el saber serlo es cuestión de inteligencia y de cultura; los hay satánicos, demoniacos, perversos, sin noble asidero alguno; los hay cortesanos y, así mismo, de

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

aldea, fanfarrones y jactanciosos; los hay de una sola resonante aventura, lo suficiente para darle jerarquía donjuanesca; hay el don Juan a medias y el que se enamora hasta de una mujer de espaldas, como Casanova, insaciable como el mar, que se bebe los ríos sin crecer ni desbordarse; hay el don Juan bribón, que no es el de Tirso ni el de Zamora, ni el de Zorrilla, ni lo fue Casanova, que tomó muy en serio su liviandad. El don Juan bribón es otro, charlatán, presuntuoso, despreocupado; hay el don Juan platónico, al que le basta una sola mujer o que solo puede poner su pasión errática en esta o en aquella, pero no más, y, como contraste, el que vive el ansia y el afán de la sensualidad; hay el nuevo don Juan, feo, católico, sentimental; hay el extraño don Juan, el enamorado de sí mismo más que de la mujer, el Narciso; hay el que solo gusta, morbosamente, de la mujer prohibida, la del cercado ajeno, de que hablan los versos de Garcilaso, y que no puede alabarse, como aquel Marseo de la oda horaciana, de no haber tenido que ver jamás con mujeres ajenas; hay el que conoce el arte de la huida, que sabe huir a tiempo sin caer en red alguna. Todo el que sobrepasa las lindes de lo normal, en asuntos de amor, ya es un don Juan, más cerca o más lejos del de Tirso. El don Juan con hijos no es el don Juan clásico, pero no por eso deja de ser don Juan. Porque, en conclusión, hay el don Juan auténtico, que lo es de los pies a la cabeza, toda la vida, y el que se cree un don Juan, el libertino que priva en don Juan. Es toda una gradación infinita de donjuanes, desde el más ínfimo hasta el más prepotente de todos, el de Tirso.

—Muchos son los ardides y las sutilezas de un don Juan —dijo don Ramón, maestro en el arte de la galantería, clave del donjuanismo—. Sin necesidad de aprenderla en Ovidio, cada don Juan tiene su técnica, su estrategia, sus propias armas, pero es claro que entre los recursos amatorios el más válido es el de la palabra, el don de la persuasión amorosa, primer arma en la conquista de la mujer, por más poderoso que sea el caba-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

llero Don Dinero. Todo don Juan, como todo orador, ha de tener algo de comediante. Ha de ser elocuente, que un don Juan sin elocuencia no se concibe. Ha de ser de imaginación viva, ardiente, agresivo, insinuante; ha de ser embustero, como el bachiller Trapazas, por más cierta que sea la afirmación de que decir una mentira es una vulgaridad. El don Juan ha de decirle a la mujer alguna verdad que la conmueva. Ha de tener el cuidado de no decirle a dos mujeres la misma cosa, que es otra vulgaridad. Ha de saber que lo viejo resulta nuevo si se sabe cómo se dice; que la palabra del hombre es veneno escondido en la miel. Ha de saber hilvanar las mentiras más bellas. Ha de saber que en cada no de mujer hay un acento distinto, que el acento es lo que dice si el no es no o si es sí. Ha de conocer todos los sortilegios de la palabra. Ha de ser, como manda Ovidio, fuerte en alabanzas y en promesas; ha de saber que nada hace más elocuente la palabra que una apasionada evocación. Ha de saber cómo, en qué hora, puede repetir a la amada las palabras de Teócrito: tus noches serán más felices si las pasas a mi lado. Ha de saber cuál es el momento de la caricia y qué cosas hay detrás de una lágrima de mujer, porque muchas veces una lágrima no es pena ni dolor, sino ruego de ternura. Ha de saber que a veces los ojos dicen más que las palabras, cuando saben hablar; que muchas veces a la mujer ha de hablársele con las hondas voces del silencio, con la profunda palabra de los ojos. En el amor un silencio vale más que un discurso, decía Pascal.

Las armas de don Juan son infinitas. Van desde el rapto y el engaño hasta la esquela perfumada; pero el más bello acceso a la mujer es el de la poesía, en la que todos buscamos nuestros propios sentimientos. No hay mayor encanto que vencer la resistencia de una mujer hermosa, decía Molière. ¡Qué delicia la del instante en que el enamorado se siente un don Juan! Hablar de amor, de su amor, es uno de los más hondos goces del hombre. Ver que su palabra va abriendo el paso a la caricia, es ya un *sésamo,* porque hay palabras que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

son besos. Son los momentos de máxima elocuencia del hombre conmovido, del hombre enamorado. La verdad es, ya está dicho, que el hombre apasionado habla un lenguaje que no conoce; que todo el arte de amar se reduce a decir exactamente lo que el grado de embriaguez del momento requiera, o, mejor dicho, a escuchar su propia alma. ¿Cómo no ser elocuente quien sabe que una sola palabra puede decidir su suerte? ¿No tiene ante sus ojos la máxima fuente de inspiración? ¡Qué gozo, pues, el de la palabra! ¡Ver el efecto que causa en la mujer la más audaz palabra! ¡Qué encanto como el de hablarle a una mujer inteligente, despertar su atención, su interés; en fin, el encanto de encantarla!

—Frente a una mujer, a toda mujer—continuó don Ramón—, se ha de contar con el poder mágico de la palabra. Existe, pues, la elocuencia peculiar del seductor; una elocuencia viril, distinta de las demás, impregnada de emoción y de sensualidad. El amor tiene su retórica, en la que imperan la hipérbole y el sentimentalismo, es decir, la palabra y el acento. Elocuente había de ser don Juan, como lo fue Casanova. Para convencer, que es oficio del burlador, es menester el arte de la palabra, el arte de la persuasión amorosa. No sé cuáles son mis armas eróticas, pero sé que el don Juan más temible es aquel que conoce a tiempo la intención de la mujer; sé que en la seducción hay, tantas veces, su poco o mucho de malicia o de infamia; sé que a la palabra amorosa la ayudan el vino y su ardimiento; sé que no basta todo el *Ars Amandi:* sin la aptitud no hay nada...

Por ello hubo y hay feos de éxitos femeninos extraordinarios, como Mirabeau, como Sainte Beuve, como Mérimée. Ulises no era bello pero sí buen hablador, decía Ovidio. Hasta se dan los extraños casos de hombres notoriamente feos, y aun deformes, que logran imponerse entre las mujeres. Lo que seduce a la mujer, más que la belleza masculina, es la atracción viril, lo que se llama sencillamente *el hombre,* lo que se esconde tras el rostro hosco, tras la barba hirsuta, tras el pecho enmara-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ñado, tras la dura mano de Hércules. Porque los más fuertes instrumentos del donjuanismo no son el oro, la presencia, el nombre, sino el ímpetu erótico, lo que la mujer descubre de viril en el hombre.

—¡Decídmelo a mí!—interrumpió don José, que no era un Adonis—. La táctica amorosa—dijo—es como la de la guerra, toda llena de ardides, de avances, de retiradas, falsas o reales, de luchas cuerpo a cuerpo, de victorias, de derrotas, de escaramuzas sin fin, mientras más audaces más efectivas.

—A veces—dijo don Ramón—, don Juan me parece abominable. No ama, no se enamora, nada sentimental lo mueve; va solo, directamente, a la posesión, lo único que le atrae en la mujer, para luego abandonar a la burlada. Darle fin a una aventura amorosa dejando en la mujer algo de ilusión, es arte exquisito que no conoció don Juan.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Cada uno ama a su modo—dijo don Antonio—; cada uno dice su amor a su manera. Unos con la palabra, otros con la obra. Unos con una flor, otros con un libro, con sus marcas y sus señas entre las líneas, o con una flor seca entre sus páginas, que equivale a la más bella carta de amor. No han sido pocos los libros, que fueron de enamorados, que pasaron por mis manos. Cómo me ha deleitado leer y releer, no sin emoción, párrafos enteros marcados con una larga raya, al margen de la página, o señalados con ondulantes marcas horizontales, entre las líneas, bajo alguna significativa frase y a veces bajo una sola palabra, o en lo alto de la página un nombre de mujer. Hasta me parecía advertir, por las marcas y las acotaciones de estos libros, el estado de alma del que había dejado allí las huellas de su espíritu. Ninguna anotación recuerdo tanto como la que hallé al margen de una página del *Libro de Buen Amor:* ¿qué es la amistad sino el amor reposando en el seno maternal de la esperanza? Quien dejó allí tal pensamiento sería hombre de espíritu refinado, que iba al amor por

el más emotivo de los senderos amorosos, por el de la amistad, el más lleno de luz y de seguridad. A ese artista del amor que fue Stendhal le complacía leer un libro y a la vez anotar en sus páginas sus ideas y sentimientos, como lo decía en *Del amor:* "en cuanto a lo que una novela sugiere para el conocimiento del corazón humano, recuerdo muy bien mis antiguos sentimientos; es más, me complazco en hallarlos anotados al margen". ¡Qué de cosas anotaría Stendhal, que bien sabía de estas cosas! Así, hay conquistas amorosas que son una obra de arte, de silenciosa persuasión, de poesía; otras que son obra de alarife, piedra sobre piedra, oro sobre oro. Un yo te amo es vulgar, o tonto, o risible, porque el amor se calla, se oculta, causa vergüenza. El amor no se pide; a la tierra no se le pide nada, se siembra, y se espera. Pensar es amar. Pensar y pensar en la persona amada es al fin dominarla, perturbarle el ánimo, comunicarle alguna misteriosa vibración, como ese zumbido inesperado que se produce en lo hondo del oído, que las consejas atribuyen a que es alguien que nos está recordando. Que tanto se piensa en ella, que a la postre se siente que nos toca al corazón su pensamiento, que nada llega al corazón si no sale del corazón, como decía Paracelso.

El don Juan de Tirso, el de Zorrilla, proceden de otra suerte. No se detienen, en sus ímpetus eróticos, ante el mal propio ni ante el ajeno. Van ciegos hasta el fin, hasta el deleite. ¡No pensemos en los males que nos puedan ocurrir, sino en los placeres que están a nuestro alcance!, exclamaba el don Juan de Molière, de espaldas a Lucrecio: vuestro castigo nacerá de vuestros placeres; y olvidado de lo que decía la pícara Justina: el gusto de pecar es enano, y las penas del pagar son gigantes. Por suerte que entre los pecadores hay quienes cometen pecados de lascivia, pero no pecados de amor.

Todos hemos pecado a sabiendas, pero impelidos por un poder secreto, irrefrenable, al que consciente o inconscientemente no le hicimos bastante resistencia. Porque el pecado, el dolor futuro, nada es para el goce presente. El hombre se

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ríe a diario del Infierno. Es el ¡qué largo me lo fiáis!, que repetía don Juan.

—Pocos confiesan sus culpas—interrumpió don José—como el famoso Diego Torres Villarroel, quien decía que todos somos unos y con corta diferencia tan malos los unos como los otros...

Don Alejo, amigo de agriar el vino, tomó el ya enmarañado hilo de la tertulia para decir sus pesadas filosofías:

—El hombre nació para errar; en vida todos pagamos nuestras culpas; no hay necesidad de Purgatorio ni de Infierno; a Satán lo llevamos dentro, quemándonos la conciencia, como llevamos dentro el esqueleto, con sus hórridas cuencas; el mal, el dolor, la mujer, la muerte, nos persiguen por todas partes. En fin—murmuró, como hablando desde ultratumba—, yo soy un resentido de Dios; Dios debió hacerme más perfecto.

—¡No digáis tal blasfemia!—exclamó don Sebastián—. Tamaña insensatez la de pretender ser mejor o ser perfecto por obra ajena y no por obra de sí mismo, que es lo cristiano. Somos nosotros los que hemos de procurarnos, hora por hora, día por día, nuestra perfección. Todos tenemos, quizá, el supremo dolor de no ser perfectos, y ya posee una virtud quien reconoce su propia imperfección. Es lo que no sabéis, don Alejo, ni conocéis lo que dijo San Agustín: que el pecado no es obra de Dios; que el hombre peca libremente y Dios sabe que ha de pecar, pero que ha de pecar porque quiere, pues si el hombre quisiera no pecara. Recordad, don Alejo, lo que dice la Biblia, que la palabra es la prueba del hombre. Oídlo bien: el hombre dominado por el pecado no puede ser perfecto.

—Blasfemia, no—respondió don Alejo—. Algo semejante a lo que he dicho lo dijo nada menos que Job: que de hallarse con Dios expondría ante El su causa y que tendría llena la boca de recriminaciones. Y en nuestros tiempos dice Schopenhauer que Dios hubiera debido hacer posible un mundo mejor. Entre los que se quejan neciamente, según se dice en esa joya del saber que es el *Destierro de ignorancia*, se cuenta el que se queja de Dios porque no le hizo como él quisiera.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—No sé para qué tantas preocupaciones—dijo don José, con sus burlas un poco sacrílegas—. Dios nos ha dejado a nosotros, los pecadores, por no decir que a nosotros los solterones, ese consolador recurso que es el arrepentimiento. Así, mientras llega la tremenda hora, en la edad en que ya se mira a las mujeres por encima de las gafas, continuaremos viendo, como buenos humanos, que lo bueno del pecado es que se repite, y que a las gentes les ha tomado con llamar cosas malas a las buenas... Que el hombre dominado por el pecado, y ya sabéis qué pecados, es el que se siente más hombre y más gozoso.

—A vos os digo—dijo don Sebastián señalando con el índice a don José—que quien yerra y se enmienda a Dios se encomienda; que esperanza en Dios ha de tener el pecador por muchos y feos que sean sus pecados.

—Y yo os contesto—interrumpió don José—con mis escasos libros. Liborio, en *El rico avariento,* que no importa que fuese mozo procaz, decía:

Gloria es todo pasatiempo,
Infierno toda virtud...

—Menos mal—dijo alarmado don Sebastián—, menos mal, que para limpiarnos de herejías estamos a solo dos pasos de la iglesia de San Andrés, que es mi casa.

—Todo en la vida está lleno de contradicciones—dijo el docto don Antonio—. Santos y santas hubo, como Agustín, como San Guillermo, como la Magdalena, que antes fueron grandes pecadores; y también a la inversa, como lo recordaba San Pedro Damiano, quien conoció a un monje de grandes virtudes, que hacía milagros, y que después vino a caer en tanta y tan infame deshonestidad, que fue preso y azotado públicamente.

Continuando en sus repetidas disquisiciones, agregó don Antonio:

—Hemos hablado de muchas cosas que no son propias del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

don Juan auténtico, sea el de Tirso o el de Zorrilla, porque las que se les atribuyen son mucho más que las legítimas, las del legítimo Tenorio. Ante tantos donjuanes tenemos que declarar casi airadamente: ¡ese no soy yo! Pero al fin tendremos que reconocernos en alguno; en alguno nos veremos como ante un indiscreto espejo.

—No puede negarse—dijo don Sebastián—que don Juan está en todas partes, en la vida y en los libros, donde quiera que estén las palabras mujer, hombre, amor. Verdad, como ya se ha dicho aquí, que es curioso que no ande por ahí el libro que trate del donjuanismo en la Biblia. Allí veríamos al rey David, ya muy anciano, teniendo a su lado, en el tálamo, tan solo para calentarle, a la hermosa y joven Abisag; allí veríamos a Salomón, encarnación de la sabiduría humana y, sin embargo, el más sensual de los hombres de la Biblia, rodeado de sus setecientas esposas de sangre real y de sus trescientas concubinas; allí veríamos con asombro a tantos otros que crecieron y se multiplicaron sin tasa, cuyas aberraciones expiarían en Sodoma y Gomorra.

—Otro libro sensacional que podría escribirse—dijo don Antonio—sería el de los donjuanes hombres de letras. No faltaría Cervantes, en su aventura con Ana Franca, que las aventuras de Eros son las que más abundan en los derriscaderos de la vida; pero el que ocuparía mayor cantidad de folios sería el Fénix de los Ingenios. Porque en verdad que fue Lope, desde la mocedad hasta más allá de la madurez, un don Juan, como lo revela en su vida y como lo descubren sus obras, en las que abundan no pocas páginas que reflejan cínicamente la atracción que para él tenían las mujeres. Hasta se ha dicho de él que fue un burlador, un erótico decidido que tuvo el amor platónico por quimera, que tuvo dos esposas, que tuvo al mismo tiempo varias amantes y al fin un amor expiatorio, el de Marta, y, además, numerosas aventuras y enredos amorosos, hasta sus años últimos, en que apartado del donjuanismo y convertido en un misántropo, murió arrepentido y triste. En fin, de-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

jemos a Lope, que todas las cosas de amor que hizo y todas las que dijo no caben en diez tertulias del Ateneo.

—Mucho se habla, mucho hemos hablado, del solterón y del célibe, indistintamente, pero yo repito que no son exactamente lo mismo—dijo don Sebastián alzándose a teólogo, en ello más docto que algunos curas de misa y olla—. El solterón es el que no es casado por propia voluntad; el célibe, el que no va al matrimonio en razón de su ministerio sacerdotal, de su vocación mística, de su dedicación a Dios y a la Iglesia. El solterón es casi siempre un libertino; el célibe, un asceta. En la solteronía nadie hallará, casi nunca, un principio inspirador; en el celibato sí hallará, casi siempre, ese principio, la idea de pureza y continencia. El celibato eclesiástico no lo estableció la Iglesia para limitar la multiplicación de la especie, sino, como se ha dicho, para que haya hombres y mujeres capaces, por su virtud y su situación, carentes de prole, de dar el máximo a la sociedad en el orden material y en el espiritual. No fue impuesto mediante los rigores de una regla escrita, sino que se convirtió en ley para el clero de la Iglesia católica, gradualmente, casi imperceptiblemente, por gracia y obra de su propia doctrina. La Iglesia ha repetido siempre, y así lo ha demostrado, que el ideal del celibato no implica ningún desprecio de la vida conyugal, ninguna desestimación del matrimonio. Mi dedicación a la Iglesia—que es el ejemplo que tengo más cercano—me ha hecho ser fiel a esa doctrina y así célibe, que lo soy a conciencia, para mejor servirle a Dios, no reniego del matrimonio. Casado fue San Pedro, el Príncipe de los Apóstoles; soltero San Juan Bautista. El apóstol San Pablo, el gran maestro en las cosas del celibato, predicaba que al hombre le sería mejor no llegarse a la mujer; que el que está sin mujer piensa en las cosas de Dios y en cómo agradarle, pero que el que está casado piensa en las cosas del mundo y en cómo ha de agradar a su mujer.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Veo, pues, el celibato, como cosa lógica, natural. Quizá será mejor que diga, aunque sea ligeramente, lo que sé y lo que pienso de tan alto asunto. El celibato eclesiástico, aparte el ejemplo de Cristo, se funda principalmente en la necesidad de que el ministro del altar esté desligado de todo vínculo terreno que le impida el libre desempeño de su sagrada misión. Se basa en que el sacerdote debe servir a su vocación por entero y abrazar la vida de continencia, considerándola más santa que la del matrimonio.

La castidad no era caso de importancia en la antigüedad pagana, aun en lo que concernía a las personas que presidían el culto. Sin embargo, en todas las religiones, tanto de Oriente como de Occidente, se hallan ejemplos de continencia en las personas consagradas a los dioses. Por ejemplo, los sacerdotes de Isis, en Egipto; los brahmanes, en la India; los hierofantes, en Grecia; las vestales, en Roma, y aun las vírgenes del Sol, en el Perú, bajo el imperio de los Incas. Y sabido es que el celibato era observado por la secta judía de los esenios y se exigía en muchas órdenes monásticas budistas. En contraste, las leyes de Moisés no prohibían el matrimonio a los sacerdotes y a los levitas, que, al contrario, debían formar una tierra aparte y perpetuarse en Israel. Esas leyes vedaban tan solo al oficiante entrar en la *Sancta Sanctorum* y comer el pan si no había guardado continencia durante varios días.

San Agustín, celebrando el celibato, decía que con él se llenaría mucho antes la mística Ciudad de Dios y se aceleraría el acabamiento del siglo. ¡Cuántas y cuántos son los célibes insignes de la Iglesia que la honran y divinizan! Que se case, pues, quien debe, pero no quien no debe. El solterón vive de espaldas a la Ley de Dios, unos para bien, como los que le servimos a la Iglesia, y otros para mal, para la lascivia, como alguno que otro de nosotros...

—¡Muy bien!—exclamó don Ramón, dirigiéndose a don

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Sebastián—. Habéis hablado no como el modesto sacristán de San Andrés, sino como hablaba el sabio Fray Cipriano, como predicaba el iluminado Fray Francisco, ¡como un teólogo!

—Algún día, en algún Concilio—agregó don Ramón—, se abogará de nuevo, porque no es cosa nueva, por la abolición del celibato eclesiástico, para holgar de los abnegados sacerdotes. ¿Sería hoy posible, sería conveniente la observancia de tan dura obligación? ¿No será ya llegado el momento de abolir el vínculo que en la Iglesia une el sacerdocio con el celibato? ¿No podría ser facultativa esta observancia? ¿No saldría favorecido el ministerio sacerdotal? Si la ley del celibato debe todavía subsistir, ¿con qué razones ha de probarse hoy que ella es santa y conveniente? ¿Y con qué medios puede observarse y cómo convertirse de carga en ayuda para la vida sacerdotal? Todo esto y más aún se preguntarán mañana los que pretendan, como Lutero, suprimir el celibato. Y no faltarán las viejas objeciones al celibato: que Cristo no lo exigió a sus discípulos, sino que apenas lo propuso como una especial vocación; que los Apóstoles tampoco lo señalaron como condición obligatoria; que los Padres de la Iglesia recomendaron al Clero, más que el celibato, la abstinencia en el uso del matrimonio, tenida en cuenta la condición humana de la carne; que mantener el celibato le traería a la Iglesia el grave daño de una disminución del Clero en el Mundo, cada vez mayor; que muchos creen que el matrimonio restaría ocasión a las infidelidades, desórdenes y defecciones de los sacerdotes, y les permitiría alcanzar un testimonio más completo de la vida cristiana, incluso en el campo familiar; que el sacerdote célibe se encuentra en una situación dañosa al equilibrio de su personalidad humana; y, en fin, las objeciones pasadas y presentes, y las que puedan surgir de acuerdo con el signo de los tiempos.

—Eso podrá ser—dijo don Antonio, que en todo metía baza y que escuchaba con meditativa atención—, pero estad seguros todos de que la Iglesia no cederá, de que mantendrá con toda su universal firmeza el celibato, que es la culminación del don

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

total de la persona del sacerdote a Cristo. Lo que sí hará la Iglesia es darle nuevo lustre y vigor al celibato. El ministerio sacerdotal y, en particular, la dirección de la conciencia cristiana, exigen iluminada fe hacia quien la ejercita, y esta difícilmente la adquiere el sacerdote que vive en compañía de una mujer que participa de sus confidencias.

Aceptemos que la vida privada no es ni ha sido jamás casta y que en desórdenes ocultos, o muy poco ocultos, muchos buscan aquello que públicamente les es prohibido. Pero, como decía un teólogo; los escándalos presentes y pasados no constituyen el pasado ni el presente de la Iglesia. La perspectiva de conjunto, en toda su inconmensurabilidad, es mucho más luminosa, y más allá de la zona de sombras ella puede mostrar su realidad, de santos y de héroes. Es cierto que por su celibato, como decía un Pontífice romano, el sacerdote es un hombre solo, pero su soledad no es el vacío, porque está llena de Dios y de la exuberante riqueza de su Reino.

Asintieron todos y dijo don José:

—Razón tenéis. Un sacerdote debe ser un hombre libre del yugo femenino para que pueda ejercer sin trabas su ministerio. ¿Cómo imaginar a un sacerdote casado con una arpía o con una Magdalena, como podría suceder? Los casos, los escándalos serían infinitos e infinitos los males que al fin echarían abajo la majestad de la Iglesia y la fe en los ministros del Altísimo. Pasar, del derecho al matrimonio, a la licencia del concubinato, sería un paso. ¡Pobre de la iglesia si al párroco se le permitiera entrar a ella del brazo de la viuda o de la hija del sacristán! ¿Qué harán en la misa las beatas que no sea, en vez de rezar, darle vueltas y vueltas al rosario de los chismes, si la mujer del cura se las entiende con el sacristán, o viceversa? Gusto se darían todos y todas en repetir el viejo diálogo del cura y del sacristán:

¿Quién se roba la cera del altar?
¿Quién le enamora la mujer al sacristán?

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Yo también—dijo don Ramón—dejaría las cosas como están, hasta que los hombres sean mejores. Los sacerdotes, célibes; nosotros, solteros; y los otros, casados. Todo está bien como está, dice el pueblo, y es cosa que habrá dicho algún filósofo.

—Ya que don Sebastián ha hablado tan doctamente del celibato eclesiástico—dijo don Antonio—, digamos algo del celibato laico, del ajeno a la Iglesia, por más que sus extremos se toquen. En la antigua Grecia muchos filósofos hicieron la apología del celibato, del laico, es claro, convirtiéndose en sus propagadores. Del célebre Pitágoras se cuenta que fundó en Cretona una escuela en la que enseñaba las ciencias y la filosofía en particular, exigiéndoles a sus discípulos que hiciesen voto de castidad y que se abstuvieran, por ello, de toda clase de placeres. Obligados por tan extraño voto los pitagóricos habían de abstenerse de todo trato sexual, pero ellos encontraron la manera de desvirtuar el voto transformándolo solo en la simple promesa de no tener trato sexual con mujer, lo que no impedía que lo tuviesen con hombre. Lo que se dice vulgarmente, que el remedio fue peor que la enfermedad. También la famosa escuela de Epicuro sirvió de estímulo a la propagación del hermafroditismo en Grecia y, por consiguiente, al aumento de los célibes. La filosofía de Epicuro, que se basaba en el rechazo del dolor y en la búsqueda del placer como máxima aspiración humana, desbordó los límites establecidos por el calumniado filósofo, y sus discípulos tuvieron el modo de justificar sus aberraciones sexuales, las prácticas de Hermafrodito. ¿Es cierto o no que, según lo que declaró Epicuro, todo lo que produce placer es bueno? Así decían, ante cualquier reproche de liviandad, los derramados discípulos de Epicuro.

En la antigüedad greco-latina no se admitía el celibato; se le odiaba, se le condenaba, porque se necesitaban hombres para las guerras. En Esparta—cosa muy divertida sería—todos los años las mujeres propinaban una serie de latigazos a los solterones que se obstinaban en su estado. Imaginad, pues, qué

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

espectáculo sería ese, ver a las robustas espartanas descargar sus restallantes látigos sobre las espaldas de los empedernidos solterones.

Ya se sabe que una de las causas de la decadencia del Imperio romano fue nada menos que la multiplicación de los célibes, la epidemia del celibato, que lo invadió como horda invisible, para honda preocupación de los legisladores romanos. Hubo un momento, así, en que no se permitía a los varones permanecer célibes durante más de treinta años. El patricio, para ser digno, había de contar con dos pertenencias: caballo y mujer. De ahí las memorables palabras del censor Metelo, en el Senado, que ahora nos parecen sobrecargadas de ironía:

¡Romanos! Si nos fuese posible vivir sin mujeres, todos nos ahorraríamos satisfactoriamente los mayores engorros... pero una vez que la Naturaleza ha dispuesto las cosas de manera que no podemos sobrevivir sin ellas, la razón exige que antepongamos el interés público a nuestra felicidad...

¡Cómo sería de aplaudido el singular Metelo!

En fin, en dos cosas creo: en que con el tiempo se irá haciendo más propicio, cada vez, el celibato, y que el matrimonio no es necesariamente un buen éxito, ni el celibato necesariamente un fracaso, como decía un solterón de no escaso sentido común, si es que a los solterones se les concede el beneficio de ese sentido.

—Siempre he pensado—comentó don Jose—que a un héroe, a un poeta, a un filósofo, casados, les sobra algo. No se conciben sino solteros, para mayor fascinación de las gentes. Por eso decía un filósofo que un filósofo casado es un ridículo; y si no que lo diga Sócrates, el mal casado con Xantipa. Para el hombre las ventajas del celibato duran hasta cierto tiempo, nada más, lo reconozco... ¿Y después? Con todo, yo digo como un alférez en una comedia de Moreto:

Yo me quedo celibato..

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Cierto que los Santos Padres alabaron sin tasa el celibato, pero no el de vosotros, sino el de Dios, que es el mío—dijo don Sebastián, que nunca olvidaba su condición de sacristán— Si estás libre no trates de casarte, decía San Pablo, pero esto lo decía el santo porque predicaba el servicio de Dios, el olvido del mundo. Los que servimos a Dios, los que estamos consagrados a El en carne y espíritu, tenemos que ser lo que quiso San Pablo: célibes. El celibato, pues, tiene que ser cosa de Dios, porque sin El es pecado, egoísmo y liviandad.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Todo nos llega tarde, hasta la muerte, dijo el poeta. A todos nos llega tarde algún amor—dijo don Ramón, fijando los ojos en su vaso vacío—. A todos nos llega tardíamente una mujer, la que más habría encendido el fuego de nuestra pasión, pero ya en las melancólicas horas de las cenizas. La última mujer en nuestras vidas, ¡qué dramática novela! ¡Cuán opuestos sentimientos! Sed de amor, sed de gloria, sed; y, al mismo tiempo, el terrible miedo de ser amado; el tormento de despertar en la madurez extrema el amor que no se logró en la mocedad; y la pregunta obsesionante: ¿para qué encender la llama que no podremos apagar?

Hay amores tardíos que más que tardíos son amores expiatorios, como el de Lope de Vega, el más célebre de todos, último amor del poeta, que perturbó su vida, su desgarrada pasión por Marta de Nevares, condenables amoríos de la vejez del Fénix satirizados por Alarcón; por Tirso, en *Marta la piadosa;* y por Avellaneda, en su *Don Quijote* apócrifo. ¡Cómo se burlaron de los deliquios amorosos de Lope y de sus peripecias! Así mismo apenas ver la trágica declinación de Casanova, de Stendhal, de tantos otros hombres de amor, ya en estado de burla. Apena ver enamorado a Benjamín Constant, en la

edad de Don Quijote, a los cincuenta años. Contrista leer los versos de Goethe, ya decadente en asuntos de amor:

> Porque el que siempre fue maestro en estas lides
> retrocede ahora como un escolar y se enfría...

Ni aun Don Quijote salió bien parado en su tardía pasión por Dulcinea, y eso que el fementido Avellaneda le señalaba cinco años menos que Cervantes: cuarenta y cinco, edad por la que ya pasamos todos bien de largo. Decía, pues, don Alvaro de Tarfe, el hidalgo manchego, estas sesudas palabras dignas de ser oídas entre nosotros con todo el entendimiento: "Admírame no poco, señor Quijada, que un hombre como vuesa merced, flaco y seco de cara, y que a mi parecer pasa ya de los cuarenta y cinco, ande enamorado, porque el amor no se alcanza sino con muchos trabajos, malas noches, peores días, mil disgustos, celos, zozobras, pendencias y peligros, que todos estos son los caminos por donde se camina al amor; y si vuesa merced ha de pasar por ellos no me parece tiene sujeto para sufrir dos noches malas al sereno, aguas y nieves, como yo sé por experiencia que pasan los enamorados."

—En efecto—dijo don Antonio—. Todos tenemos o todos tuvimos la amada del crepúsculo, la que llegó tardíamente, en el otoño o más lejos aún, en días grises y melancólicos: este, una Ofelia imposible; ese, una Mary, inglesa caldeada al sol de Andalucía, también inasequible; aquel, una Ilda, bella gitana del Albaicín; aquellos otros una nórdica, una mora, una florentina... Pero la amada del crepúsculo puede ser la recién hallada, y también la que retorna victoriosa del pasado, la que despierta nuevamente el amor ya remoto. Para mí, pues, la amada del crepúsculo es la misma del alba.

Ver, a nuestra edad, cómo se nos abren todas las puertas, cómo se nos abaten las murallas más altas sin poder pasar por ellas, es vivir en la angustia de Tántalo, en la agonía de las vanas tentaciones, en la ansiedad de lo inalcanzable. Ya vivi-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mos el suplicio del viejo y desdichado Tántalo erótico; junto a nuestras cabezas está la jugosa manzana y no logramos alcanzarla. Y esa tentadora manzana, como en un diabólico espejismo, ya no es una, sino que se va multiplicando y multiplicándose su infernal fascinación. Razón tenía Luis XII de Francia cuando decía que el amor es recreo de los mozos y tiranía de los ancianos.

Pocos hombres de amor expresaron con tanto dramatismo y tanta cordura, como Chateaubriand, el amargo sentimiento de su caducidad. "Si me dices que me amarás como a un padre —le decía a su joven amada—, me causarás horror; si pretendes amarme como una amante, no te creeré; en cada joven veré un rival preferido; tus respetos me harán sentir mis años; tus caricias me entregarán a los celos más insensatos. ¿No sabes que tal sonrisa tuya me mostraría la profundidad de mis males como el rayo de sol que ilumina un abismo? Ser encantador, te adoro, pero no te acepto. Ve a buscar el joven cuyos brazos pueden abrazarse graciosamente con los tuyos, pero no me lo digas..."

Amor y ancianidad son como ideas obsesivas en el grande escritor. A cada paso le asaltan, con los sentimientos amorosos, las pavorosas sensaciones de la vejez. Aquí y allá van quedando sus confesiones: "lo que duplica mi suplicio de vivir, es sentirme más joven que nunca en los momentos de tener un pie en la tumba... Si fueras mía, para dejarte necesitaría tu muerte o la mía... Por lo común, la mujer no repara en nuestra edad, y hace como quien se esconde entre unas ruinas... Inspirar una especie de afición a mi edad me parecía una verdadera irrisión... Asombrará lo que es el amor de un anciano a una joven, sobre todo cuando es correspondido... La vejez afea hasta la felicidad..." Así, el viejo Chateaubriand, quizá el don Juan más acuciado, en la vejez, por el amor y por los amoríos, ya de más de una moza, ya de mujeres de más allá del otoño, como madame Recamier, tenía, como pocos amadores, plena conciencia de sus años. Sus palabras a una

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

dulce amiga lo revelan: "Mis pretensiones no van más allá de mi pelo blanco." Y la amiga reclinaba su cabeza en el pecho del anciano, como Bettina se adormecía en las rodillas del viejo Goethe.

—Con la mayor capacidad de amar nos llega la mayor sabiduría, que es el comienzo de la incapacidad—dijo don Ramón, y agregó melancólicamente—: Los últimos goces son los más hondos, como los últimos resplandores del sol, los mas bellos.—Con los ojos bajos, como si estuviese hablando de sí mismo, continuó—: la galantería es don de todo caballero: que todo caballero ha de saber que el mayor homenaje que un hombre puede ofrecerle a una mujer es... enamorarse de ella. De la edad que él sea, porque el espíritu se nutre de cosas imposibles.

—Se ha dicho—dijo don Antonio—que hay cierta manera decorosa de amar, pasada la edad del amor, que es la de no caer en lo ridículo... Ciertamente, en esa edad el hombre ha de atenerse al sabio consejo de reducir el amor a los términos amistosos. Como veis, las cosas del amor nos llenan el alma de confusión. El amor es una confusión, celestial o diabólica.

—Lo peor de la vejez—dijo don José—es sentirse joven y no serlo. Y todavía hay cosas peores: el retorno a la timidez, inequívoca señal de ancianidad; el miedo a los años que ya nos arrugan la piel y nos ablandan la carne; entrar en la edad en que el hombre empieza a darse cuenta de sus desvaríos, sencillamente no porque ya no debe sino porque ya no puede repetirlos. Viejo amador, invierno con flor.

—Dejemos esas terribles cosas de la vejez, tan cerca de la muerte—observó don Antonio—, y hablemos de lo que más anhela el anciano, volver a la juventud, que nada entusiasma tanto al viejo como hablar de la longevidad, de las maravillas y de las ilusiones del rejuvenecimiento. ¡Feliz Adán, que tuvo a Set a los ciento treinta años y todavía a los ochocientos años

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tenía hijos e hijas! ¡Feliz el abuelo de Noé, el bienaventurado Matusalem, que llegó a la bíblica edad de novecientos sesenta y nueve años! Felices el vetusto Néstor, el más sabio de los griegos, y el adivino Tiresias, que vivió nada menos que seis generaciones; felices los venturosos moradores de Seros, que llegaron a los trescientos años, según Luciano.

Pero ya no se vive tan largamente como Adán, ni como Abraham, ni como Néstor ni Tiresias, ni como tantos otros felices hombres de la Biblia y la Mitología. Ya, desde centurias atrás, solo se va algo más allá del siglo, como Argantonio, de Cádiz, según Cicerón, que reinó ochenta años y vivió ciento veinte; como el famoso noruego Gurrington, que, fallecido a los ciento sesenta años, se dice que dejó de su último matrimonio un hijo de nueve años, cuyo hermano mayor tenía ciento ocho. Humboldt, sabio solterón a quien debemos creer, asegura haber visto cerca de Arequipa un aldeano de ciento cuarenta y tres años, cuya mujer frisaba en los ciento diecisiete; y en Chile se vio, hace apenas una mano de años, el célebre caso de un tal Juan Celedón, que a los ciento veinte años se volvió a casar con una dama que ya andaba por los noventa y ocho años.

En los tiempos que corren el país en que se vive más largamente es Rusia, a pesar de sus estepas desoladas y de sus fríos, donde no pocos llevan gallardamente su siglo y medio de años, y donde campea hoy, en los confines de Livonia, un famoso anciano de ciento sesenta y ocho años, testigo ocular, en 1709, de la batalla de Pultava. ¡Esto es lo que se llama vivir!

Pero lo más bello y adorable de los longevos no es el largo vivir, sino la lucidez en el vivir, la inextinta capacidad de amor, de trabajo, de consejo. Longevos de esa alcurnia, verdaderamente dignos de admiración, fueron el historiador Jenofonte y el poeta Anacreonte, que en plena labor rebasaron los ochenta y cinco años; el trágico Sófocles que, a los noventa y cinco años, recitó de memoria el *Edipo en Colona,* para de-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

mostrar la lucidez de su razón; Miguel Angel, que pintó y esculpió hasta los ochenta y nueve años; el Tiziano, que empuñaba el pincel pasado los noventa años; Goethe y Humboldt, que escribían superados los ochenta años; Goya, que pintaba en la misma edad, y Kant, todavía de sorprendente fuerza creadora al acercarse al siglo de vida.

—Se ve que Dios premia la virtud—dijo don Sebastián—cuando le da tan larga vida a sus santos, que no son pocos los que pasaron de un siglo, como San Simeón, sobrino de la Virgen María, que fue martirizado a la edad de ciento siete años; como San Narciso, que murió a los ciento sesenta y cinco años; como San Antonio, que falleció a los ciento cinco; y como Pablo el Ermitaño, que feneció a los ciento trece; y como los monjes del Monte Atos, que llegaban con frecuencia a los ciento cincuenta, aunque todavía más lejos fue Albuna, primer obispo de Antioquía, que pasó de siglo y medio. ¡Y en tantos años tanta continencia y tantos ayunos!

Poniendo los maliciosos ojos en el sacristán, dijo don José:

—Larga vida os aguarda, don Sebastián, pues un refrán lo dice, que al que anda en la miel algo se le pega...

—Para los antiguos—dijo don Antonio—, el calor juvenil era el mejor elixir contra los fríos de la vejez, para el suspirado rejuvenecimiento. Ya se sabe que a David, pasados los setenta años, le calentaba en el lecho la hermosa, joven y virgen Abisag, quien siguió siendo casta; y no es único el ejemplo de la anciana remozada gracias a su matrimonio con un joven. Otro caso semejante al de David fue el del viejo Clodio, cuyos adormecidos ánimos fueron despertados por el aliento vivificante de una doncella. Quienes quieran saber las cosas absurdas, imposibles, fantásticas, del rejuvenecimiento, tienen a la mano muchos viejos libros, como el *Hermippo resucitado*, en que se habla de las delicias que esperan a los que se rodean de jóvenes resplandecientes de alegría y salud, como

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Georgias, que vivió así hasta los ciento ochenta años; como Isócrates, que pasó del siglo, y como Zenón y Teofrasto y otros maestros antiguos cuyo vigor físico fue asombro de sus contemporáneos; como el *Arte de prolongar la vida,* en que hay textos de Hipócrates y de Galeno; como los *Medios de vivir más de 120 años,* de Tomás Ravennes; como el *De secretis operibus,* de Rogerio Bacon, en que aparece la receta milagrosa que le sirvió a Papalio para vivir la friolera de cinco siglos, y como tantos otros libros en que aparecen los más extraños elixires de larga vida: manteca de león, piel de camaleón, sangre de niños o de adultos o de tal o cual animal, triaca de Venecia, mercurio de vida, el agua cefálica de Carlos V, el agua inmortal de Paracelso, las aguas cordiales de Hércules de Sajonia, las Pastillas de Magnanimidad, que tenían el mágico don de devolver a los ancianos la potencia genésica; la raíz de la mandrágora; el elixir rojo, a base de oro, del alquimista Geber, también para rejuvenecer a los ancianos, y tantas y tantas otras drogas maravillosas que hincharon la bolsa de los falsos taumaturgos de la antigüedad, que todavía reencarnan de continuo en portentosos charlatanes. Todo ello nos toca bien de cerca porque España es la tierra de la cantárida, de la famosa mosca española, tan del gusto del marqués de Sade. De año en año siguen apareciendo las drogas mágicas, los filtros milagrosos, las hierbas prodigiosas, los ungüentos diabólicos. Y todo sigue igual, el viejo, viejo; el mozo, mozo; y todos en su tiempo y sazón, sin que valgan de nada los sortilegios ni las hechicerías. Y en pie sigue la vieja paradoja de que el hombre no muere, sino que se mata lentamente. El empeño en rejuvenecer, pues, es bien antiguo, que de nada sirven los negros filtros y las pócimas del conde Cagliostro, ni las pociones amorosas de que habla Juvenal en *Las Metamorfosis,* ni las ostras vitalizantes, alabadas también por Juvenal. Es el desacreditado mito, no abolido aún, de los afrodisiacos, causantes de la muerte de no pocos insensatos, como lo fue nada menos que el poeta Propercio, que tanto gustaba de los

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

filtros mágicos, hechos a base de huesos de serpiente, de un sapo y de plumas de lechuza, que producían en el hombre viva euforia.

—Así será—apuntó don Antonio, con cierto dejo de pesimismo—. Al menos la fortuna hace que el anciano parezca a la mujer menos anciano. El oro ennegrece los cabellos canos, pero la dura realidad es que todo queda igual... De la gloria se puede decir lo mismo. La gloria no rejuvenece más que nuestro nombre, decía Chateaubriand. En ese viejo libro que es *Destierro de la ignorancia,* se dice que cuatro cosas remozan en un viejo: el corazón, la vanidad, la lengua y el deseo.

—A mis años—dijo don Ramón—, sigo pensando y sintiendo en mí mismo que amar es rejuvenecer. Hasta en el exterior de la persona, en la vejez, influye el amor, como lo reconocía Montaigne: el amor—decía—me devolvería el esmero, la sobriedad, la gracia, el cuidado de mi persona... Ojos que ven no envejecen, dice un refrán. La vejez, propiamente, no tiene una marca señalada, ni en los años, ni en las arrugas, ni en el cabello cano: la capacidad de amar, su término incierto, es la trágica marca.

¡Ah, si todavía existiera la Corte de Luis XIV, donde no se envejecía, según dicen!

—Para rejuvenecer—dijo don José—solo hay un medio, uno sólo, el que me decía mi abuelo: para volver a ser joven, al anciano le basta volverse loco...

—Personas hay—dijo don Alejo—capaces de vender su alma al diablo, como el doctor Fausto, con tal de recobrar la juventud. Creo que don Juan lo habría hecho, de no morir tan joven, que de todas maneras estaba condenado al fuego eterno.

—No son pocas—dijo don Ramón—las cosas increíbles que se han dicho y se han hecho en torno al rejuvenecimiento, desde la Biblia, donde se habla del remozamiento de Abraham, que cuenta San Pablo, hasta la Historia de las Indias, donde vimos el afán con que anduvo el romántico Ponce de León

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tras la ilusoria Fuente de la Eterna Juventud. Para mí esa Fuente de Juventud Eterna está a los ojos de todos, a la mano de todos, en el llano infinito de la moderación, miel de la sabiduría, tan alabada por Luciano en sus sustanciosos *Ejemplos de longevidad,* donde habla de los que llegaron a extremada vejez conservando el cuerpo y el entendimiento sanos. La alegría interior, que a tantos falta, es como un rejuvenecer perpetuo. Los pensamientos placenteros, los recuerdos venturosos, no nos rejuvenecen la carne, pero sí el espíritu, que es mayor gozo. Rejuvenecer, ¿para qué? ¿Para qué desviar nuestro destino, volver el día atrás, si desde el alba ya sabemos por dónde cae el sol? Preguntósele a Humboldt si quería volver a ser joven, y el sabio respondió que ello era insensato, que nca había conocido dicha mayor que la posibilidad, que le ecía la vejez, de realizar su propio yo.

Como de los mitos puede hablarse lo mismo que de las cosas reales, yo diría que el más extraordinario caso de rejuvenecimiento fue el de Fausto, arquetipo de solterón, demasiado viejo para pensar en sólo divertirse, pero todavía suficientemente joven para que no hubiesen muerto sus deseos. A cambio de recobrar su juventud, el doctor Fausto le vende su alma al Diablo, y ya rejuvenecido mediante diabólico brebaje que le hace ver una Elena en toda mujer y que le lleva a los brazos de Margarita, se convierte nada menos que en un don Juan. Con tal de detener el tiempo, la nieve que cae sobre sus sienes, ha pactado con Mefistófeles, no importa el Infierno. Todo lo tiene por obra de Mefisto. Por aquí, bajo nuestro cielo, pasan ambos. Lo dice Mefistófeles, como si quisiera ganarnos a todos nosotros los españoles: "Venimos de España, el hermoso país del vino y de las canciones." Casanova diría algo parecido cuando paseaba, bajo su sombrero empenachado, por el Retiro. Pero, del Paraíso ganado a cambio de su alma, del amor y la inocencia de Margarita, pasa Fausto, vendido al Diablo, al llameante Infierno. El fin de Fausto, pues, del mito creado por el genio de Goethe, recuerda el de

Academia Dominicana de la Historia
Proyecto de Digitalización

Pelias, del anciano que, en vez del rejuvenecimiento que esperaba de sus hijas, halló la muerte, muerte espantable en todo el mundo antiguo. Sin embargo, no falta quien desee ser como el Adán de *El Diablo Mundo,* de Espronceda, personaje mágicamente rejuvenecido.

—De la senectud, de la senilidad, de la vejez, de la ancianidad, de la ancianía, de la madurez, que de tantas maneras se llama nuestra edad—dijo don Antonio—se dicen vulgarmente miles de cosas, que no dejan de ser instructivas: que es la peor enfermedad; que es la antesala de la muerte; que es un naufragio, mar adentro; que es soledad de soledades; que es mal incurable; que es la edad de los desengaños; de la desolación, de la melancolía, de la filosofía, de la serenidad, del reposo, del cansancio, de la nostalgia... De nosotros los entrados en años, que ya llevamos el cabello ceniciento, que vamos atravesando los desiertos de la edad, transponiendo la edad de las pasiones, se dicen las cosas más pintorescas y, a veces, las más crueles: que vamos cuesta abajo; que andamos con la barba por el suelo; que somos unos barbas, como se nos llama en el teatro; que ya andamos buscando la peseta; que ya arrastramos los pies; que ya se nos cae la baba; que vamos cabeza abajo, de capa caída; que hemos venido a menos; que no somos ni sombra de lo que fuimos; que nos caemos de maduros; que estamos con un pie en la sepultura; que somos más que la sarna, que el rascar, que Néstor y que Matusalem, y así por el estilo. La verdad es que los que pasamos de los sesenta ya no tenemos edad.

—Los años no me pesan todavía, que seguiré campante hasta que Dios quiera—dijo don José, que se preciaba de hombre aún cabal—. Pero sé que me estoy acercando a la edad de las arrugas y de los emplastos, a la edad de sentar cabeza. Razón tenía quien dijo que el hombre es un barco que apenas se echa a la mar ya está averiado. Ya nuestra bandera no flamea

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

como quisiéramos, por fuerte que sople el viento. Estamos. pues, creo yo, en la edad de leer y releer el refranero, que tantas cosas dice de la vejez y de cada uno de sus casos, que solo un Sancho podría decirlas todas: gato viejo, ratón tierno; a la casa vieja no le faltan goteras; a la vejez viruelas; loro viejo no aprende a hablar; ya es viejo Pedro para cabrero; vuela el dinero y el viejo queda; esta es una carrera muy larga para caballo viejo; los años que se van no vuelven; los años no se van de balde; con los años vienen los desengaños; de los cincuenta para arriba no te mojes la barriga; el que se lleva de consejo muere de viejo; quien toma buen consejo, llega a viejo, y quien no lo tomó, no llegó; pídele al viejo consejo, te irá bien con él y llegarás a viejo; del viejo el consejo; no hay mejor espejo que el amigo viejo; guarda mozo, y hallarás viejo; escudero de Carrato, cuando mozo, ladrón, cuando viejo, beato; el viejo pone la viña, y el mozo la vendimia; el viejo por no poder, y el mozo por no saber, quédase la moza sin lo que puedes entender; el niño por su bien llora, y el viejo por su mal; el viejo en su tierra, y el mozo en la ajena, mienten de una manera; el mozo durmiendo sana, y el viejo se acaba; do viejos andan, mozos no agradan; de mozo a palacio, de viejo a beato; de mozo rezador y de viejo ayunador, guarde Dios mi capa; dos veces hace el hombre pinillo, una cuando viejo y otra cuando niño; quien a veinte no es galán ni a treinta tiene fuerza, ni a cuarenta riqueza, ni a cincuenta experiencia, ni será galán, ni fuerte, ni rico, ni prudente; quien a veinte no entiende, y a treinta no sabe, y a cuarenta no tiene, ruin vejez le viene; triunfar galán, envejecer en la corte, morir en el hospital; la ventura de la barca, la mocedad trabajada y la vejez quemada; estando el alma en el cuerpo no hay que perder la esperanza; hombre viejo, cada día un duelo nuevo; no le quiere mal quien hurta al viejo lo que ha de cenar; el viejo y el horno, por la boca se calientan; el viejo que se cura, cien años dura; si quieres vivir sano, hazte viejo temprano; quien quisiere ser mucho tiempo viejo, co-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

miéncelo presto; quien viejo engorda, dos mocedades goza; el que mal vive, poco vive; salud, hasta el ataúd; rodar ventura, hasta la sepultura; el lobo, harto de carne, se mete a fraile; el lobo viejo, a la tarde aúlla; el hombre anciano, hiere con el pie y señala con la mano; el viejo que no adivina, no vale una sardina; do viejos no andan, cuervos no graznan; en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño; estar como Martín, cada día más ruin; lo que era y no es, es como si no hubiera sido; viejo el pajar, malo encender y peor apagar; hombre añoso, hombre roñoso; viejo vejete, en todo se entremete; vejez, mal deseada es; quien no tiene viejo, no tiene nuevo; por viejo que sea el barco, pasa una vez el vado; la mujer del viejo relumbra como espejo; la vida pasada hace la vejez pesada; huésped viejo, enojo nuevo; hombre cano, viejo, mas no sabio; hijo de hombre viejo, alguno tiene seso... Todo esto y mucho más dice el gran libro de Sancho Panza.

—La vejez es todo un largo proceso—dijo don Antonio— Advertimos tristemente que nos estamos poniendo viejos, durante largo tiempo, hasta que un día, en un momento dado, nos damos cuenta de que ya lo somos. No es poco saber, de la noche a la mañana, que uno es hombre acabado, hombre abolido. Y se inicia la tremenda lucha entre el corazón, que no quiere envejecer, y la carne claudicante; se escucha entonces la advertencia de fray Luis: que la vejez se descubre más cuando se procura encubrirla; se sabe a ciencia cierta que el tiempo es el peor enemigo del hombre, que apenas le ve gozar sus sueños, le envejece, le entristece y le mata; y se contempla con espanto la tragedia del rey de la selva, del león envejecido, de impotente zarpa, que ya no se arriesga a salir de su cubil.

Pero de las peores cosas de la vejez es que confunde la fealdad y la belleza, como decía el poeta griego. Los ojos expresivos ya son de mirada inexpresiva; las pulidas manos, manos sarmentosas; el cabello negro y abundante cano y escaso; el andar erguido, andar vacilante; la palabra musical,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

palabra cascada; los ímpetus, los ardimientos, hondos fríos.

Y, por encima de todo esto, lo que es para muchos la peor angustia, que siempre habrá una mujer atravesándose en el camino del hombre, aunque la nieve le cubra la cabeza. No hay, pues, otra salida que la de la resignación, que todas las cosas tienen su precio: la vejez es el precio de la mocedad. Por eso, al menos, en el viejo siempre queda algo del mozo, que es ya un consuelo.

—Terrible es todo eso—dijo don Ramón—. Terrible la soledad; el frío; la caducidad; la avaricia, vicio de la vejez; el menosprecio con que se habla de los viejos; los duelos y quebrantos; pero lo peor de todo en la vejez es lo que menos lo parece: no tener ningún ideal, ninguna pasión, ningún afán, ningún amor...

El romanticismo es propiamente cosa de la mocedad. Fuimos románticos cuando mozos y dejamos de serlo, no porque pasaran sus tiempos, sino porque a nuestros años no es posible ser un Larra o un Espronceda. Esto lo pienso, a veces, pero también lo contrario, que con los años debería crecer el romanticismo en el hombre y así la vejez sería como una nueva juventud. La vejez debería ser la edad romántica del hombre.

—¡De acuerdo!—exclamó don Antonio entusiasmado, y agregó esta audaz afirmación que no parecía de un tímido librero como él, sino de un libidinoso—: En la vejez el amor se ensancha, tiene mayores horizontes, se ama al mismo tiempo a diez y más mujeres; más fácil que la rama verde arde el tronco seco...

—Con todo—dijo don José—, la vejez es cosa relativa. A toda mujer le parecí siempre de menor edad de la que tenía, de la que tengo, como el viejo y enamorado Chateaubriand, que a los setenta años o más parecía de sesenta o menos. Ya hemos visto la novela de Jorge Sand en que el protagonista es un hombre de apenas veintinueve años, al que abandona su mujer por demasiado centenario... Envejecer paralelamente a la mujer amada, decía mi padre, debería ser el ideal del

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

matrimonio. Pero lo malo es que el hombre se cree siempre más joven que la mujer, aunque sea más viejo.

—No son para contadas—continuó don José—las burlas que llueven sobre el hombre desde que empieza a blanquearle la cabeza, algunas poco cristianas, otras por demás subidas de color. ¡Acaban con nosotros! Ignoran los mozos que ellos son los dignos de risa, expuestos a morir en ridícula edad, sin arribar a la vejez, pero ninguno quiere morir sin alcanzarla. Como el amigo don Pero Grullo nosotros podemos decir, a pulmón lleno, contra las burlas de los mozos, que de lo que estamos bien seguros es de que nosotros los viejos no moriremos mozos... El mozo de veinticinco años que se ríe de mis canas es porque no sabe que yo estoy a salvo de morir en tan míseros años. No creo que ningún mozo de cinco lustros pueda reírse de nosotros, porque puede ser que no goce la vida como nosotros; puede ser víctima de la aconsonantada coz de un asno, y así habrá muerto en bien tonta edad... Porque lo prudente, lo elegante, es morirse más allá del meridiano de la vida, por los ochenta, de ahí en adelante, cuando lo mande Dios. ¡Compadezcamos a los jóvenes! ¡Temamos por ellos! Que ría el joven, que se burle del viejo, pero ¿qué goce tendrá él comparable con el goce de ser abuelo? Hasta el refranero sale en nuestra defensa: honra la cabeza cana, para que te honren mañana; no te alegres de mi duelo, cuando el mío fuere viejo, el tuyo será nuevo; quien con el viejo burló, primero rió y después lloró. A lo que añado los versos de Gregorio de Salas:

Tú mereces que Dios,
por su providencia justa,
no te dejará llegar
a la edad de que te burlas.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Aquí, en fin, cabe lo que a un mozo le dijo la gran maestra Celestina: "Ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir. Así que en esto poca ventaja nos lleváis."

La sabia Celestina sí que dijo cosas tremendas de la vejez, cosas de regusto. "La vejez—decía—pocos la ven. El mal y el bien, la prosperidad y adversidad, la gloria y pena, todo pierde con el tiempo la fuerza de su acelerado principio." Decía la astuta mujer que la vejez no es sino "mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo por venir, vecina de la muerte, choza sin rama que llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega". Como la desdichada Melibea le preguntase por qué decía tanto mal de lo que todo el mundo gozar o ver desea, le respondió la maliciosa Celestina: "Desean llegar allá porque llegando viven, y el vivir es dulce, y viviendo envejecen; y así que el niño desea ser mozo, y el mozo viejo, y el viejo más, aunque con dolor. Todo por vivir, porque, como dicen, viva la gallina con su pepita." Aún decía más la pícara mujer: "Cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda poca vida. Pero bien sé que subí para descender, florecí para secarme, gocé para entristecerme, nací para vivir, viví para crecer, crecí para envejecer, envejecí para morirme. Y puesto esto antes de ahora me consta, sufriré con menos pena mi mal..." ¡Ay, si Celestina hubiese sido don Juan!

—Así es—dijo don Antonio—. Al viejo que no perdió su tiempo no puede ofenderle el epíteto de viejo. Viejo es solo aquel que pretende hacer lo que ya no es de los viejos, sino de los mozos. Viejo es quien quiere serlo; quien se opone a las leyes de la Naturaleza; quien no sabe disfrutar de los hondos goces de la nueva edad, no por vieja menos nueva.

Todos los viejos no son iguales, me decía mi maestro de filosofía, cuyas cosas me parecieron siempre confusas o disparatadas. Por la ancha barba le rodaban las cosas más extra-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ñas. El otoño, decía gravemente, como si estuviese hablando de Aristóteles, es distinto en cada hombre; todo depende de la vendimia, si ya es abolida o si aún madura la uva, madre del vino...

He probado todas las cosas, las dulces y las amargas, que es la experiencia de todo hombre. Ser viejo no es estar fuera de la vida, sino muy dentro de ella, en lo más vivo y sustancioso; como en la colmena, tras el vuelo y el afán vienen la cera y la miel. La vejez es tiempo de ocio para muchos, pero para mí es tiempo de angustia, de trabajo, de labrar la tierra que no pude labrar, de sembrar, de cosechar, de leer, de escribir, de hacer todas aquellas cosas que la mocedad descuida, que los deleites de un hoy dejan para un mañana, porque ya es hoy, irremediablemente, nuestro mañana de años atrás.

Verme en el espejo, tras de las gafas inevitables, con las sienes grises, con las arrugas que empiezan a hendirme el rostro, con la boca apretada y el ceño grave, me ayuda a pensar, a concentrarme en mí mismo, a palpar y a sentir lo que queda de mí, a juzgar todas las cosas a través de esa imagen de la realidad que soy yo mismo.

Cada arruga, ancha o breve, es una página de nuestra vida. Cuando me miro en el fiel cristal sé lo que me dice cada una. En esta que me surca la frente están mis pensamientos, los viejos pensamientos que sobreviven en mí; en esta que se acerca a la boca, todos mis pecados; en estas que me llenan las manos sarmentosas, trabajos, ternuras y ambiciones; en estas otras, debajo de los ojos, los misterios que todos llevamos dentro.

En la hora de la muerte, Goethe pedía luz; otros pidieron música; otros piedad; pero yo, en paz con Dios, pediría tan solo una ilusión, la ilusión de que se hicieran realidad mis esperanzas y mis sueños imposibles.

—¡Pobres de nosotros los viejos, burlados, olvidados y hasta escarnecidos!—exclamó don Alejo—. Cómo unos inspiran respeto y otros mofa. Cómo algunos ganan en dignidad y otros,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

por el contrario, mueven a lástima. Esto de plañir contra la vejez es cosa muy vieja, como lo dicen los versos de la *Ilíada:*

> Libres de la vejez y de la muerte
> si subsistir pudiéramos.

Yo, al menos, no lloraré mi ancianidad, como el caduco Milón de Crotona al mirarse las rugosidades de la carne.

Con el entusiasmo del optimista, dijo don Antonio:

—Con el tiempo un hombre de ochenta años no será un anciano. En cada generación se alejan más y más las lindes de la vejez. Mi padre murió a los cuarenta y cuatro años y me parecía un anciano, y yo paso de los sesenta y no creo que lo parezca.

—Para mí—dijo don Ramón—el más sensato de los solterones fue Corneille, que, enamorado, se burlaba de sí mismo, en sus maduros años, en sus versos a Iris:

> Cabeza calva y barba gris
> no son manjares para vos.
> Aunque tuviera la honra de agradaros
> sería perder el tiempo.
> ¿Qué podríais hacer, Iris,
> con un galán de cincuenta años?
> Lo que os hace adorable
> no sirve sino para alarmarme,
> os hallo demasiado amable
> y temo amaros demasiado...
>
> Si la armadura no está completa,
> si no está todo como debe,
> vale más tocar a retirada
> que preparar un asalto:
> el amor no entrega la plaza
> a malos combatientes,
> y se ríe de la vana audacia
> de los galanes de cincuenta años...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Corneille, sin embargo, pensaba que se debe amar a un gran poeta por su talento y por su gloria, que el amor a la virtud nunca tiene ojos para la edad, que el mérito siempre posee brillantes atractivos, y hasta caía en los excesos de la arrogancia, del despecho:

Marquesa, si mi rostro
tiene algún rasgo un poco viejo,
acordaos de que a mi edad
no valdréis mucho más.

El tiempo a las más bellas cosas
se complace en afrentar..

Tengo, no obstante, algunos atractivos
que son bastante brillantes
para que no me alarmen demasiado
los estragos del tiempo.
Los vuestros son adorables;
pero los que despreciáis
podrán durar todavía
cuando aquellos estén ajados...

Se dijera que Corneille, en muchos de sus versos, trata de justificar sus amores seniles, hoy con esta, mañana con aquella; pero basta este verso suyo:

¿Se es menos perfecto por amar a nuestra edad?

—Verdad—dijo don Antonio—que a nosotros los viejos solterones nos lanzan mil burlas, pero los peor tratados, que no dejan de merecerlo, son los viejos verdes, los viejos libidinosos que todavía arrastran el ala, que tanto abundan en el teatro, por lo regular celosos, como el viejo verde de *La Escuela de los Maridos,* de Moratín. Un viejo verde es un viejo víctima de un donjuanismo tardío; un viejo que se cree verde, que hace cosas verdes, que no son más que cosas de la senilidad: es el viejo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

que se olvidaba de canas y de arrugas, como lo dice el verso de Corneille:

Desde que os vi no me veo mis arrugas;

verso tan opuesto a los de Horacio:

y las piernas, vacilantes,
se niegan a sostener el cuerpo vicioso.

Tan útil es al joven amar como indecoroso al viejo, decía nuestro Séneca. ¡Vergüenza al viejo enamorado!, exclamaba Ovidio. Ovidio mismo, no en el *Arte de amar*, sino en otro libro, que es el que ya debemos releer, *Los remedios contra el amor*, nos dio sus melancólicos consejos: corta el mal en su raíz; si el yugo ha de herirte, retira tu cuello; el hombre, ya pasada la madurez, debe consagrarse al campo, a la caza, a la poesía.

—¡Y al vino!—exclamó don José, dando con su vaso a medio llenar un leve golpe sobre la mesa.

—A los que en la vejez se echan una moza a cuestas—dijo don Antonio—se les pueden decir los versos de Tirso:

¡Buen palacio tiene el duque!
Ahora acaba de labrallo:
propiedad de la vejez
hacellos y no gozallos...

De viejo verde nadie me acusará, a Dios las gracias. Confieso que ya colgué mi espada en su panoplia, que ahora es la hora del rosario, de la letanía, del trabajo, del bien morir. Hora de responder como Sófocles cuando le preguntaron si gozaba aún de los deleites de Venus: ¡Que los dioses me preserven de ellos! ¡Como de un viejo amo, loco y furioso, de ellos me he

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

librado! Es también la hora de despedirnos del amor, como Horacio:

> **Viví, hasta hace poco, idóneo para los amores**
> **y no fueron sin gloria mis batallas.**
> **Ahora guardará mis armas y mi lira,**
> **retiradas del combate, este muro...**

Pienso que escuché a tiempo lo que dijo Ovidio en su *Ars amandi:* "Oh tú, que te precias de buen mozo, no tardarán en encanecer tus cabellos y las arrugas vendran presto a surcar tu ahora terso cutis. Así, pues, procura adornar y perfeccionar tu talento, que es cosa más perdurable que la belleza y es la que ha de dar coronamiento a tan buena disposición y talle. Aquel no se marchita, sino que permanece hasta el sepulcro." Ya estamos, inevitablemente, en el triste límite de la donjuanería, más allá de la madurez, donde el gallardo don Juan se convierte fácilmente en abominable viejo verde. No todos somos como el rey Alonso de Aragón, que solo deseaba, en su senectud, leña vieja para quemar, vino viejo para beber, viejos libros para leer y viejos amigos para hablar.

Contagiado de la erudición de don Antonio, dijo don Alejo:

—Los viejos verdes son bien mal tratados por las mujeres, como lo dice Cristina en un entremés de Cervantes, *El Viejo Celoso:* "Es un malo, es un brujo, es un viejo, que no tengo más que decir." Y esa misma deslenguada le dice a una su tía lo que a lo mejor dicen todas: "Más quisiera andar con un trapo atrás y otro delante y tener un marido mozo, que verme casada y enlodada con un viejo podrido." Eso lo dirán todas, pero todas o casi todas caen en manos de cualquier vejestorio que les dé mejores telas que las que visten. Además, hay algo peor que los viejos verdes, las viejas verdes. En los *Diálogos,* de Luciano, Cupido no es un niño, sino un viejo, y viejo taimado.

—La vejez—dijo don Sebastián—no es para el matrimonio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ni para cosa que se le parezca, sino para el rosario, para el libro, para la entrega a Dios. Cuán bien sienta a los cabellos blancos el juicio, dice el Eclesiastés. Un viejo calavera es el peor calavera. Cuenta Boccaccio, que lo conozco, aunque no tanto como don Alejo, que el rey Carlos el Viejo, perdidamente enamorado de una jovenzuela y ya al borde, a sus largos años, de cometer una villanía, volvió en razón y le dijo al amigo que le afeaba su conducta: "Conde, por cierto tengo que todo enemigo, por fuerte que sea, es para el guerrero avezado más fácil de vencer que el propio apetito."

Todas las cosas, pues, tienen su tiempo y hora. Ni el voltear las campanas es cosa que se hace igual en la vejez que en la mocedad; que un buen feligrés conoce desde lejos quién tira de las cuerdas: si viejo, un son monótono, como toque de ánimas; si mozo, fuerte y vibrante, como repique de resurrección. Lo digo yo, que me oigo y sé lo que me digo.

—De los hombres—dijo don José, que tanto gustaba de repetir las divertidas cosas de la picaresca—nada oí más cuerdo que lo que decía el maestro Torres Villarroel: que todos somos locos, los unos por dentro y los otros por fuera. Y yo creo que el viejo verde es el más loco de los hombres, porque es loco por dentro y loco por fuera... Triste cosa, porque la locura nos persigue por todas partes; la fortuna es ciega y el tiempo es loco, decía la pícara Justina.

—Del contraste entre vejez y juventud—interrumpió el erudito don Antonio—se ha dicho que se deriva la locura de Don Quijote, porque el que no repara en que está viejo es porque no distingue entre realidades e ilusiones: Don Quijote sueña despierto, pero no distingue siempre entre lo que sueña y lo que ve, y en ello consiste su locura.

—Los viejos verdes—continuó don José—se ven por todas partes, tropezando por aquí y por allá, con el paraguas bajo el brazo, como un avispado, muy conocido de nosotros, que un día le dijo a su médico mientras le colocaba una cataplasma:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Sabed, doctor, que todavía corro detrás de las mozas..

—¡A vuestra edad! ¡Sois un fenómeno!

—Sí, pero el caso es que no recuerdo por qué voy detrás de ellas...

Interrumpiendo las risas, como si le ofendieran, dijo don Alejo, que no era hombre de mucho reír:

—Y a todas esas cosas hay que agregar lo difícil que es que una mujer sea de uno solo, y mucho menos de un solo vejestorio...

—Eso—dijo don José—me trae a la memoria el cuentecillo que me contaba mi tío Vetilio: que en una aldea de Levante había un viejo verde que tenía una moza barragana que le hacía de las suyas. En cuanto el viejo se acercaba a la casa, no más allá del toque de oración, algún mozo se arrojaba por una ventana al patio y de allí a la calle; y cuando salía el viejo volvía a colarse por la ventana. Apesadumbrados los amigos del viejo, resolvieron advertirle que cuidase de su malparada honra. Mirad lo que pasa... y lo dijeron todo. Oyó él en silencio, despreocupadamente, y al ver que ya acababan, dijo, ajustándose a la flaca nariz las gruesas gafas: gracias, pero dejadlo así, que yo soy el único que entra allí y sale tranquilamente...

Miráronse corridos los unos a los otros, y nada más. Así los curiosos siguieron presenciando, desde prudente distancia, el más divertido sainete que se veía en la conventual aldea: al viejo verde en deleitosa paz con su despabilada barragana y al mozo colándose y descolándose por la ventana.

—¡Vaya con el viejo verde!—exclamo don Sebastián, interrumpiendo las risas de los demás—. Mal se debe faltar el respeto a las propias canas. Hay que envejecer con dignidad.

—No os espantéis, don Sebastián—dijo don Antonio—, que todavía hay viejos verdes peores. Creo que el campeón de los viejos verdes fue Gitón, quien, con sus noventa años, se arrastraba a diario hasta la casa de su joven Ninón.

—¡Vaya, vaya!—exclamó don Sebastián, santiguándose.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Tengo para mí—dijo don Ramón—que no es lo mismo un viejo enamorado que un viejo verde. El hombre, aun viejo, puede enamorarse. Como Anteo, que cobraba fuerzas en su contacto con la tierra, así el hombre, en la edad que sea, necesita del contacto de la mujer para vivificarse, para orearse la carne y el espíritu. ¿Por qué han de ser ridículos los viejos enamorados? Solo son verdaderamente ridículos, es decir, viejos verdes, cuando se olvidan de que son viejos, decía un escritor de allende los Pirineos. En una pareja de ancianos, verdaderamente enamorados, no hay nada de ridículo, sino de admirable. Cada cual sigue viendo en el otro lo que amaba en los tiempos de su juventud. Las atenciones, las ternuras, el afecto, no tienen edad. Es más, a veces ocurre que una vez pasados los años de las borrascas, amores que fueron imperfectos adquieren al envejecer un sabor más limpio, austero y delicioso. La tristeza de ver madurar a la mujer amada se convierte de pronto en un gozo extraño, que el amor tiene en ambos mayor pureza, mayor seguridad. Entre tantos ejemplos ilustres está el que tanto entusiasmaba a Víctor Hugo: Chateaubriand, ya paralítico, era llevado todas las tardes a visitar a madame Recamier, ya ciega, y así se entrelazaban las manos del que no sentía con las manos de la que no veía. ¡Cuántos recuerdos, cuántas cosas a través de los años, en el contacto de dos manos, en el encuentro de dos miradas! ¿Besos? Quizá no. Los besos quedan atrás, porque ¡qué crimen o qué dolor es un beso cuando es solo un beso!

—La vejez—dijo don Antonio—es la enfermedad última, pero ella es parte de la vida, su parte culminante, por lo mismo la más digna de atención y hasta diría que de cultivo. En las demás etapas de la vida, la madurez, la adultez, la adolescencia, se puede cometer lo que las gentes llaman locuras, pero en la vejez no: a ella solo le cuadra lo que corresponde a la blancura de las canas. Al menos la vida se convierte en un alto mirador desde donde se contempla a perfección, como las nubes que pasan, la fugacidad de las cosas humanas y todo

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

cuanto dejaremos atrás, inevitablemente. A medida que le blanquea la cabeza, el hombre ha de ir dignificando su vida, purificándola, dándole el rumbo definitivo, como barco que está arribando al puerto.

Por eso la mayor sabiduría del hombre consiste en saber a su tiempo cuándo debe prepararse a anudar todos los lazos pendientes, a terminar la obra inconclusa, a dejar, a lo menos, un nombre y un recuerdo. Porque la verdad es que todo hombre debería aspirar a la inmortalidad. El mundo sería otro si todos aspiráramos a no morir del todo... Es tan fecunda la vejez que yo repetiría que es una nueva juventud o que, al menos, debemos tomarla como una nueva juventud, honda y luminosa. Todas las cosas son provisionales, transitorias. Solo en la vejez nos llegan las cosas definitivas.

—Bien lo decís—dijo don Sebastián—; la felicidad es más de la vejez que de la mocedad, a pesar de sus tristezas. No solo se alcanza en la vejez la sabiduría, sino también la dicha perfecta, como lo decía Corneille: "Y la dicha perfecta llega con el atardecer, para quien supo cumplir con fruto la jornada." ¡Qué difícil alcanzar, fuera de la vejez, vida mejor, vida de profundo sosiego!

—Poco importa la vejez—comentó don Alejo, filosofando—cuando se tiene comprometida con algo que absorbe por completo el tiempo que nos resta de existencia. Nada es más bello que una vigorosa y larga ancianidad, como la de Catón, idealizado por Cicerón como arquetipo de ancianos—como se ha dicho—de la fortaleza de cuerpo y de alma, de la severidad de costumbres, del vigilante sentido de la realidad y de la austera devoción a la grandeza de la Patria que dieron a la antigua Roma la conciencia de su imperial destino.

—Mucho importa saber lo que se dice de los viejos—dijo don Antonio—, porque ello nos ayuda a algo fundamental en la vida: a ser viejos, porque empezamos a ver nuestras imper-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

fecciones cuando ya es la tarde, cuando ya estamos en la melancólica edad de la madurez, de la filosofía. Por eso se ha dicho que la vida de todo hombre es una serie de errores; que el hombre yerra—decía Goethe—mientras busca su fin. Otro sabio decía que el hombre más sabio, si llega a viejo, deja el suelo sembrado de pequeñeces. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, dice el refrán, que Celestina repetía a su modo: la experiencia no puede ser más que de los viejos. Así alcanzamos la experiencia, que es la segunda sabiduría del hombre. Cada uno tiene su propia experiencia: la que corresponde a su edad y a la vez a la intensidad de su vida, y a la observación de la vida de los demás. Es una vieja verdad que suena a broma la de que la experiencia es algo que se tiene cuando ya no sirve para nada; que se sabe cuando ya no se puede; que la experiencia no sirve sino para hacer más patente la caducidad del hombre, para ver con más honda melancolía lo que va quedando atrás.

Ya tenemos que reconocernos, como Néstor, fatalmente perdidas las fuerzas de la juventud, pero fuertes aún en la palabra y el consejo. Los viejos, según el verso de Eurípides, dicen cosas más cuerdas que los mozos. Pero los mozos son los mozos. En los viejos va creciendo siempre el desengaño y la ciencia. Disminuyéndose la fuerza se levanta la contemplación, decía el escudero Marcos de Obregón. Y así es. Cada etapa, cada experiencia de la vida tiene sus valores propios, sus goces propios, cada vez más hondos que los anteriores, que la vida avanza en hondura, en dulce profundidad, que es el mayor bien del hombre. Saber vivir es saber obrar, decían los viejos antiguos.

—Lo triste es—dijo don Alejo—que del saber del viejo se burlan las gentes. Uno de tantos, nada menos que La Rochefoucauld, decía que los ancianos gustan de dar buenos consejos para consolarse de que su estado no les permite ya dar malos ejemplos...

—Dios sabe lo que hace—dijo don José—, porque un viejo,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

con su experiencia y el vigor juvenil, sería un don Juan en el corcel de Atila, o, lo que es peor, una Celestina hecha hombre... Diréis, por lo mucho que la traigo a cuento, que Celestina me persigue, y así será. Para mí ella está en todas partes, en acecho de todo cuanto se dice del amor, porque de amor no se puede hablar a sus espaldas. En todas partes está la terrible, la avara, la bruja, la zurcidora Celestina, pérfida, satánica, taimada, ondeante, deleitosa. Con todo, tengo por ella viva admiración. Una y otra vez me ha vaciado la bolsa sin duelo; quisiera aborrecerla y la amo, me seduce, me espanta. ¡Qué sabia, qué prodigio de mujer, qué maestra! ¡Qué docta en el hablar, según le sople el viento! Por la boca le fluye todo el endulzado veneno de la milicia; por los ojos toda la picardía y la lujuria; por las arrugas le corren los ríos del pecado. Todo en ella es pecado. Con todo ha pecado: con el pensamiento, con la lengua, con las manos, con la carne toda, marchita en la vida y en la muerte abrasada en el Infierno. Unos la maldicen, otros vacilan entre el vituperio y la alabanza. Pero todos la buscan y su nombre está en el mundo todo. Todos, en fin, repiten el decir suyo que mejor la descubre: la natura apetece lo deleitable.

Con las bocas abiertas oían todos aquellas extrañas confesiones, y más que todos el escandalizado don Sebastián, que se hacía a cada paso la señal de la cruz.

—Bien se ve—dijo—que la tal Celestina, con todos sus siglos a cuestas, todavía hace de las suyas en el mundo y que a don José le han complacido sus turbios quehaceres... ¡Don José, aún, a vuestros años!

Rieron todos de todo y dijo don Antonio, acercándose su vaso de vino:

—Para don José la maestra Celestina fue quien dijo de la vejez las cosas de más gusto y sustancia, pero para mí fue Cicerón, el grandilocuente Marco Tulio. En su célebre tratado *De Senectute, De la Vejez,* discurso compuesto con el gozo que da la reflexión filosófica, el orador, para que su palabra tu-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

viese mayor autoridad, la puso en boca del anciano Catón, y así iban fluyendo sus pensamientos como se destila la miel, dulce y espesa: que la vejez no es gravosa si, como en todo, se acatan las leyes naturales; que hay que hacer la vejez suave y jocunda; que todos desean llegar a la vejez, y en llegando la acusan; que ningún consuelo podría sosegar una vejez necia; que en el carácter y no en la edad está el fundamento de las lamentaciones de los viejos; que las armas más adecuadas de la vejez son siempre el arte y ejercicio de las virtudes; que son cuatro las causas por las que parece miserable la vejez: porque aparta del manejo de los negocios, porque hace el cuerpo más enfermo, porque priva de casi todos los placeres y porque no está muy lejos de la muerte; que unos llevan fácilmente la vejez y otros como un pesado fardo; que a los más de los viejos es hasta tal punto odiosa que dicen que sostienen una carga más pesada que el Etna; que algunos acusan a la vejez cuando debieran acusar sus costumbres y el olvido de las virtudes morales.

Otras cosas más dice el orador: que Sófocles hizo tragedias hasta la extrema vejez; que Homero, Hesíodo, Pitágoras y tantos otros sabios de la antigüedad fueron activos en sus trabajos en toda su larga vida; que Solón se gloriaba en sus versos de que se hacía viejo aprendiendo algo cada día; que él mismo había aprendido literatura griega siendo viejo; que una juventud libidinosa e intemperante entrega a la vejez un cuerpo quebrantado; que Ciro, siendo ya muy anciano, dijo que nunca había experimentado mayor flaqueza en su vejez que en su juventud; que jamás asintió al adagio que aconseja hacerse uno a sí mismo viejo pronto si quiere serlo por mucho tiempo, sino que hubiera preferido ser viejo menos tiempo que ser viejo antes de serlo; que no se debe confundir la mala salud con la vejez; que hay que resistir a la vejez, luchar contra ella como contra una enfermedad; que la necedad senil es propia de los viejos ligeros; que la vejez es honorable cuando se defiende ella misma; y así pasa Cicerón a señalar las ventajas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de la extinción de la concupiscencia en la vejez: que el deleite, enemigo de la razón, impide el juicio; que la vejez no carece de placeres moderados en que predomina lo espiritual; que tiene sus ventajas no desear los placeres sensuales; que mucho le agradece a la vejez el haberle aumentado las ganas de conversación y le ha quitado las de beber y de comer; que infeliz del viejo que en el curso de su larga vida no haya advertido que hay que hacer poco caso de la muerte, de la cual evidentemente no hay para qué cuidar si extingue del todo el alma, o, más bien, ha de ser deseada si la lleva donde haya de ser eterna; que el fruto de la vejez es el recuerdo y la abundancia del bien antes realizado; que cuanto más se acerca a la muerte le parece como ver tierra, y que por fin algún día ha de llegar al puerto después de larga navegación; que no juzga que haya de ser llorada una muerte a la cual siga la inmortalidad. Otras muchas y sabias cosas dijo Cicerón en ese libro inmortal que es el tratado *De la vejez y de la amistad,* bien lejos de las cosas mundanales que con tan turbia intención decía la taimada Celestina.

—Bienaventurado Cicerón—exclamó don Sebastián—. Su libro, por donde pasamos con tanta dignidad, debería ser, junto a la Biblia, nuestro libro de cabecera, aunque haya aquí quien prefiera el libro de la alcahueta...

Sonrió don José ante la clara alusión a sus simpatías por la sin par maestra, mientras don Antonio se le adelantaba doctamente, como si de nuevo abriese ante todos el viejo libro de su sabiduría.

—Hablar de la muerte—dijo—es cosa inútil, porque nadie sabe lo que es la muerte. Ni Marco Aurelio lo sabía, cuando dijo sólo que es un misterio de la Naturaleza. Destierro eterno, la llama Horacio. Que de todos los males el más terrible es el morir, dijo Aristóteles. Que la muerte lleva siempre la victoria, dice un verso de Cervantes. Tampoco sabía Voltaire lo que era la muerte, como lo confesaba él mismo: no sé qué es la vida eterna, pero esta vida es una broma pesada. Sabio fue

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

quien dijo que a nosotros los españoles se nos ha dado el don de la muerte, quizá porque se nos ha negado el de la vida, el gozo del aquí y del ahora. Español tenía que ser, pues, el máximo cantor de la muerte:

> Recuerde el alma dormida,
> avive el seso y despierte
> contemplando
> cómo se pasa la vida,
> cómo se viene la muerte
> tan callando...

Pero Manrique, me pregunto, ¿no nos está invitando, en sus versos de muerte, a gozar el día, al *carpe diem?*

La muerte que se ve llegar viene más despacio, que es lo que decía Dante: la flecha que se ve llegar viene más despacio. La sabiduría nos compensa de lo que vamos perdiendo, que al fin se aprende a no tener lo que antes tuvimos y a ver la muerte como una nueva manera de nacer. Viviendo, todo falta; muriendo, todo sobra, dijo Lope, como resumen de todas nuestras angustias.

—La vida—dijo don Ramón—no es para vivirla dentro del caracol, sino para expandirla, para agrandarla, para embellecerla, hasta en la hora de la muerte, como la ola voluptuosa que al morir es cuando son más resonantes sus besos en la roca. Nada más fácil para morirse definitivamente, aun en vida, que no hacer nada; ni hijos, ni libros, ni amores, soltero a carta cabal, que es como no haber sido hombre o haber nacido en el limbo. Hombres hay que tienen tiempo para todo y otros que lo tienen para nada, ni aun para aprovechar los días que la muerte les viene contando: cuatro, tres, dos, uno..., y ahí está con su barca Caronte... La muerte es lo único que no tiene enmienda: siempre deja atrás una ilusión, una esperanza, una obra por terminar y otra por empezar. ¡Qué serenidad la de la

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

muerte, pálida, fría, inmutable, bajo el sudario del misterio! ¡Qué serenidad la del que la recibe en paz, con el corazón en dulce reposo, en el éxtasis de una nueva esperanza y del gozo de Dios!

A la muerte hay que ir como hacia algo por demás natural e inevitable, con la calma con que el río, después de mil vueltas, después de correr entre las piedras, entrega sus aguas a la mar; y ya está dicho que con fe y resignación, pero yo diría que con algo más, que contiene en sí el mayor consuelo de la agonía, la curiosidad, esto es, la curiosidad que espante el dolor, la curiosidad del más allá: ¿qué será?, ¿cómo será? Y repetirlo y repetirlo hasta cerrar los ojos.

—La muerte—dijo don Alejo, pasándose la mano por la lustrosa calva—ha de ser decepcionante si tras de ella no se halla algo... Morir y quedar todo abolido le quitaría dignidad a la muerte.

Ninguno dijo nada, pero todos, mirándose los unos a los otros, quedaron dándole vueltas, en la imaginación, a tan soberano dislate.

—Cada uno desea la muerte, si es que piensa en ello—dijo don José—, en forma distinta. Unos sin sentirla llegar, otros como el héroe, otros como el santo. Pero, lo que soy yo, prefiero el envidiable acabamiento de Abraham, en senectud buena, anciano y lleno de días, como dice la Biblia; o como David, con una joven Abisag que me caliente los fríos huesos...

—Como mal cristiano habláis—dijo don Sebastián—, porque la única manera de bien morir es encomendando el alma a Dios. Algo bueno ha de tener la muerte cuando en la hora de la verdad hasta al descreído le hace creer en el Altísimo. Bien dijo quien afirmó que la muerte no es triste, porque no se nos evita a nadie; que lo pavoroso es vivir sin lo justo para el cuerpo y sin la justicia para el espíritu. Salvar la vida no está mal, pero la muerte en sazón nos salva de muchos males. La vida, como se dice, es sueño, y la muerte el despertar. A mí, en fin, cristiano como soy, no me espanta la muerte, seguro

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de que no he de ir al Infierno, sino, a lo sumo, al Purgatorio...

—Entonces—dijo don José—, la muerte es bien simple. ¿Ha de llegar? Pues dejémosla llegar, olvidados de que está llegando, de que pronto nos caerá la tierra sobre el pecho. La vida no es más que teatro, y por buena que sea la comedia nadie puede aspirar a que no tenga fin. Por lo demás, la muerte no deja de tener sus encantos para quien ya tiene a sus mejores amigos del otro lado de la vida. Ni deja de tener sus males: lo peor de la muerte es la reata de imbéciles que uno deja atrás...

Bien, dejemos tan escabroso tema, que no es para este buen vino ni para este día de buen sol, porque terminaríamos escribiendo nuestros propios epitafios.

—Hay muchas maneras de morir, como las hay de vivir —dijo don Antonio—. En pie, como el soldado de Pompeya, hasta el morir en la cruz, como Jesús, con el perdón en los labios. Y hay lo que yo llamaría el morir platónico: en la hora de la verdad—me decía un amigo bohemio, moribundo—nada sería más dulce para mi espíritu que tener junto a mí, siquiera por un instante, a todas aquellas mujeres que compartieron conmigo sus propias vidas. Una por una irían pasando junto a mí, platónicamente, todas las que amé. Después, lo que venga después.

—Cierto que la muerte es toda mal—dijo don Alejo—, pero lo peor es lo que dice don José, por más sacrílego que sea: la reata de imbéciles que dejamos atrás...

—En efecto—dijo don Antonio—, dejemos el grave tema de la muerte, como decía don José, que estas horas, las mejores del día, no hemos de malgastarlas en tan negras cosas. Algunos hablan de pensar en la muerte, de prepararse para la muerte, y otros, menos melancólicos, hablan de gozar el día, del gozar el día latino. En bellos versos lo decía Horacio:

Quita el cuidado que tu vida acorta
con un maduro seso y fuerte pecho;

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

no quieras abarcar en vida corta
de la esperanza larga, largo trecho:
el tiempo huye; lo que importa
es no poner en duda tu provecho:
coge la flor que hoy nace alegre, ufana:
¿quién sabe si otra nacerá mañana?

Y Ovidio enseñaba las mismas cosas: "Acordaos desde ahora de la venidera senectud... los años corren como agua que se pierde", decía, y ahora sentimos en carne viva sus consejos, porque no somos como la serpiente, que se remoza cambiándose la piel, ni como el ciervo, que deja de ser viejo cuando la cornamenta se le cae. El tiempo es de la muerte. Por eso el afán del hombre ha de ser robárselo, disfrutarlo, fecundarlo, multiplicarlo, extraerle todos sus jugos, aspirar toda su esencia. La vida, debemos repetirlo, solo vale los momentos de entusiasmo.

—*Carpe diem!*—exclamó don José—. En frase bien expresiva y no en latines decía algo parecido, en el fondo lo mismo, un viejo amigo, don Manuel Portillo, el más desenfadado gozador de la vida que he conocido. Hasta más allá de los setenta repetía, mientras el vino le bajaba por la barba: ¡cuando la muerte venga encontrará el bagazo! Y cuando la muerte vino le encontró como a un macho cabrío, arrancado de entre las cabras, viejo y solo, largo y seco, oliente aún a vino y a mujer, sintiéndose y mirándose al fin como un bagazo.

—También conocí—dijo don Sebastián—al famoso don Manuel, y tiré de las campanas en su entierro, lleno de amigos y de curiosos. Por cierto que el párroco que le acompañó en el último trance me dijo, inocentemente, como si tal cosa: murió como si estuviese olfateando algo... A estas horas aún deberá andar errante por el Purgatorio.

—El gozar el día—agregó don José—no podía faltar en las sabias enseñanzas de Celestina. "La mocedad ociosa acarrea la vejez arrepentida y trabajosa... Gozad vuestras frescas mocedades—decía—, que quien tiempo tiene y mejor lo espera,

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

tiempo viene que se arrepiente, como yo hago ahora por algunas horas que dejé perder cuando moza..."

Por algo repetía la pícara Justina que el gusto es la razón de la vida.

—Todo podría decirse del amor, el bien y el mal—dijo don Ramón—, pero debemos reconocer que aun claudicante la carne y amortecido el espíritu, nos piden albergar hasta la muerte alguna pasión amorosa. La juventud no se disfruta plenamente sino en la ancianidad. Un beso, una mirada de mujer, después de los cuarenta años, tienen un nuevo sabor, un nuevo encantamiento. Han quedado madurando, como una fruta, dentro de nosotros, para volver a nuestros labios y a nuestros ojos con mayor pureza y dulzura. Amor es el que sobrevive en la vejez. Esa necesidad de amar, a veces angustiosa, la confesaba Stendhal no sin cierto dejo de amargura. "Me disgustaría cumplir los cuarenta años—decía—sin haber sentido una pasión profunda. Habría tenido el amargo dolor y la humillante pena de advertir demasiado tarde que había cometido la imbecilidad de dejar pasar la vida sin vivir." En fin, vive quien ama. Y aun fuera del amor está el amor, en la nostalgia de no tener ninguno.

—En efecto—dijo don Antonio—. Los más hondos amores son los platónicos, los de la madurez...

—¡Necesariamente!—interrumpió burlonamente don José—. El amor, dicen, es la única cosa seria que se alcanza a fuerza de tonterías. A mí—agregó con una sonrisa mezcla de cinismo y picardía—, solo me divierten las cosas serias... Los amores agobiados de celos me parecieron siempre detestables. A mí me complacen los amoríos ingrávidos, limpios de celos, de dudas, de egoísmo, como los del despreocupado Eugenio y la bizarra Rosa, conocidos de todos por su alegre mesón. "Me estás engañando mucho", le dijo él. Y ella le respondió con genial desenfado: "¡Ni tanto!..." Tan pimentosa verdad no era para rechazarse y así continuaron ambos su vida deleitosa.

—¡Qué maravilla!—exclamó don Antonio mientras los de-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

más reían; y añadió, con sus dejos de timidez—: Hablar de amor es ver llegar las más olvidadas cosas de la experiencia, los más lejanos recuerdos. Unos ya son como un cuento, otros como una novela. Alguna os he de decir, limpia, desnuda, y que vosotros le pongáis las cosas de la fantasía que envuelven a toda novela...

La atención de los contertulios, que acrecienta, como el vino, el gusto de hablar, incitó a don Ramón a interrumpir a don Antonio y a volver a sus entusiasmadas evocaciones de las Indias.

—Pues bien—dijo—: ya que os he hablado de un don Juan isleño, del venturoso Buenaventura Báez, amigo de Zorrilla, quiero hablaros ahora de algo que me viene trabajando la mente desde que dejé las riberas de La Española. Para mí, y esto debería decirse no entre jarras y toneles, sino entre los libros del Ateneo, fue allá, en aquellas remotas tierras, donde Tirso de Molina concibió su *Burlador de Sevilla,* donde creó el apasionante mito de don Juan Tenorio...

—¿Cómo?—interrumpió, sorprendido, don Antonio, único en la tertulia que podía apreciar a ciencia cierta la trascendencia y novedad de aquella afirmación.

—¡Ya lo veréis!—respondió don Ramón, y tras de un largo sorbo de vino reanudó su charla como si estuviera ante las gafas inquisitivas de Mesonero—: Por el año del Señor de 1616 las naos en que viajaban fray Gabriel Téllez y algunos de sus compañeros de la Orden mercedaria surgieron en el Ozama, el río que baña la villa de Santo Domingo. Desde antes de tocar tierra fray Gabriel comienza a contemplar los edificios más descollantes de la urbe: la Torre del Homenaje, la catedral de Santa María la Menor, el monasterio de San Francisco, y entre todos la Casa del Almirante, que, sin duda, ha de llamarle muy particularmente la atención. Al desembarcar traspone la puerta de San Diego y ya está frente al secular palacio

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

de don Diego Colón y de doña María de Toledo. Es toda una leyenda que empieza a fascinar al poeta, al dramaturgo siempre ávido de inspiración. Tirso la halla bien presto, inopinadamente, en la jugosa historia del real albergue del almirante, casa, alcazar, fortaleza, palacio, como lo llaman. Es la que más le conmueve de las historias y leyendas de la villa que va conociendo día por día; que van acrecentando su caudal dramático. Algo nuevo ha de hallar en esta tierra propicia a la mayor aventura de la raza, el sensual mestizaje antillano. Algo más que un par de romances a lo rústico ha de llevar a España en el no lejano día del retorno. Algo insólito que ha descubierto entre las seculares piedras de la Casa de Colón: la historia del increíble don Luis Colón y Toledo, nada menos que nieto del descubridor, tercer almirante de las Indias, primer duque de Veragua... Pero antes que todo valga señalar que entre las numerosas personalidades que bajaron al río a recibir a Tirso y a sus compañeros mercedarios se hallaban, como era de rigor, los señores oidores de la Real Audiencia, y entre ellos el oidor que respondió a este sorprendente nombre: don Juan Martínez Tenorio. A lo que debo agregar que este don Juan actuó en la célebre Audiencia desde 1605, por lo menos, hasta después de 1623, años que abarcan con creces el breve pero fecundo período dominicano de Tirso, de 1616 a 1618. La fantasía podría agregar que Tirso le daría al Burlador el nombre del Oidor Tenorio, como una reminiscencia o como una gracía, porque ¿sería él quien le hizo el relato de la singular vida de don Luis? Pero queden atrás las fantasías, que con la historia nos basta; que más que verídica historia esta parece una ficción.

En día de 1522, ya olvidado, en el alcázar de don Diego Colón hay desusado alborozo. Entre el sonar de las campanas y el tronar de los cañones corre la gran noticia: la señora virreina ha tenido su primer vástago: don Luis Colón y Toledo. Ha nacido en ambiente militar y conventual, de hombres de armas, de hidalgos y de viejos navegantes, de magistrados y

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

eclesiásticos, pero también de aventureros y de contrabandistas, de parroquianos de la vieja Taberna de Pie de Palo y de la Casa de Mujeres Públicas de las primeras Celestinas de las Indias. Es el turbio medio en que crece don Luis, demasiado libre, ausente doña María por España y ya en la tumba don Diego. Con dos palabras bien significativas le juzgan desde mozo: disipado e irresponsable. Otros le llaman joven distinguido, pero de carácter independiente y voluntarioso... Y así es.

La primera resonante aventura de don Luis, de antes de alcanzar los veinte años, está enlazada a la historia de don Pedro de Alvarado, el del célebre salto, quien, camino de Guatemala, había arribado a Santo Domingo, en los primeros días de marzo de 1539, acompañado por su esposa, doña Beatriz, y su brillante séquito de doncellas casaderas, entre ellas la seductora doña María de Orozco. ¿Dónde alojarse sino en el palacio de los virreyes? ¡Qué deslumbrante estada de bailes y de agasajos continuos! Bailan don Luis y la bella doña María de Orozco y en el calor de la danza le va naciendo al galán la pasión más violenta. Perdidamente enamorado, concibe la trama que, para él, le llevaría al logro de sus sensuales deseos. Como no tenía acceso a las habitaciones de las damas de doña Beatriz, en la planta baja del palacio, y no hallando la manera de comunicarse privadamente con la Orozco, tras de largas cavilaciones discurrió valerse de una camarera de su hermana doña Felipa Colón, la que, instruida por él, un domingo, a las nueve de la noche, se acercó a la Orozco a rogarle de parte de su ama que pasara a verla a su habitación. No recelando el engaño, la doncella acudió a la parte alta del palacio, donde aguardaba don Luis tras de una puerta cerrada por fuera con candado, cuyas hojas se abrían lo bastante para ver y oír y aun para darse las manos a través de ellas. Subidas las escaleras y ya frente a la puerta en que esperaba don Luis, rió la camarera, revelándole a doña María que no era doña Felipa, sino don Luis quien deseaba hablarle... Como era de esperarse, se inicia el diálogo, torpe, entrecortado. Median pala-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bras de amor y de alabanza a la belleza de la Orozco, y don Luis, tras la puerta, le pregunta:

—"¿Queréis os casar conmigo?"

Y ella responde tímidamente:

—"Para eso vine a las Indias; pero sería mejor que su señoría buscase su igual..."

Enardecido y vehemente, insistió don Luis en que realizaran allí mismo el matrimonio, "por palabra de presente" como lo permitían las Siete Partidas, y extendiendo su mano por entre las hojas de la puerta, tomó la mano de la Orozco y dijo con firmeza:

—"¿Otorgáis os por mi esposa y mujer como lo manda la Santa Madre Iglesia?"

—"Sí, otorgo"—dijo ella.

—"Pues yo me otorgo por vuestro esposo y marido"—dijo don Luis, a lo que ella respondió:

—"Pues así os recibo."

A la mañana siguiente la sensacional noticia voló por toda la villa, con grande enojo de la virreina, opuesta a tan descaminadas bodas. El caso es que doña María de Orozco fue encerrada en el oratorio del palacio hasta su intempestiva ausencia para Guatemala en las naos del Adelantado don Pedro, sin que se consumasen las singulares nupcias quedadas en ansias y deseos.

Llegado a Guatemala el Adelantado, no tardó en escoger conveniente marido para doña María de Orozco: el poderoso encomendero don Francisco de Castellanos. Mientras tanto, en 1546, don Luis hallaba nueva esposa en doña María de Mosquera, hija del acaudalado don Juan de Mosquera, regidor de la villa de Santo Domingo. Ya en 1550 ocurría allí un hecho insólito: don Francisco de Castellanos y doña María de Orozco, con sus ocho hijos, hacían escala en Santo Domingo, camino de España. En el acto, don Luis, mal avenido con su segunda esposa, se dirigió de inmediato al arzobispo con la inaudita pretensión de que doña María de Orozco le fuese entregada

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

como su esposa legítima, con quien se había casado, y que cualquier otro matrimonio que hubiesen celebrado posteriormente era nulo y sin valor. El prelado, en vista de la declaración de doña María de que, en efecto, había contraído matrimonio con don Luis, dispuso que ella fuese separada temporalmente de Castellanos y depositada en una casa honorable mientras se dilucidaba la cuestión. Y a seguidas organizó una junta en el monasterio de la Merced, compuesta de no pocos letrados, juristas, canonistas y teólogos para que estudiaran el raro problema y aportaran la solución. Aquellos graves señores examinaron todos los aspectos del asunto, y, tras de largas deliberaciones en que alguno no dejó de darle la razón a don Luis, aconsejaron, para evitar mayores escándalos, que se dejara a Castellanos y a su familia en libertad de seguir viaje.

Fray Diego Manuel, de la Orden de la Merced, que a la sazón se hallaba en el monasterio, prestando testimonio, años después, en los pleitos de la familia Colón, incidentalmente refería que mientras los teólogos y letrados deliberaban en una galería alta del convento, don Luis Colón y don Francisco de Castellanos se paseaban por el claustro de abajo tratando también del asunto, y que oyó cuando Castellanos le dijo socarronamente al almirante:

—"A lo menos, señor, si se determina que doña María de Orozco es vuestra mujer, alabarme he que la he tenido once años por amiga y he habido en ella ocho o nueve hijos..."

¡Y pensar que allí mismo, en ese monasterio, algo más tarde se alojaría el insigne dramaturgo de *El Burlador de Sevilla!* ¡Cómo recogería Tirso, ahí mismo, entre esas piedras ilustres, los recuerdos y las leyendas del resonante caso de ese primer burlador indiano!

Pero vayamos adelante, que este es solo el comienzo de tan peregrina historia. En 1551, un año después de este suceso, como comprenderéis terminado entre graves disquisiciones y sonadas burlas, el disconforme don Luis partió hacia España

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

decidido a continuar en su lucha por la anulación de su mal avenido matrimonio con doña María de Mosquera. A la vez, hallando por demás propicio para sus liviandades este sol de España, el desenfadado don Luis siguió impertérrito en sus eróticas hazañas, hasta desposarse secretamente, en 1556, con dama de la nobleza, doña Ana de Castro, su tercera esposa, hija de la condesa de Lemos. Llegada la noticia a Santo Domingo, la airada segunda esposa, doña María de Mosquera, salió hacia esta Corte con el propósito de presentar contra don Luis denuncia criminal por poligamia.

Las autoridades de esta villa de Madrid, agotada la paciencia ante la denuncia de la Mosquera y ante las repetidas aventuras de don Luis, corriendo el 1559 le detuvieron bajo acusación de poligamia.

Durante varios años sufrió prisión en diversas fortalezas, mientras se le seguía juicio. En 1563 fue convicto de poligamia y condenado a destierro en Africa. Apeló del fallo; y mientras quedaba detenido en espera de la sentencia definitiva, el increíble don Luis sobornó a sus guardias para que se le permitiera salir por las noches, claro que en busca de nuevas aventuras. En una de estas ocasiones fue herido, en una de las calles de esta villa, en riña con algunos rivales, mientras visitaba a doña Luisa de Carvajal, gentil moza de catorce años, bien cortos para sus ya pasadas tres décadas. Por el 1565, de amorío en amorío, cayendo de nuevo presa de la fiebre matrimonial, celebró nupcias con doña Luisa, la cuarta esposa, con la que tuvo un hijo en ese mismo año. Escandalizada la Corte de Apelación le confirmó el fallo de diez años de destierro, y así el liviano don Luis, dejando atrás cuatro esposas y otros tantos hijos dudosamente legítimos, fue a dar con sus huesos en la fortaleza de Orán, donde murió, quién sabe envuelto en qué aventura, el 3 de febrero de 1572.

Ya en la huesa volvió don Luis a Santo Domingo, a su tierra nativa, a reposar en el enterramiento de sus padres y de su abuelo, en la catedral dominicana, tan conocida por

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Tirso. ¿Qué pensamientos acudirían a la mente del poeta ante la tumba del disoluto don Luis? Era una rica cantera, un incomparable material dramático que no podía ser desaprovechado por la avidez poética de Tirso.

Tirso, pues, según pienso, se inspiró en la liviandad de don Luis para crear su Burlador: no cabía la copia servil del personaje porque el poeta no actuaba como historiador, sino como dramaturgo que extraía de la realidad, como Lope, como tantos otros, lo que había de adobar y embellecer la fantasía. Como del nombre del oidor Juan Martínez Tenorio se echó de lado el Martínez.

Por lo demás, diré que don Luis, a pesar de sus tantos matrimonios ilícitos, fue un redomado solterón, el peor de los solterones: el que siendo casado actúa repetidamente como un soltero, como uno de nosotros...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Las coincidencias más sorprendentes van apareciendo, pues, en las circunstancias, paralelas, se diría, de don Luis y de don Juan, en primer término el encuentro, en Santo Domingo, entre Tirso y el oidor Juan Martínez Tenorio. Don Diego, el virrey, es el padre de don Luis. Don Diego, el valido del rey, el padre de don Juan. En su primera aventura don Luis habla con la Orozco por la reja que deja la puerta de su alcoba. En la escena VII de *El Burlador,* lo dice Tirso, "don Juan habla por una reja con una mujer". Don Luis le promete a la Orozco ser su esposo y ella le observa la desigualdad de rango que hay entre ambos, pero se le otorga por esposa. Don Juan y Tisbea proceden igual:

"Don Juan:

... y te prometo de ser
tu esposo."

TISBEA:

Soy desigual
a tu ser.

DON JUAN:

Amor es rey
que iguala con justa ley
la seda con el sayal...

TISBEA:

Yo a ti me allano
bajo la palabra y mano
de esposo.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Don Luis y don Juan se casan o prometen casarse una y otra vez, al uso de las Partidas, por la simple promesa matrimonial, por palabra de presente. En los lances de don Luis aparecen los nombres de Diego, Ana, Beatriz, Leonor, Tenorio, y lo mismo en las aventuras de don Juan.

No les faltan las reyertas de sangre a don Luis y a don Juan. A uno lo hieren en estas calles de Madrid; el otro le da muerte a don Gonzalo. Don Luis muere en el destierro. Al destierro estaba condenado don Juan. Y ya vimos que en el mismo convento de la Merced en que se conoció de la insólita reclamación de don Luis, de su primera esposa, ya casada con otro y cargada de hijos, vivió Tirso un par de años, no lejos de la imponente casa natal de don Luis Colón, para mí, repito, el precursor de don Juan, el primer don Juan del Mundo Nuevo. En fin, en don Luis y en don Juan el desbordamiento erótico es el mismo. La única gran diferencia entre ambos es que a don Luis lo envuelve el manto de la historia, y a don Juan los

velos de la poesía. ¡Cómo escudriñaría Tirso en la vida de don Luis!

Tras el largo hablar de don Ramón, solo el librero, don Antonio, osó romper el silencio.

—En efecto—dijo—, este relato es más digno de las tertulias eruditas de la villa que de este Mesón del Segoviano, y en verdad que si *El Burlador* nació durante la estada de Tirso en Sevilla, en su viaje a La Española, o allí, en Santo Domingo, como se supone, también es de imaginarse, como lo dice don Ramón, que Tirso se inspiró en la vida increíble del famoso primer nieto del Descubridor... Y no huelga recordar que en tiempos de Tirso, digo más, en tiempos de la aparición de *El Burlador de Sevilla,* por el 1622, tenían su mayor repercusión en España los escabrosos pleitos de la familia Colón, donde salieron a relucir las escandalosas liviandades de don Luis, tan resonantes en Santo Domingo como en Madrid.

—¡Así es!—exclamó don Ramón—. Al menos, en la realidad, más allá del mito de don Juan, podemos señalar a un nuevo Casanova español en el indiano don Luis, y como al italiano, podemos verle por estas calles de Madrid, como le vieron nuestros abuelos, con toda su arrogancia y picardía, perseguido por casquivanas y Celestinas... y por la Justicia.

—¡Bien!—exclamó don Antonio—. Ya es hora de que me decida a contaros algo de mí, pero no os burleis, porque no sé si fue cosa de redomado tonto o de romántico de los tiempos de Larra, en los que yo, si no escribí versos lúgubres, sí llegué a usar el cabello abundoso y el fúnebre traje de entonces. He buscado una novela semejante a la mía, y no la he hallado, y sigo buscándola en las que a diario pasan por mis manos. Pero con todo lo tonta que parecerá, mi dislate estaría muy bien para una comedia de Tirso o para que algún Cervantes escribiera otra novela como la del *Curioso Impertinente,* porque no conocí otro enamorado más insensato que

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

yo. Mi novela, pues, para que no os aburra ni escandalice, la reduzco a casi un cuento.

Mi ya lejana mocedad, como sabéis, la pasé en mi amada villa del Puerto de Santa María, junto a la mar, cerca de donde partieron las naos de Colón. Como no hay mozo sin amor ni viejo sin dolor, yo, avanzando ya en los estudios del bachillerato, encontré el amor. Ella, Julia, apenas llegaba a los quince y yo a los veinte. Era la moza de mayor inteligencia y gracia en la villa: negros los ojos, negro el cabello, el cuerpo esbelto y grácil. Al sonreír se le hacían dos hoyuelos en las mejillas y le brillaban las pupilas penetrantes. Todo en ella me parecía perfecto. Desde la frente hasta los pies; desde la palabra inteligente y viva hasta la mirada fascinante. Era de esas mujeres que tienen tal personalidad y tal gracia que todo el que las mira vuelve a mirarlas, hasta despertarse la avidez del corazón: su cuerpo, lleno de gracia; su espíritu, lleno de luz. Con decir que tenía la gracia, ya digo demasiado, porque gracia es carne y espíritu. Ella podía decir, como en el *Cantar de los Cantares,* no miréis que soy morena, es que me ha quemado el sol. Y en el *Cantar de los Cantares* la buscaba cuando quería soñar con ella. Cuando le miraba los ojos tenebrosos no oía sus palabras. Yo, seguro estoy de ello, fui el primero en acercármele, una y otra vez, un año y otro, con intención amorosa, pero sin que en las animadas charlas ni en los giros del baile se deslizase una sola palabra de amor, tímidamente oculto en mí. Como Adolfo ante Leonora, una invencible timidez me detenía, o, más bien, el gozo de llevar el amor paso a paso por los caminos del misterio; que el placer de amar sin atreverse a decirlo—como decía Pascal—tiene sus penas, pero también sus dulzuras. De ese estado romántico no pasaron las cosas. Pero ella había de adivinarlo todo. Y he aquí que en mí ocurrió algo insólito, ya en la edad del mayor ardimiento juvenil, cuando, despiertos los sentidos, Eros empieza a ofrecernos sus mágicos filtros. En todo joven hay un don Juan en potencia; todo joven pretende ser un don Juan. Mis compa-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ñeros ya habían tenido un amorío aquí, otro allá, y yo no quise ser menos. Antes de llegar a Julia, la definitiva, que debía ser para toda la vida, no quería ser yo el inexperto que se hace a la mar en la barca de Venus sin antes haber tenido la experiencia del argonauta del amor. Toda la fascinación de los amoríos se apoderaron de mí. Llegar al corazón de Julia, en aquel instante, si tenía esa fortuna, era como cerrarme el camino, lleno de poderosos atractivos, de las aventuras, de los devaneos juveniles. Quise, como todo mozo lector del Tenorio, tener algo de él, como el soldado quiere tener algo del héroe. Quise lo que Julia ni nadie podía adivinar: ser un don Juan antes de ser un marido perfecto. Insigne locura amorosa, tan disparatada como la del Curioso Impertinente, que no hay mayor torpeza que la de un apasionado.

Como era natural, fui alejándome de Julia, aunque solo en apariencia, porque seguía amándola, mirándola, siguiéndola, y no tardé en iniciar mis frágiles conquistas: hoy una, mañana otra, inocentes víctimas de mis primeros pecados de liviandad.

Y sucedió lo que había de suceder. Cuando quise volver a Julia, dejando atrás mis amoríos, ya con algunas vanas credenciales de Tenorio, era tarde; Julia era de otro. Ante mi aparente desvío, quizá hubo en ella algún resentimiento; quizá. Aunque ella no sintiera ninguna pasión por mí, nada más natural que le causase sorpresa mi extraño alejamiento, transitorio tan solo para mí, porque ella no podía imaginar mis locas pretensiones de volver a ella, con mis arreos de galán, a ponerme a sus pies. ¿Qué pasó por su corazón ante mi extraña conducta? Nunca lo supe, nunca lo sabré.

No pude ser, pues, ante sus ojos, lo que hubiera querido ser, lo que en el fondo era para ella. No tardaron sus bodas y yo me quedé, como se dice, a la luna de Valencia. Huelga decir que al marido le deseé la muerte, durante mucho tiempo, pero ya, ¿para qué? Bajé la cabeza ante mi resonante disparate y así, dejando atrás mi pueblo y arrendando mi caballo por entre el verde mar de los olivares andaluces, llegué a esta

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Villa y Corte, con más tristezas que dineros, pero también con las alforjas juveniles llenas de ilusiones. De oficio en oficio, con un poco de fortuna y de alguna inesperada herencia, el amor a los libros me convirtió en librero, de libros nuevos y viejos, que son, en mi ya larga soltería, mujer, hijos y nietos. Lo demás ya lo sabéis, pero no todo... En mis primeros tiempos de Madrid me di a la vida licenciosa, a los amores impuros, pero con la obsesión del amor distante, en la búsqueda imposible de otra mujer que fuera ella, Julia, que tuviera su gracia, su espíritu, su encanto. Me parecía hallarla en la heroína de algún libro. La hallé, como un romántico, en un óleo del Caravaggio, lleno de expresión y de vida, pero yo la quería de carne y hueso. Y seguía buscándola por todos los caminos, buenos y malos, un día y otro, un año y otro, como quien prueba los mil vinos de una cava. Así me enamoraba como un perdido de todas las que se me parecían a ella. En una hallé sus ojos, en otra su cuerpo, en otra lo que en ella despertaba en mí los más ardientes deseos, y, al fin, dejando a esta y a aquella, hallé en una sola, en Tina, mujer apasionante. hermosa, inteligente, si no todos, porque no era posible, casi todos los encantos de ella, amores pasionales que parecían un reto a Dios, como se dice en un romance. Pero en el frenesí de esta pasión desbocada, Tina no era Tina, sino la que mejor encarnaba a Julia, a la distante, que la ausencia, como se ha dicho, enciende las grandes pasiones y apaga las pequeñas. Y en verdad que la mujer no sabe, tantas veces, las pasiones que crea en torno suyo, amores y odios, celos, guerras y tempestades.

Así, en Tina conocí a Julia, conocí su cuerpo, encanto por encanto, como la había conocido en mis sueños. Me bebía sus labios, como un rojo vino destilado desde lejos; me miraba en sus ojos, y en su fondo descubría la imagen lejana; en cada hora buscaba en Tina, desatentadamente, algo más de la ausente, porque toda Julia estaba en Tina, en su espléndido ser.

Pero sucedió lo irremediable. Un día, el mejor, pero tam-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

bién el más triste, en que buscaba en Tina algo que no era de ella, sino de Julia, como si hubiese tenido cerrados los ojos hasta ese instante, vi que los encantos de Tina no eran ilusión, no ajenos, sino propios, de ella, de Tina, y desde entonces comencé a huir de ella, porque lo que yo buscaba en todo su ser era el encanto de otro ser. ¡Pobre Tina! Nunca supo que ella no era ella.

¿Qué hacer entonces? ¿Volver a otra mujer? Volver a otra no era posible, porque era como volver a Tina, a los mismos vértigos, a la misma experiencia. Entonces se apoderó de mí como un acceso romántico. Cerré los ojos ante todas las que pudieran tener algo o mucho de Julia, como Tina, y me di a buscarla íntegra, toda ella, carne y espíritu, y la hallé donde solo podía hallarla: en el sueño. Despierto o dormido, pródiga, dulce, sonriente, apasionada, la tenía junto a mí, apretada a mi pecho. Así no hubo encanto suyo que no fuese mío, en la maravilla de los sueños, noche por noche, o en la ficción de la realidad, en el soñar despierto, día por día, cuando se sueña lo que se quiere y se moldea a nuestro arbitrio la ilusión. ¡Y qué hondos goces, porque la fantasía, el sueño, abarcan más anchos cármenes que la realidad estrecha y de áspero término! Como San Agustín, casto despierto, en el sueño caía como él en todos los deleites que el santo llamaba movimientos impuros.

No sé qué tiempo duraron mis extraños arrobamientos, hasta que los años y los libros serenaron mi espíritu, y el recuerdo de la ausente se convirtió en mí como en una compañera en el viajar continuo que es la vida. Teniéndola así, a mi lado, ¿cómo ir con otra hacia el altar? Ahí está, y en los años, la razón de mi soledad, de mi soltería. Tal fue el precio de mi insensatez, de mi loca pretensión de ser o de parecer un don Juan antes del encadenamiento a la mujer definitiva. En los libros he ido mirándome, en la novela de Cervantes: "al que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue". En *El castigo del penseque,* de Tirso, me contemplo:

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

¡Mal haya
quien ama y la ocasión pierde!
Así se castigan
necedades de un penseque...

Claro que hubo enamorados más insensatos que yo, como aquel Timolao, de quien habla Luciano, que soñaba con un anillo mágico que le hiciera ser amado por todas las mujeres, y que enamoradas de él muchas de ellas se ahorcaran, desesperadas... De amantes desdichados están llenos los libros, desde Calisto y Melibea y Romeo y Julieta, hasta Abelardo y Eloísa. La fatalidad persigue al amor como implacable fiera. Satanás anda siempre entre los enamorados.

—Pero algo más he de contaros—agregó don Antonio, sin miedo a sus sorprendentes confesiones—. Pasados largos años ausente de mis lares, veinte, treinta o más, por razones distintas, pero más que todo atraído por las ansias de ver a Julia, volví a Puerto de Santa María. Por todo el camino iba mirándola, sintiéndola abrazada junto a mí, como si la llevara en las ancas de mi caballo, recostada su cabeza sobre mi espalda. Iba pensando en cómo el hombre vive con el ansia de ver, de palpar, de apretar en sus brazos las cosas que ama, su tierra, su cielo, su mar, y dentro de todo ello la mujer que lo ilumina todo. Ya en la villa no tardamos en encontrarnos, no como en los sueños, sino en la realidad, frente a frente, sobresaltado el corazón, frías las manos, la palabra torpe. Toda mi vida la vi de improviso en sus ojos, faros de mi alma navegante. Y ella vería en mí, al menos, un amable recuerdo de su juventud. En sus ojos había el mismo fulgor de antaño; eran igual que antes, vivos y penetrantes. Para mí ella estaba aún en el estado de gracia de su encantadora mocedad. Yo la contemplaba así, mientras ella, me parecía, me miraba las sienes grises.

¡Qué cosas infantiles se dicen en momentos semejantes! De las cosas triviales fuimos pasando, dulcemente, a las cosas

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

entrañables. Comprendí gozosamente que no había vivido ajena a mi destino, que lo conocía todo, triunfos, reveses, y aun mis pecados, aunque no imaginase la causa. Le conté entonces la extraña historia de mi desvío, mi insensata pretensión de ser un don Juan antes de ser de ella, y con la audacia que nunca tuve ante ninguna mujer, le hablé de cómo la buscaba en las mil mujeres que pasaron por mis ojos o por mis manos; de cómo al fin hallé a Tina, la que mejor la encarnara; de cómo huí de ella, para no traicionarla, hasta dar en la solterío... ¿Es cierto todo eso? Me preguntó entusiasmada. ¿Para qué quieres saberlo? Y ella respondió con la palabra y con los ojos más vivos que nunca: ¡para hacerme feliz! Yo lo sabía ya, sabía que la explicación de mi desvío le estaba sacudiendo gratamente el corazón, que le complacía en lo hondo saber que había sido amada con amor tan extraño. Habría podido llegar más lejos, empujado por la curiosidad de saber si yo había estado en su corazón..., en algún fugaz instante. Y preferí dejarlo todo en la penumbra. ¿Y ahora, pensaba, ahora que lo conoce todo? La palabra amor, en presente, no profanó aquel diálogo en que todas las cosas de amor, dichas por mí, eran no más que cosas del pretérito y remitidas al pretérito. Al despedirnos sus ojos tropezaron con los míos, estremeciéndome el corazón. Ya ella lo conocía en lo más hondo, pero el de ella siguió para mí envuelto en el misterio.

Esta es, pues, la esencia de mi vida, el armazón de mi propia novela, a veces demasiado romántica, a veces demasiado realista, novela de un solterón... Por todo esto yo diría que una novela es, muchas veces, el resultado de una necesidad; la necesidad que siente todo hombre, al cabo de la vida, de decir todas sus experiencias, de descargarse del ancho fardo de sus ansiedades, de confesar hasta sus peores pecados.

—¡Tamaña novela!—exclamó don Sebastián.

—¡Solo falta, para que sea famosa, que la escriba el señor de Balzac!—agregó don Ramón.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—¡Cada cabeza es un mundo, cada solterón un universo! —exclamó don Alejo, y como si el vino le hubiese ablandado el carácter, dijo—: A veces pienso que para nosotros los solterones no se abrirán de golpe las puertas del cielo, sino las del Purgatorio... La famosa exclamación del Rig-Vedra, debería ser la plegaria de todo solterón: ¡Señor, despiértanos alegres y danos conocimiento!

En esto entró en el mesón, en busca de vino, una moza de abultadas y movedizas faldas, de esas que saben a agua fresca, y a picardía, y en mirándola don José, con sus ojos de chivo, dijo descarado:

—Cada vez que veo alguna moza de esas..., recuerdo lo que decía la endemoniada Celestina y que la gente de hoy repite a su manera: "Destos—es decir, destas—me mandaban a mí comer en mi tiempo los médicos de mi tierra, cuando tenía mejores dientes."

—A nosotros los solterones—dijo don Antonio, mientras miraba la moza de soslayo—, desde lejos nos señalan, pero no nos conocen. No saben que todas las cosas, si lo queremos, las podemos convertir en mujer, hacer de ellas una mujer. Para mí cada buen libro es como una mujer perfecta: esto sus labios, esta su boca, estos sus senos, esto su espíritu; y en cada uno un particular encanto de mujer. Creo que ese es el máximo arte del espíritu: convertir todas las cosas que nos llegan al corazón en esto, en mujer.

—Yo diría algo más—dijo don Ramón—. Diría que, después de todo, el hombre nunca está solo si conoce los secretos de lo que llamamos soledad; si siempre le acompaña algún libro, alguna obra de arte, alguna música, algún sueño, algún afán, alguna angustia, Dios.

—Pero—dijo don José, dirigiéndose a don Ramón—es menester recordar las últimas palabras del Corbacho: "¡Guay del que duerme solo! ¡Guay del cuitado que siempre solo duerme con dolor de exaqueca, e en su casa rueca nunca entra en todo el año. Esto es el peor daño!" Y esto lo afirmó nada me-

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

nos que el Arcipreste de Talavera, que tantas cosas tremendas dijo de la mujer, tan repetidas por don Alejo, pero que esto último no dijo.

La vejez no puede ser más placentera para quienes pueden venir a esta mesa, tarde por tarde, a vaciar esta jarra de buen vino y a hablar a gusto y sin tasa, aunque nos llamen los solterones, los vejestorios... ¡Con su pan se lo coman!

—Dios me perdonará mis pecados—agregó—, que aun siendo mayores me los perdonaría, como a San Agustín, y como a Barba Azul, que, no obstante haber sido tan grande criminal, la sinceridad de su arrepentimiento casi le valió fama de santo.

Poniendo los ojos en don Antonio, como si estuviera interrogándole, dijo don Ramón:

—Algo olvidamos al hablar de nosotros los solterones, quizá lo más importante: ¿somos los españoles en realidad dados al celibato?

—La contestación—dijo don Antonio—es bien fácil. Por lo común, por su hidalguía, por su religiosidad, por su educación cristiana, el español es muy poco dado a la soltería. Verdad que Don Quijote, la figura representativa de España, era un solterón, como había de serlo todo caballero andante, pero solterón hasta cierto punto, porque su desbordada pasión por Dulcinea, por quimérica que fuese, era la pasión limpia, cristiana, que tiene por meta el matrimonio.

Viendo que ya la tertulia se acercaba a su fin, añadió don Antonio:

—¡Cuántas cosas se dicen en una tertulia, cuántos dislates, cuántas indiscreciones! ¡Pero la de ayer y la de hoy no han tenido ejemplo! Hasta la pedantería, quiero decir, la erudición, que es como el vinagre en la comida, bien si poco, mal si mucho, se ha desbordado sobre esta mesa, y más lo digo por mí... Es, lo confieso, que todo lo que sé quisiera decirlo, ofrecérselo a todos, no llevarme a la tumba nada de lo que nos enseñan la experiencia, los libros, la vida.

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

—Pero—dijo don José, como queriendo decir sus palabras finales—, propiamente, de manera absoluta, no hemos sido solteros... Todos hemos tropezado con las mil Evas y las tantas Celestinas que le salen al paso a todo pecador; todos hemos conocido mujer, como dice la Biblia; todos...

—Sí—interrumpió don Sebastián, resuelto a darle término a la tertulia y a lo que veía venir, y poniéndose en pie, como en tono de reproche, dijo, calándose el sombrero—: Sí, todos..., pero debimos hacerlo como Dios manda...

Así terminó aquella tarde la tertulia de los solterones, en el muy madrileño Mesón del Segoviano, calle de la Cava Baja, a dos pasos de la iglesia de San Andrés y del Humilladero, no lejos de la plaza Mayor y de las Cuevas de Luis Candelas... Otoño de mil ochocientos cincuenta y tantos...

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

INDICE

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

INDICE

INTROITO ... ... *Pág.* 7

I 9

II 93

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia